Obras Completas de
CARLOS MEDINACELI

LA INACTUALIDAD DE ALCIDES ARGUEDAS

EDITORIAL
LOS AMIGOS DEL LIBRO

BIBLIOTECA
CLASICOS
BOLIVIANOS

BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA

LITERATURA
AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5412
Número del texto en clasificación por autores: 11774

Título del libro: La inactualidad de Alcides Arguedas y otros estudios biográficos

Autor (es): Carlos Medinaceli

Editor: Editorial Los Amigos del Libro
Derechos de autor: D.L. L.P. Nº 1234/72
Imprenta: Cooperativa de Artes Gráficas E. Burillo Ltda.
Año: 1972
Ciudad y País: La Paz – Bolivia
Número total de páginas: 277

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Alcides Arguedas

LA INACTUALIDAD DE ALCIDES ARGUEDAS

PLAN PARA LAS
OBRAS COMPLETAS

- ESTUDIOS CRITICOS
- LA CHASKAÑAWI
- EL HUAYRALEVISMO EN BOLIVIA
- CHAUPI P'UNCHAIPI TUTAYARKA
- EL MISTICISMO DE F. NIETZSCHE
- LA INACTUALIDAD DE ARGUEDAS
- LOS PROSISTAS NOVECENTISTAS
  ANTOLOGIA CRITICA 1898 - 1945
- DIALOGOS Y "CUENTOS DE MI PAISAJE"
- PAGINAS DE VIDA

Derechos reservados por el Editor,
bajo el registro de propiedad
D.L. L.P. Nº 1234/72.

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia
Primera edición Diciembre 1972.

— — — — — — — — — — — — — — — — —

Editores: Editorial "Los Amigos del Libro".
Impresores: Cooperativa de Artes Gráficas E. Burillo Ltda.
Edición de 1.000 ejemplares en rústica.
Portada de Carlos Rimassa.

Carlos Medinaceli

LA INACTUALIDAD DE ALCIDES ARGUEDAS

Y OTROS ESTUDIOS BIOGRAFICOS

Editorial "Los Amigos del Libro"
La Paz — Cochabamba
1972

Colección dirigida por

WERNER GUTTENTAG

y

PETER LEWY

NOTA EDITORIAL

Para quienes conocen y admiran las páginas de literatura y crítica compuestas por Carlos Medinaceli y han llegado a identificar la producción del escritor con estas últimas, el presente volumen de las Obras Completas de Carlos Medinaceli constituirá seguramente novedad, porque aquí el autor, sin dejar de lado sus innatas dotes críticas, avanza hacia un terreno diferente, aunque siempre interesante para un estudioso de la literatura: el apunte biográfico.

Dentro de tal inquietud, Medinaceli es un convencido de que en el país debe darse mayor importancia a una serie de nombres que han pasado inadvertidos para la mayoría de nuestros escritores. Son vidas verazmente ejemplares pero olvidadas porque discurrieron en medio del silencio y la humildad, lejos del "mundanal ruido" de nuestra ordinaria vida político-social, y apartadas de las mediocracias, casi siempre de ruidosa existencia. He aquí algunos de los nombres que cita Medinaceli: Agustín Palacios, Antonio Vaca Diez, Daniel Campos, exploradores de la selva; Simón Rodrí-

guez, el maestro del Libertador, por las ideas pedagógicas que intentó aplicar en Bolivia; Avelino Aramayo, uno de los creadores de la industria minera en Bolivia; Manuel María Caballero, Benjamín Fernández y Luis Velasco, hombres de puro pensamiento; José María Bozo, una sorprendente personalidad equiparada a la de Diógenes, el Cínico; Santiago Vaca Guzmán (padre), abnegado educador; Nicomedes Antelo, naturalista y sociólogo; Modesto Omiste, a quien alguien llamó "el Sarmiento boliviano", y otros más.

Y para no quedarse en la mera prédica, Medinaceli adelanta importantes anotaciones para la biografía de algunos de esos personajes: Modesto Omiste, José Avelino Aramayo, Félix Avelino Aramayo, etc. Exhibe el escritor una especial capacidad para valorar al personaje, el momento histórico, el medio boliviano. Para Medinaceli la biografía es un arte y no una ocupación cualquiera o un pasatiempo.

Trabajo sobresaliente en este volumen es el enjuiciamiento que realiza el autor de la obra siempre discutida del escritor boliviano más conocido fuera de las fronteras patrias: Alcides Arguedas. Lanza Medinaceli la tesis de que Arguedas es una figura inactual. ¿En qué sentido? Pues, en el de que el criterio y la ideología sociológica con que está concebido su libro **Pueblo enfermo** —y en general todos los libros de Arguedas— son inadecuados para el presente, por mucho que persistan en el país algunos de los males que denunció y que no son exclusivos de nuestro pueblo, como ocurre con la facundia y la envidia.

Madurez y serenidad hay en los juicios de Medinaceli, quien ve a Alcides Arguedas sin lentes de aumento, pero también sin actitud menospreciativa.

De un lado, el autor del presente volumen considera que deben evitarse impulsos como el de Pablo Guillén, de comparar a Arguedas con Herodoto y otras figuras parecidas. Por otra parte, reconoce méritos al famoso escritor. Tal el ímpetu crítico demoledor, propio de un Joaquín Costa, adquirido por Arguedas en el Viejo Mundo, donde formó en definitiva su personalidad. En Europa el positivismo imperante años atrás estimó que la sociología podía servir para diagnosticar y remediar los males de los pueblos. Arguedas fue un decidido practicante de esta fe científica, al punto de ejercitar durante toda su vida un pesimismo sano y un moralismo permanente que lo hicieron implacable con su patria y consigo mismo. Esto último en su Diario íntimo, "falto de intimidad", dice Medinaceli echando mano de una expresiva paradoja.

Como en todos sus libros, Carlos Medinaceli, en este volumen, con sus tesis a veces osadas pero siempre impactantes, despierta inquietud y causa sorpresa. Fue, invariablemente, al igual que su gran maestro Sócrates, un parteador de espíritus, un platicador —por escrito— ameno y bien informado, que gustó de decir lo que pensaba, sin cuidarse de las consecuencias, con originalidad, independencia de criterio y honestidad. Amó su verdad aun a costa de que por causa de ella no lo amaran a él. Le importó muy poco el **qué dirán** de

las gentes. Por eso su tiempo silenció a Medinaceli en una especie de olvido rencoroso. Pero es muy posible que por esa misma razón los tiempos actuales estuvieran arrancando del olvido a nuestro escritor, para leerlo con curiosidad y verdadera admiración.

Inseparable de la cultura boliviana, la existencia de Carlos Medinaceli ha sido también una "ignota vida ejemplar" que está reclamando una biografía aún no escrita.

Es muy honroso para nosotros contribuir, con la publicación de este cuarto tomo de las Obras Completas de Carlos Medinaceli, a la mayor difusión en Bolivia y fuera de ella de los escritos del gran pensador boliviano.

Antes de poner el punto final a nuestra presentación, séanos permitido recordar el nombre del distinguido poeta y mejor amigo Héctor Cossío Salinas, el más entusiasta propugnador de la edición de estas Obras Completas. Era un gran admirador de la obra y la personalidad de Carlos Medinaceli. En medio de la consternación de los círculos cuturales del país, Cossío Salinas falleció cuando este volumen estaba a punto de salir de las prensas.

LOS EDITORES

LA INACTUALIDAD DE ALCIDES ARGUEDAS

EL CRITERIO Y LA IDEOLOGIA SOCIOLOGICA DE ARGUEDAS

Amicus Plato sed magis amicus veritas.

Aristóteles.

I

No pensaba escribir —aún— nada acerca de Alcides Arguedas. Pensaba, y ello es lógico, que el hecho de su reciente fallecimiento, no era el momento oportuno para formular un juicio realmente imparcial, del más riguroso sentido crítico, sobre la personalidad y la obra del autor de "Raza de Bronce". Para ello, para alcanzar un estudio ceñido, estricto, **valorativo,** de su vasta producción, de sus ideas y del criterio con que ha enjuiciado a Bolivia en su obra sociológica —Pueblo Enfermo— y en sus libros de Historia, se requería de la perspectiva del tiempo, para verlo y analizarlo libre de todo sentimentalismo y hasta del imperativo moral, del sentimiento de respeto y veneración que un acontecimiento tan infausto como es la muerte de un gran escritor y un sacrificado patriota, obligan a quien, al borde la tumba de un hombre de bien y de vida ejemplar, como lo fue don Alcides Arguedas,

quiera, o deba, ocuparse del extinto. El momento no es, pues —repito— el del juicio crítico, sino el del emocionado ditirambo.

Empero, así son las cosas... En primer lugar, reiteradamente se me ha solicitado mi opinión acerca de la obra de Alcides Arguedas y, en segundo lugar, que al leer el suplemento literario de "El Diario" donde se le ofrenda un caluroso homenaje a Arguedas, he tropezado con algunos juicios y opiniones indiscriminadas, con las cuales, por lo que luego, razonadamente, he de expresar, no estoy de acuerdo, como, a buen seguro, hay también muchos bolivianos, especialmente entre los intelectuales de la nueva generación, que tampoco lo están.

Arguedas, dada la calidad y, sobre todo, **cantidad** de su obra ,el prestigio intercontinental que disfruta, la seriedad, sinceridad y valentía con que ha afrontado los más álgidos problemas nacionales, la implacable condenación de nuestros defectos y taras ya ancestrales, exige, necesariamente, se haga un estudio a fondo, lo más exahustivo posible, de su personalidad y de su obra. Ello demanda, obvio es decirlo, madura meditación; no es posible improvisarlo y son hombres de honda mirada, de alta cultura, de rica experiencia humana, política y social, los llamados a realizar este estudio.

El que esto escribe se encuentra incapacitado para ello. Y tampoco es posible abordar la ardua y extensa tarea, en las limitadas columnas de un diario, sino en un macizo volumen. Tómense, las apostillas que siguen, como un simple artículo periodístico, muy a vuela pluma escrito, por cumplir irrehuibles compromisos.

Voy a referirme, de entre los colaboradores de "El Diario", al que ha escrito el estudio de más sustancia, Rodolfo Salamanca Lafuente, con

especialidad, pero, de paso, preciso es decir algo sobre lo que el señor Pablo Guillén opina sobre "Alcides Arguedas y la Historia".

El señor Guillén debe de ser un terrible humorista, algo así como un Bernard Shaw o Chesterton criollo, pues tiene la garrida humorada de compararlo al buen don Alcides nada menos que con el venerable y ya antediluviano Herodoto. De esta suerte nos dice: "En el aspecto histórico, al que haré preferencia en estas breves palabras, la obra descriptiva y analítica de Arguedas, **es original y típica;** en su realismo señala una evolución **que saliendo del mito racial,** busca un criterio científico en la Historia **como hiciera Heroto en su dialecto de Jonia."**

Cabe preguntarse: ¿Qué relación de semejanza —ni remota— hay entre el autor de "Los nueve libros de la Historia", cada uno de ellos inspirado, nítidamente, por la invocación a una de las Nueve Musas y euforizado por la cálida imaginación griega, con el seco positivismo del autor de "Los Caudillos Bárbaros?" Los libros de Herodoto tienen más de fantasía que de historia propiamente. No digo **historia científica,** porque aquello de la Ciencia estaba en sus albores en los tiempos de Herodoto y, además, la historia tiene más de arte que de ciencia. Ello se comprueba con lo que le ocurrió a Hipólito Taine. Pretendió llevar los métodos de las Ciencias Naturales a la Historia. Espíritu sistemático y cerrado, subconcientemente, por aversión contra la Revolución Francesa y Napoleón, deformó los hechos, como han constatado sus críticos. Está en lo justo Unamuno cuando lo llama el "caricaturista de la historia". No hizo la tal **historia científica.** Y si ahora lo mismo se lo lee con deleite, en sus seis gruesos volúmenes de "Los Orígenes de la Francia Contemporánea", es por la

luminosa belleza de su estilo, el colorido y la plasticidad de sus imágenes. Es decir, que hizo, más bien, una **historia artística.** Su temperamento de artista se impuso sobre la rigidez de su método biológico. Con qué acierto, por ello, escribe Manuel Díaz Rodríguez, en su bellísimo "Camino de Perfección": "De aquí la observación, ya trivial, de que Taine, precisamente en las páginas en que de su método se olvida, es donde se revela más penetrante y profundo".

Volviendo a Herodoto, es de destacar el hecho de que hay una fundamental diferencia de temperamento y de experiencia histórica entre el historiador griego y el boliviano: Herodoto fue un espíritu optimista, rico de aquello que jamás han disfrutado los occidentales europeos y menos los tristes americanos, la **sofrosine** griega. Arguedas, al revés, tanto por su temperamento aymara, por nuestra desventura étnica, por la acre visión de nuestra vida histórica, es un espíritu amargado, un pesimista. Por ello, con su "Pueblo Enfermo" y sus "Caudillos Bárbaros", se nos ha convertido en un **Schopenhauer a domicilio.**

Además, Herodoto, escribe sus libros después de los gloriosos triunfos de Grecia sobre los persas, después de Salamina, Platea y Micalo, admirables victorias de la pequeña Hélade sobre el enorme imperio de los Medas. Como nos dice el mejor de sus intérpretes, Edgard Quinet: "Lo que principalmente lo decidió a hacerse historiador y lo que influenció en su genio, fue la lucha generosa de los pequeños pueblos de la Grecia contra los grandes Reyes, dueños del Asia y el triunfo de la libertad sobre el despotismo". "Aunque no tuvo al principio otro propósito que el de referir los acontecimientos, la grandeza del tema no tardó en apasionarle

despertando en su espíritu reflexiones políticas y morales". Luego, agrega: "La luz de las Termópilas, se proyecta sobre su obra y en su alma feliz, por tener que referir acontecimientos venturosos, reina una serenidad que no deja sitio a las vehemencias, a la antipatía, ni al odio contra aquellos extranjeros, aquellos bárbaros cuyas tradiciones ha recogido de sus propios labios". (Edgard Quinet, **Vida y muerte del genio griego**).

En cambio, Arguedas escribe sus libros de Historia después del desacierto de la Fundación de la República; fracaso de la Confederación Perú-Boliviana; la plebe en acción; matanzas de Yáñez; barbarocracia de Melgarejo; fusilamientos en la Cantería, crímenes en las Letanías; asesinato de Belzu; un forajido en el poder, Morales; derrota del Alto de la Alianza, pérdida del Litoral; frustrada expedición al Oriente, pérdida del Acre y, por fin, sangre en el Sudeste, pérdida del Gran Chaco. La Historia que narra es casi dantesca. El espíritu del historiador está triste. Triste hasta la muerte. Apostrofa como Isaías, vierte candentes lágrimas como Jeremías. No podía ser menos. Empero, todo en vano... Voz que clama en el desierto...

II

¿Qué nos quiere decir el señor Guillén, cuando escribe que (Arguedas), saliendo del mito racial **busca un criterio científico en la historia?** La frase es anfibológica. No será que Arguedas "busca un criterio científico en la Historia". Eso es imposible.. Lo que el señor Guillén ha querido decir es, al revés, que "Arguedas ha escrito la Historia Nacional con un criterio científico".

Lo de que Arguedas **"se salió del mito racial"** no está de acuerdo con lo que en su obra constatamos: al contrario, si algo singulariza su sociología y su historia, lo que prima en él es, precisamente, el prejuicio del cholo, prejuicio que tampoco es original de él, sino de su maestro, don Gabriel René Moreno, a quien pretendió imitar, sin conseguirlo, por supuesto, ni en el fondo, en el discrimen del juicio histórico, y muchísimo menos en la forma, en aquel señorío del estilo que lo equipara —a Moreno— con los más eximios prosistas del continente en el siglo pasado, Martí, Montalvo, Cecilio Acosta.

Tanto "Pueblo Enfermo", como sus libros de Historia, están cargados de prejuicios raciales y aun de casta, hasta el tope. En esos prejuicios, que hasta se le han convertido en manía obsesiva, se apoya como en una roca granítica, para sus acerbas críticas y sus diagnósticos de "cirujano de hierro" y arrojar desde ahí sus judaicos apóstrofes y sentencias condenatorias como el más inexorable de los jueces del Sanhedrín sociológico. Y, eso, sin conocer a fondo al cholo boliviano y, menos, a la chola, que vale mucho en la socioeconomía del país. Vale mucho más que la llamada entre nosotros "señorita bien", que en la realidad nos resulta mal, y aún que la misma india trabajadora, sufrida y resignada. Vale la chola más por su mayor "euforia vital", por su capacidad de trabajo, su espíritu comercial e industrioso, su maternismo abnegado, como tan brillantemente lo ha destacado Uriel García en "El Nuevo Indio". "La vitalidad orgánica del pueblo mestizo —nos dice el escritor cuzqueño— así como su amplitud creadora de arte popular se sustancia y desborda en la chola". "Mientras la india tradicional —añade— madre de la chola, conserva su pureza primiti-

va, su alma recia y nómada, en constante fuga del tiempo, la chola es la fuerza orgánica rejuvenecida que avanza desenvuelta y sin miedo hacia la ciudad y hacia el presente, nutriendo con sus pechos opimos y maternales, la energía varonil de la raza, como madre o como nodriza, con su tufo de chicha y su huaiño en la garganta como fragancias sierraniegas. La mujer india es la tradición madura y casi envejecida, por incambiable o poco plástica, de un pasado milenario. La chola es el rejuvenecimiento de esta mujer que enjendró la indianidad o espíritu acrecentado de aptitudes germinales".

Arguedas, antes de escribir "Pueblo Enfermo", leyó el libro de tanta boga entonces, "Degeneración", (**Entarfung**) de Max Nordau, donde con el típico "resentimiento" del judío, utiliza de la entonces naciente psiquiatría, para desahogar sus odios ancestrales y aplica aquella ciencia a la crítica literaria y estigmatiza a los mayores talentos europeos de la época, desde Tolstoy hasta Ibsen, desde Ruskin hasta Wagner, diagnosticándolos a todos como a una punta de desequilibrados, paranoicos, esquizofrénicos, neuróticos, psicósicos y, en suma, de idiotas, dementes y microcéfalos. Por el influjo de aquel gran **resentido sionista**, muchos escritores hispanoamericanos se transforman también en sociólogos-curanderos, quiero decir psiquiatras y **la emprendieron con sus pueblos**, no encontrando en ellos más que taras ancestrales, estupefacientes lacras morales, como el venezolano César Zuluet, que escribió "El Continente Enfermo"; en la Argentina Agustín Alvarez, autor de un divertido "Manual de Patología Política". Arguedas, en Bolivia, no pudo permanecer indiferente. Les acompañó en el sentimiento sociopsiquiátrico de la vida. También se opiló de ese

dogmático y antipático de Le Bon, el de la doctrina de la inferioridad de las razas mestizas y su incapacidad para darse gobiernos estables. Aceptó de buen grado el Evolucionismo y el Darwinismo, sin parar mientes en lo que con lúcida clarividencia nos lo ha establecido José Vasconcelos: aquellas doctrinas, tras de la careta de la filosofía, de la sociología y la biología, no escondían otra cosa sino la cara del Shilock, del Calibán y aun del Macbeth del Imperialismo Británico. Sería lamentable, en verdad, que fuera aplicable al autor de "Pueblo Enfermo", lo que sobre el Spencerismo y el Darwinismo ingleses antes, y hoy el Pragmatismo y el **Behavorismo** yanquis, dice Vanconcelos en su "Etica": "Así como el Imperio Británico —escribe el pensador mejicano— halla su justificación en la doctrina de la **selección natural,** que sanciona la supresión, el sometimiento de los débiles, ahora el Imperialismo Americano avanza con la enseña pobre del **Behavorismo.** No sabe a dónde va social, estética, ni siquiera económicamente; pero está seguro sólo de que el más fuerte organismo aplasta o absorbe al más débil. Para anotar los episodios de la gran digestión del mastodonte, aprestan aparatos y registros de medición los **Deweys y Watson.** Atentos e imparciales, aguardan en sus laboratorios a que los sucesos se desarrollen, para estampar sobre ellos un Visto Bueno notarial. Jamás se había asignado a sí mismo el pensamiento una función tan vil, pero hay algo peor que esta actitud de los filósofos del Imperialismo, y **es la imbecilidad de los intelectualidades que en el Sur sirven de comparsas a la doctrina del Behavoir".**

III

"La obra de Arguedas —afirma el señor Guillén— **es original**".

Es de presumir que el señor Guillén no conoce la estupenda obra de los llamados **Regeneracionistas** en España, o sea también la denominada "literatura del desastre", tendencia que surgió vibrante, violenta, apocalíptica, a raíz de la pérdida de Cuba, en personalidades como Joaquín Costa, "El León de Graus", quien pedía para curar de raíz los cancerosos males de España, **un cirujano de hierro**; o de los que penetraron más perspicuamente en la psicología del pueblo español, como el luminoso Angel Ganivet y, sobre todo, **Macías Picavea**, el autor de la obra maestra de sociología crítica **"El problema nacional"**. De esta obra de Picavea, Arguedas ha tomado —ello es muy visible— no solamente la ideología y el criterio, sino hasta el plan y los temas y la manera de tratarlos. Sin "El problema Nacional" de Picavea, "Pueblo Enfermo" no se hubiera escrito, no habría existido.

La aserción anterior no es sólo de quien esto escribe. Algunos avisores críticos ibéricos, a poco de aparecer "Pueblo Enfermo", en una editorial de Barcelona, comentaron el libro con la más clara y discriminativa visión crítica. Así, Vicente Gay, Catedrático de la Universidad de Valladolid y que tenía a su cargo, en la revista de alta cultura de aquel entonces en la península "La España Moderna", donde colaboraban no sólo los más jerarquizados valores españoles, —Menéndez y Pelayo, Valera, la Pardo Bazán, Unamuno— sino también los más ilustres hispanistas extranjeros, como el insigne sexólogo inglés Ha-

velock Ellis, autor del bello libro **"El Alma Española"**, el polígrafo italiano Arturo Farinelli y el romanista francés Mauricio Legendre y otros, Vicente Gay, se expresa en esta forma: "Alcides Arguedas ha estudiado cuidadosamente la República Boliviana, y transparenta en su estudio crítico la **influencia** de Joaquín Costa, cuyo programa de regeneración para España encuentra aplicable a la República Boliviana. **Por la exposición, estilo y procedimiento analítico,** Alcides Arguedas recuerda más a Macías Picavea que a Costa; de todos modos es un escritor que está nutrido con savia de pura cepa española, cuyo trabajo es digno de meditación (1).

Acápites después, observa Gay: "La descripción de la **puna** boliviana recuerda la pintura que Macías Picavea hace de **Tierra de Campos** y de sus habitantes" (2).

---

(1) Véase "La España Moderna. Año 28. 1º de junio de 1911.— Tomo 270.— Página 120 y siguientes.

(2) Otro de los **renovacionistas** o **regeneracionistas** españoles dignos de mención —escribe A. Salcedo Ruiz en su Historia de la Literatura Española— es Macías Picavea, autor de "El problema nacional" (1898) en que, como Costa y Ganivet, trata de las causas fundamentales de nuestras desventuras, (caciquismo, escasez de agua, falta de instrucción, etc.), y señala como muy culpables a los Reyes de la Casa de Austria. "Como novelista inició Picavea con "La tierra de Campos" un grupo de novelas de esta región".

De donde se puede inferir los paralelos. Lo que para España fue "El problema nacional" de Picavea es para Bolivia "Pueblo Enfermo" de Arguedas, en la crítica sociológica. Lo que para España fue **"Tierra de Campos"** es para Bolivia "Raza de Bronce", en la novela. Con esta última inicia Arguedas entre nosotros la novela del indio y de la puna que hoy está en pleno florecimiento.

¿Dónde se ha ido la originalidad de Arguedas, señor Guillén...? Hay que estudiar, hay que pensar, hay que documentarse, antes de afirmar cualquier cosa a tontas y a locas. Para no caer en lo que el mismo Arguedas ha zaherido: el esnobismo intelectual en Bolivia (1).

Y ahora dejemos en paz al señor Guillén. Enfrentémonos con el señor Salamanca y su **eutrapelia.**

Pero ello ha de ser en el próximo domingo... literario. Y en otros domingos sucesivos. El tema lo merece. ¿No te parece así, amable lector? Lector del alma mía, como el don Juan de Zorrilla le decía a doña Inés, en aquella apartada orilla donde más clara brillaba la luna y se respiraba mejor...

IV

Antes de partir para Europa, Alcides Arguedas, por imperativa imposición paterna, siguió los cursos de la Facultad de Derecho, hasta recibirse de abogado. Porque su padre, rico hacendado en Sorata y Sapahaqui, quería hacer de él, un doctor, un abogado. Imprescindiblemente abogado. Fatalmente abogado. Terriblemente abogado.

---

(1) Estas notas críticas sobre la obra arguediana, publicadas en "La Razón" de 30 de junio de 1946, suscitaron en el señor Pablo Guillén, tres años después, mayo de 1949, su negativa, como presidente de la Cámara de Diputados, a que los restos mortales de Carlos Medinaceli, fueran velados en el Congreso Nacional, como ex-senador del Departamento de Potosí. (Nota del editor).

Porque el ideal de muchos, de muchos padres de una abundante familia, cuando son ricos y dominan condados latifundios, es el de contar en la familia, además de un tata-cura, un militar, un abogado, tres personas distintas y una sola calamidad verdadera. Verdaderamente nacional.

Indefectiblemente, precisan estos señores terratenientes de un abogado —por lo menos— en la familia. Tienen que denunciar numerosos casos de abigeato ante los jueces parroquiales y batirse heroicamente en la eterna cuestión de demarcación de linderos. La trisecular lucha entre el Gamonalismo y los indios "comunarios". Pero Arguedas, burlando un tanto la vigilancia paterna, se descuidaba del arduo estudio del Código Civil y el Procedimiento Criminal, por escribir aquellas "prosas líricas", a la manera de "Azul" de Darío y unos cuentitos románticos, que pubilcaba en las revistas, **soi dissants**, "modernistas", que salían a luz con muchos dolores tipográficos, allá, por aquellos tiempos de 1900.

Arguedas tuvo el buen gusto de no andar nunca por esos "tribunales ordinarios", donde uno se llena de prigue las manos y la conciencia moral. Antes bien, escribió una novela, o novelín, **Pisagua.**

Sólo después de que Arguedas satisfizo la voluntad de su padre —ser doctor en Leyes—, aquél se animó a costearle un viaje de "perfeccionamiento", como ahora se dice, a Europa. Arguedas al finalizar el año 1903, partió a Europa, en compañía de Bautista Saavedra.

Saavedra, recomendado por el padre de Alcides Arguedas, hizo en el curso del viaje y en la llegada a España, el papel de Mentor con el joven Telémaco.

Ya en España, Arguedas escribió **Wata-Wara.** "La escribí —nos dice en **"La Danza de las Sombras"**— casi en su totalidad, en Sevilla, a la sombra de los naranjos en flor, oyendo canciones de espuma en la fuente de un patio andaluz y las cristalinas carcajadas de una rozagante moza rubia de ojos azules que consolaban, con pródiga y generosa esplendidez nuestra lejana morriña del terruño".

"Wata-wara" no tuvo éxito. Sin desalentarse, escribió otra novela de mayor alcance, siguiendo la técnica "realista" imperante en aquel tiempo, **"Vida Criolla".** "Como ni éste, —escribe Arguedas— ni los anteriores libros habían logrado alcanzar mi propósito de sacudir la modorra de nuestro ambiente, pensé que toda acción disimulada bajo la intriga de una fábula sería siempre acogida con reparos, me resolví a obrar directamente sobre la conciencia pública escribiendo un libro de observación directa, lleno de datos recogidos de diversas fuentes y que, bajo una idea central, estudiase nuestros problemas poniendo a las claras las deficiencias de nuestro medio y educación".

Ya en París, o de veraneo en Normandía, escribió Arguedas "Pueblo Enfermo", en 1908. Publicado por una Editorial de Barcelona, apareció el libro "a mediados de marzo de 1909". Este sí, ya fue un golpe sensacional, un éxito en España y en Hispanoamérica. En Bolivia, muy pocos —Bautista Saavedra, Fabián Vava Chávez—, se atrevieron, desafiando el ambiente, a aplaudirlo, pero más fueron los que lo recibieron como la descarga eléctrica de un rayo en el mediodía de un plácido verano. Lanzaron contra el autor y el libro sus más condenatorios apóstrofes. Comenzó, entonces, a fraguarse la **"leyenda negra"** del **"antipatriotismo"** de

Arguedas, que siempre ha acompañado, como una maldición talmúdica, al autor de **"Los Caudillos Bárbaros"**.

En cambio, fue aplaudido en España, empezando por Miguel de Unamuno. El juicio de Unamuno en España, como el de Rodó en América, lo consagró a Arguedas. De golpe y porrazo, se le abrieron las puertas del prestigio continental.

Unamuno, que se ocupaba entonces de cuestiones hispanoamericanas en "La Nación" de Buenos Aires, le dedicó tres interesantísimos comentarios. De éstos, quien esto escribe, sólo conoce dos: —"La Imaginación en Cochabamba", recogido después en el libro de Unamuno, **"Contra Esto y Aquello"**, y "La Envidia Hispánica", en **"Mi Religión y otros Ensayos Breves"**.

Los comentarios de Unamuno son admirables. En "La Imaginación en Cochabamba", hay que ver cómo, el Rector de Salamanca, sin conocer América, metido en la entraña de España, cala tan hondo, en la psicología del cochabambino. Cala más hondo que el propio Arguedas, al dilucidar la desacertada afirmación de Arguedas, cuando opina que "el cochabambino es imaginativo", a lo que se opone Unamuno y le hace notar al autor de "Pueblo Enfermo", que ha incurrido en un error de concepto, pues, por las pruebas que suministra Arguedas, y las analiza Unamuno, resulta que el cochabambino no es nada **imaginativo**, sino al revés, que es una víctima de una lamentable, y temible, verborrea y de una aldeana megalomanía y que, antes que "imaginación", lo que tiene es **"facundia"**, es decir, el vicio de hablar por hablar, o sea la dispersión de la personalidad en la proliferación de palabras y metáforas grandilocuentes, pero ya manidas, a semejanza de las lianas parasitarias

del trópico que se enroscan a los árboles robustos. Quien lea entre líneas esta sabrosa exégesis unamunesca, puede deducir que el escritor vasco, le da al escritor boliviano, una oportuna lección de Psicología y le hace entrever que sus conocimientos en esta materia no son muy sólidos (1).

Ello, es explicable. Por los años en que Arguedas estudiaba Secundaria en La Paz, la en-

---

(1) Sobre el concepto actual de **"Imaginación"**, en Psicología, nos acaba de decir Edmond Goblot: "Esta palabra, necesaria a la lengua vulgar, debería ser borrada del vocabulario de la psicología, a causa de sus múltiples sentidos, que no son más que una repetición de otras palabras más precisas."

"La **imaginación representativa** es la facultad de formar **imágenes**, es decir, **representarse** objetos que no son actualmente percibidos, una percepción renovada de un objeto ausente. En este sentido, la palabra imaginación ofrece el inconveniente de dar a entender que no hay en este fenómeno otra cosa que **reviviscencia** y **asociación**, y como no se aplica más que a la reviviscencia de las percepciones, acostumbra a hacer pensar que la reviviscencia y la asociación no son comunes a los estados de conciencia, o presentan alguna cosa especial cuando los estados reconstituídos son "percepciones".

"La imaginación creativa" es la facultad de innovar, o facultad de combinación. O bien, la innovación se hace automáticamente y sin seleccionar, (imaginación **automática** de Baillarger y de Paul Janet); se confunde entonces con la facultad de asociación. O bien la innovación se hace con discernimiento, (imaginación artística, literaria, científica, invención); el fenómeno es entonces tan complejo que toda la inteligencia, más aún, toda la actividad mental, está aplicada a ello. Es preferible decir: **invención.**— V. Edmond Goblot: Vocabulario Filosófico.— Librería "El Ateneo".— Buenos Aires.— 1942.— P. 686-687.

señanza de la Filosofía se encontraba muy descuidada, especialmente en Psicología. Se daba preferencia a la moral Práctica y a la Lógica Formal, aristotélica. La Psicología, que en Europa, singularmente en Alemania, había —apoyándose en las bases de la Biología y la Fisiología—, alcanzado un sorprendente progreso, escapándose del racionalismo cartesiano y de la ya manida "Psicología de las Facultades" y, aún de la "Psicología Pluralista" de Herbart, comenzó a aspirar con Gustavo Teodoro Fechner, (1801—1887), y con Germán Lotze, (1817—1881) y con Guillermo Wundt, (1832—1920), a la categoría de una ciencia de observación, como la Biología, y, aún más, de una ciencia experimental como la Física. Más que estas nuevas doctrinas psicológicas que no le enseñaron a Arguedas en Secundaria fue la del Eclecticismo de Causin que predominó en Bolivia, como también en toda América, en aquellos tiempos. Cabe pensar que sólo cuando se encontró en España, pudo informarse, precipitadamente, de las nuevas doctrinas psicológicas.

Empero, por la bibliografía que nos ofrece en **"Pueblo Enfermo"**, (Bagehot, Le Bon, —Psychologie du Socialisme— Carlos Octavio Bunge— "Nuestra América", —Max Nordau, Nowicov, Taine—), sus lecturas de preferencia no fueron las de Psicología, propiamente, sino las de Sociología. Su poca versación en Psicología le hizo incurrir en su desacertada afirmación, cuando al ocuparse, (cap. IV), de "Psicología Regional" nos dice que "los cochabambinos son **imaginativos**". Si antes de escribir "Pueblo Enfermo", Arguedas hubiese leído "La Imaginación Creadora" de Teodulo Ribot, la obra maestra del célebre psicólogo francés, dejuro que no hubiese caído en este confusionismo **quid pro quo.** Ar-

guedas emplea este término —técnico en Psicología— en la acepción corriente, rutinaria y vulgar con que lo usamos en Bolivia; por ello, de un charlatán, parlamentario, autor de un folleto político, "La Palabra", dice que es "un imaginativo". Lo que el sujeto tiene es una insoportable "facundia".

Los cochabambinos y, en general, los bolivianos, no hemos alcanzado aún la forma más alta de la imaginación, **"la imaginación creadora".** Por ello, hasta ahora, no hemos inventado más que el **chuño.** Lógico es pensar que más que imaginación, cien veces más de imaginación, se ha requerido para inventar la navegación a vapor, el ferrocarril y el telégrafo, que para escribir un discurso grandilocuente, lastrado de lugares comunes, a la manera de Soria Campero. Pero, ¿qué más? Cuando Alfredo Fouillée, en "Bosquejo psicológico de los pueblos europeos", afirma esto, que es desconcertante: "El francés no es imaginativo. Su visión interior carece de la intensidad alucinatoria y de la fantasía exuberante del germano y del anglosajón". Esto dice de la patria de los Ampere, Cuvier, Laplace, Lavoisier, Pasteur y, de la imaginación estética, de Delacroix, el rey del color, y de Hugo, el rey de la metáfora.

¿Qué decir de nuestra patria, donde por ningún inventor o descubridor, hemos tenido cientos de Olañetas y Soria Camperos? El imaginativo, aquí, o, más propiamente el visionario, resulta el autor de "Pueblo Enfermo". Está viendo lechugas, donde no hay más que un campo de coles.

V

En el capítulo V de "Pueblo Enfermo", el autor se aventura en el vidrioso tema de "Psicología del carácter indo-español". En el parágrafo III, habla sobre "Ausencia del sentido moral, Envidia, Tristeza".

Según Arguedas, los bolivianos padecemos de la peor, de la más vil de las pasiones, **"la lóbrega tristeza del bien ajeno":** somos envidiosos. Envidiosos radicales, feroces, luciferinos. "Todo el que triunfa —escribe— y se enriquece en cualquier esfera, engendra en otros no sólo odio violento, sino una envidia incontenible, o, mejor, la envidia engendra el odio". Pero, ¿sólo en Bolivia? ¿No podríamos hacer extensiva esta plaga a todo el continente?

Pruebas al canto. Por algo Carlos Reyles escribió en el Uruguay "La Raza de Caín", donde pinta a la "envidia", con mayor penetración psicológica que el mismo Lord Byron en "Caín" y aún que el mismo Shakespeare, en el Yago de Desdémona. Es la mejor novela de Reyles. Y de las superiores escritas en el castellano contemporáneo. También una de las más dolorosas, patéticas. De un patetismo que le aproxima a Dostoyewski de "La Confesión de Stavrogine".

Como las letras, en especial la novela, y los estudios sociológicos, son la expresión de los sentimientos y pasiones dominantes en un país, la pasión de la envidia ha sido tratada con muy reveladora persistencia por los escritores latinoamericanos. En la Argentina, le consagran al asunto buidas páginas Agustín Alvarez, Bunge y, especialmente, Ingenieros. Este último, en la

revista de Darío, **"Mundial"** (París, 1914), publicó un artículo discriminativo acerca de "Envidia y Emulación". Escribe el autor de "El Hombre Mediocre": "De acuerdo con los distingos enunciados, los clásicos aceptan el parentesco entre la envidia y el odio, aunque sin confundir estas dos pasiones. Conviene sutilizar el problema, distinguiendo otras que se le parecen: la emulación y los celos".

"La envidia —agrega— sin duda, arraiga como ellas, en una tendencia afectiva, pero posee caracteres propios que permiten diferenciarla. Se envidia lo que otros ya tienen y se desearía tener, sintiendo que el propio es un deseo sin esperanza; se cela lo que ya se posee y se teme perder; se emula en pos de algo que otros también anhelan, teniendo la posibilidad de alcanzar".

"La envidia —concluye— nace, pues, del sentimiento de inferioridad respecto de su objeto; los celos derivan del sentimiento de posesión comprometido; la emulación del sentimiento de potencia que acompaña a toda tendencia expansiva de la personalidad".

En el Brasil, tenemos a Aluzio Azevedo, (1857—1913), creador, en su país, de la **novela experimental**, —según la escuela de Zola—. Es autor de esa estupenda, valiente, justiciera y reivindicatoria novela escrita con "realismo" y "vigor" equiparable, en verdad, al autor de "La Bestia Humana", **"O Mulato"** —1881—. Pues, bien: ¿cuál es la pasión dominante en la novela? No otra que la envidia. El protagonista, Raymundo de Silva, "hijo natural de un hacendado y de una de sus esclavas negras", hombre dotado, por su talento y su educación europea en un todo superior al ambiente que le rodea. Víctima del prejuicio de raza, pero más víctima aún de

la envidia, concluye por ser ignominiosamente asesinado por las maquinaciones de un sacerdote.

Y, ¿quién más, y esto ya no en el plano de la ficción novelesca, sino tratándose ya de un hombre de carne y hueso, quién más víctima de la envidia, que el llamado "Poeta Negro", maestro del Simbolismo brasileño, Joao Cruz e Souza? Sacrificado también en el madero del oprobio por el odio de raza, pero aún más por la envidia que despertó su deslumbrante talento lírico —semejante al de Darío—, atravesó en su vida de martirio y de "poeta maldito", por los oscuros círculos del Dante. Perseguido, atormentado, miserable, sufrió en un hospital, tuberculoso. Hoy es una de las más altas y puras glorias de la lírica brasileña.

Otra víctima de la calumnia y de la envidia, en su patria, quién lo creyera, fue Andrés Bello. Y, también, desde luego, Bolívar.

Rufino Blanco Fombona al prologar los estudios "Literatura Castellana" de don Andrés Bello, pinta de esta manera el ambiente de Caracas de aquel tiempo: "Caracas fue siempre —afirma— una fragua de calumnias e injurias contra todo el que se eleva allí sobre el nivel común. Recuérdese cómo a Miranda, en su juventud, impidieron vestir el uniforme militar; cómo procesaron a don Sebastián, padre de Miranda e hicieron a éste abandonar el país. Baralt no pudo vivir allí por el crimen de haber erigido aquel grandioso monumento patrio que se llama la "Historia de Venezuela". Pérez Bonalde, el mejor poeta de su época, en su tierra fue devorado por hambrienta traílla de académicos sin Academia y retóricos sin talento y no pudo vivir en Caracas. El periodista y novelador, Miguel Eduardo Pardo, después de años de ausencia,

fue a Caracas con su esposa, una española; la más sangrienta e inmerecida burla se hizo por la prensa de aquella dama, por odio al marido. Un día apareció entre los anuncios de periódicos una **reclame** suscrita por Pardo y recomendando no sé cual medicamento que había curado, decía, las hemorroides de su mujer. La señora renunció a permanecer entre aquellos villanos y Pardo se fue a morir en el extranjero. Queda un ejemplo, el más ilustre, el de Bolívar. A Bolívar nadie le calumnió y afrentó como Caracas desde 1810 hasta después de su muerte. Caracas lo condenó al ostracismo; Caracas se negó a tratar con Nueva Granada mientras el padre de la patria pisara tierra granadina. Caracas declaró, por boca del diputado Angel Quintero, que cualquiera tenía derecho para victimar a Bolívar, y recibió entre repiques de campana, esta noticia que suscribía una mano venezolana: —"Bolívar, el genio del mal, la tea de la discordia, o mejor diré, el opresor de la patria, ya dejó de existir, y de promover males que refluían siempre sobre sus ciudadanos. Me congratulo con ustedes por tan plausible noticia".

"Por último, durante años y años, después de muerto el Libertador, no se podía en Caracas pronunciar su nombre, como no fuera para revolcarlo en el lodo. En cambio al tártaro Páez se le besaba los pies".

Luego —la deducción lógica—, la pasión de la envidia no es exclusiva de Bolivia: es una tara continental. Pero, ¿de dónde nos viene esta nefasta pasión? Las tribus precolombinas, aún semibárbaras, de las otras regiones de América, como los fieles súbditos del Incario, no fueron envidiosos. No tenían por qué serlo, pues siempre vivieron lejos "de las vanas esperanzas cortesanas", "ni envidiado ni envidioso" como que-

ría vivir Fray Luis de León. Como prueba de ello, cabe aducirse el hecho de que en el triálogo moral del Incanato, se prescribía la norma de que el indio no debía ser "ni perezoso, ni mentiroso, ni ladrón": **Ama ckella, Ama llulla, Ama sua,** defectos que predominaban en los indios kheswas, pero no se habla de "la envidia". Tanto es esto, que no se encuentra la palabra en el vocabulario Kheswa. Ni el P. Santiago Raurich, en su "Gramática Kheswa" la menciona, ni tampoco el P. Honorio Mossi, en su "Diccionario", el único que existe en Kheswa, pero es obra de un filólogo. La pasión de **la envidia** nos la trajeron los Conquistadores. Aquellos que se acuchillaban entre hermanos disputándose un lingote de oro. Ella proliferó en la Colonia y se ha acrecentado con la Democracia, pues, como ya observó Stendhal, "las Repúblicas son de suyo envidiosas".

Nadie, empero, tuvo en España, el coraje de esclarecer esta verdad histórica. Nadie, hasta que don Miguel de Unamuno, "este donquijotesco fuerte vasco", como lo pintó Antonio Machado, dijo la zarathústrica verdad, al comentar **"Pueblo Enfermo".** Nadie, Tampoco, no sólo en la Península, sino en toda Europa, ha penetrado en lo más hondo de "la psicología de la envidia", su génesis y caracteres, como el gran Don Miguel.

En su Ensayo "La Envidia Hispánica", nos dice: "La envidia, ésta es la terrible plaga de nuestras sociedades; **ésta es la íntima gangrena del alma española.** ¿No fue acaso un español, Quevedo, el que suscribió aquella terrible frase **de que la envidia está flaca porque muerde y no come?** Y esta nuestra **llaga de abolengo,** hermana gemela de la **ociosidad belicosa,** se la trasmitieron nuestros abuelos a los pueblos hispano-

americanos y en ellos ha florecido, con su flor de asafétida, creo que aún más que entre nosotros. ¿No conocéis lo que Lastarria apuntó sobre la acción de la envidia en el Chile de su tiempo?"

Acápites después, añade Unamuno: "Somos, colectivamente, unos envidiosos; lo somos nosotros, los hispanos de aquende el Atlántico: lo sois vosotros, los de allende".

"Y esta horrible gangrena de la envidia —se pregunta—: ¿de qué puede habernos venido?" — se responde: "Yo creo que de la **ociosidad espiritual**, y téngase en cuenta que puede tener ocioso el espíritu, ociosa la inteligencia, un hombre muy activo para procurarse la vida y hasta uno de esos a quienes se llama hombre de estudio. Así, por ejemplo, los eruditos suelen ser por lo común envidiosos, pero es que los eruditos mantienen su inteligencia en mal disfrazada ociosidad".

"La envidia es hija de superficialidad mental y de falta de grandes preocupaciones íntimas".

Y, lo curioso, pero explicable: donde más fermenta la envidia, es en los conventos y monasterios. Escribe Unamuno:

"La envida brota en los pueblos en que el íntimo y verdadero resorte religioso, la fe que crea y no la que vegeta parásita del dogma, se ha herrumbrado. La envidia, que es hija de la ociosidad espiritual, es compañera del **dogmatismo.** Por eso se ha hecho proverbial el **odium theologicum.** ¿Y quién no sabe que la envidia, más que la gula, más que otro cualquiera de los siete pecados capitales, **es el vicio clerical por excelencia?** La envidia es la roña íntima de los conventos. Y ello procede de la ociosidad espiritual".

Exacto. Plena razón tiene Unamuno. ¿No conocéis aquel hecho, ocurrido en Potosí, cuando el P. Chenti, intentó envenenar a todos los hermanos del convento de San Francisco?

De aquí también, con respecto al **odium theologicum**, este agregado a la sentencia de Plauto: "El hombre es lobo para el hombre". Es esta la progresión:

Homo homini **lupis;**
Fémina feminae **lupior;**
Sacerdos sacerdoti **lipíssimis**

VI

Queda, pues, establecido, que la envidia no es, como afirma Arguedas, una pasión nacional, sino continental, indiscutible herencia Ibérica. Una patológica herencia de nuestros ilustres antepasados —los Conquistadores—, y de nuestros insignes Coloniales, que mientras los yanaconas y mitayos morían de hambre y de tisis en las minas y en la "vorágine" de las selvas, el señorío español, blanquizado en América, disfrutaba de todo bienestar, poderío y riqueza. Riqueza que le arrancaba al indio, en nombre de "La Santa Inquisición". Mas, en su vida de "ociosos honoríficos" floreció la bella orquídea de la envidia, la disputa por títulos nobiliarios, por lograr canongías y sinecuras, por puntillos de honor...

Por ello, donde aún mismo, reina más la envidia, es en aquellas ciudades y capitales de provincia. Ciudades y villas cargadas de colonialismo. Herencia de los **"Oidores"**. De los Canónigos. De las monjas y los tahures.

Pensábamos limitarnos en el presente artículo a exponer las razones por las cuales consideramos ya "inactuales" **el criterio y la ideología sociológica** con que Alcides Arguedas, en 1909, enfocó los problemas nacionales. Mas, las cuestiones que aquí tratamos, nos han sido tan sugestivas, que desviándonos del tema central, nos hemos detenido en glosar lo que a propósito de "la imaginación" y "la envidia" en Bolivia, afirmó Arguedas y comentó Unamuno.

Con la limipa sinceridad y la mayor honestidad intelectual, expresamos que nuestra "tesis" —si así puede llamarse— de "la inactualidad de Arguedas", no debe ser tomada en un sentido cerradamente "unilateral". El criterio liberal individualista, los prejuicios raciales y el sociologismo "moralizador" y "moralista" con que fue escrito **"Pueblo Enfermo"**, hoy en día están ya superados (1). Por ello, nos resulta "inactual", pero, en algunas de las "taras nacionales" señaladas con valentía por Arguedas, ellas conservan aún, su valor de antaño, son "actuales". Mientras no dejemos a un lado la estéril "facundia" y no nos aqueje ya "la tristeza del bien ajeno", los males estigmatizados por Arguedas, han de persistir. Y, en este aspecto lo de "pueblo enfermo", aún ha de prolongar su anacrónica actualidad. Lo que no nos conviene. Significaría seguir arreatados "al pasado", cuando lo que ur-

---

(1) Comparemos, por ejemplo, la ideología crítica — negativa de "Pueblo Enfermo" de Arguedas —1909— con la ideología positiva-creacionista de "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana" de Mariátegui —1942—. Son dos actitudes opuestas ante los mismos fenómenos sociológicos y los problemas sociales entre el escritor boliviano y el peruano.

ge, es avanzar por el camino del bien, de luz y de progreso del porvenir... Hacer de Bolivia no "un pueblo enfermo", sino un pueblo rico de vida. De vida, de verdad, de bien. De justicia y de belleza.

"LA DANZA DE LAS SOMBRAS"
DE ALCIDES ARGUEDAS

INTELIGENCIA Y TRAGEDIA

Ningún comentario serio, tal como la índole del libro demandaba, fuera de la rápida y elegante notícula de Juan Francisco Bedregal, elegante y discreta como todo lo suyo, se ha producido en el país sobre el último libro de Alcides Arguedas. "La Danza de las Sombras", publicado en Barcelona a mediados del presente año Este hecho, el que no se consagre a un libro de la importancia del aludido, que es algo de lo mejor que se ha producido dentro de nuestra pobre y deslucida literatura, es un triste hecho, que no puede revelar otra cosa, sino que el país, ahora, como hace cincuenta años, y como hace cien años, permanece sordo y ciego ante las incitaciones de la cultura y ante las legítimas amonestaciones de quienes quieren despertarlo a la vida del espíritu. Para nosotros, la publicación de un libro —de un verdadero libro, en el sentido ideológico del término—, tiene menos trascendencia que cualquier suceso callejero o el siempre anodino comentario de nuestra anodina vida política. La circunstancia de que la nación esté en guerra y que, al decir de las gentes, toda la atención de ella esté concentrada en ese acontecimiento, es un sofisma de buena fe, porque cabe reargüir que, precisamente, cuando un pue-

blo está sufriendo esa remoción profunda de todo su organismo que es la aventura bélica, urge, por el prestigio mismo del país, no descuidar los intereses de la cultura, que son permanentes, ante los otros, que son contingentes. El vigor de las nacionalidades se asienta en la cultura y no en otra cosa.

La razón, luego, no se esconde en esa argucia chauvinista. Si Bolivia fuera una nación que sabe prestar atención enérgica y constante a la palabra de sus escritores —conductores espirituales—, si no fuera como la España que pintaba "Fígaro", donde el arte de escribir "era llorar, y el proponer ideas, peor que buscar voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta" no habría significado nada el episodio bélico, pues, con ello, la vida intelectual del país no se anula —antes debiera acrecentarse—, ni la conciencia social se ofusca. La razón es sencilla y clara: que no se lee.

Y como no se lee sino periódicos, y tampoco hay inquietudes espirituales, ningún movimiento de cultura interesa a nadie. Salvo que se trate de esas veladas literario-oratorio-musicales, donde cualquier señorita pintarrajeada va a destripar, con toda confianza, a los mejores poetas, con aquel rasgueo de erres y eses que estremecían de horror cósmico al fino oído castizo de Bonjour y cualquier pelafustán que está aprovechando del conflicto del Chaco para transforarse en conferenciante y se auto doctora en "Chacología", va a aburrir metódicamente al respetable y lamentable público.

Y a eso, los cronistas complacientes o de mala fe, solemos llamar "todo un acontecimiento cultural". Así anda la lectura por nuestras breñas. Cultura de damiselas que no tienen más ortografía que su vanidad exhibicionista y

de oradores floripondios que disertan sobre el problema del Chaco porque investigan todos los días los eruditos editoriales de Fabián Vaca Chávez en "La Razón". Así, todos andamos a oscuras. Claro que eso conviene a muchos. Porque mientras reinen las tinieblas, muchos que a falta de luz propia brillan con la ajena, pasan por astros de primera magnitud. El escritor —nos referimos a los de verdad— en Bolivia, carece de lectores y, por consiguiente, de críticos. Esta es la tragedia de Arguedas, como fue la de René Moreno: la tragedia de una inteligencia frente a un pueblo acéfalo.

Es en este sentido —paradójico— que arguedas ha titulado a la primera parte de su libro, "el fracaso de un escritor". No es que haya fracasado "como escritor", como puede ocurrirle a un grafómano radicalmente negado para las letras, sino que ha fracasado en el sentido de que no ha realizado, con su obra, no por incapacidad de su pluma, sino por la sordera de su medio, la labor que se proponía con su pueblo: despertarlo a la conciencia lúcida de sí mismo, de las taras que imposibilitan su progreso y que alcanzado de esa conciencia de sus males, reaccione de ellos con aquella energía del "cirujano de hierro" que el gran Costa pedía para cortar de raíz los males de España. Arguedas vio que el camino que habíamos seguido hasta nuestro tiempo era erróneo y lo que más urgía era orientarse en el caótico panorama del horizonte histórico. Su obra intelectual no ha sido como la de Manuel Céspedes, la de un literato puro, que escribe, flaubertianamente, por el placer estético de escribir, sin inquietarse por los problemas de su tiempo y las angustias de su raza. Al revés del autor de "Símbolos Profanos" que ha sido tan elogiado por el gaznápiro mundo, Arguedas,

desde un comienzo, se presentó como un escritor que tenía una misión que cumplir, fundamentalmente preocupado por todos los problemas que interesan a la vida de la nacionalidad y, como todo hombre de ímpetu mesiánico, tuvo el valor de la sinceridad, de la precisión, sin perdón de detalle, en la observación certera de la realidad y, lo que es de rigor, el gesto acre del censor moralista y el apóstrofe del apóstol que, a semejanza de los profetas hebraicos, azota con un haz fulgurante de verdades crueles las ignominias de la ramera babilónica.

Mas, con esta labor, después de transcurridos varios lustros y de haber dado a su pueblo lo que éste más urgentemente reclama, ideas y orientaciones, se ha convencido que, con todo ello, no ha obtenido nada, o lo que es peor, que con sus libros, escritos con tan evangélica finalidad de propósitos, más ha **obtenido** todo lo contrario de lo que perseguía, sembrar el descrédito del país fuera, sin dejar el beneficio dentro.

Es en este aspecto que cabría interpretar la áspera y punjente amargura que fluye, como de un odre rebosante de vinagre, de las sinceras y melancólicas páginas de esta primera parte del libro, cuyos subtítulos, "El fracaso de un escritor", "Miserias de la vida literaria" y "Escribir, faena estéril", podrían hacer creer, al lector superficial, que son la confesión tácita de un escritor que se siente, como tal escritor, "fracasado" y desencantado de su obra y, en general, del arte de escribir. Lo que podría inducir a nuestras mesocracias intelectuales a ratificar, a propósito de este nuevo libro de Arguedas, lo que ya se ha dicho de los anteriores, que se trata de un libro pesimista, de crítica negativa, que lejos de estimularnos a la acción, despertándonos el entusiasmo y la serena confianza en el

ideal, lo desacredita, cerrando las puertas a la esperanza y paralizando todo ímpetu cordial, —de ese que tanto requieren las abúlicas generaciones bolivianas— para consagrarse a toda labor de mejoramiento social, ya que nada se puede alcanzar con las incitaciones luminosas de la inteligencia y la palabra y que, en nuestro medio, siempre triunfará la barbarie —en el sentido de Sarmiento—, sobre la civilización.

Son, en efecto, para los que han nacido con "la dolorosa maldición del pensamiento" que decía el otro, o con "la funesta manía de pensar" que dicen los jesuítas, y que no pueden vivir y actuar si no es en un ambiente de ideas y transformando todas sus emociones y percepciones en pensamiento y tienen que ser, pues no pueden ser otra cosa, forzosamente "escritores", desalentadoras las páginas de Arguedas, pero, por eso útiles, muy útiles —así lo juzgamos—, y proficuamente educativas, especialmente para la juventud boliviana, tan dada a grafomanear a la buena de Dios. Porque las enseñanzas que, como fruto de su experiencia de escritor, nos proporciona Arguedas, desengañarán al diletante, al que cultiva el arte de la palabra por fines ajenos a esa actividad, pero fortalecen y vigorizan, como un tónico estimulante de la voluntad, al escritor vocacional, al escritor de raza.

Se ha dicho que Arguedas es un pesimista. En realidad lo es. Lo es temperalmente. Pero su pensamiento es sano, vigorizador de la voluntad de creación y poder como el del padre Zaratustra, o, más propiamente, si no queremos irnos tan alto, estimulador de la acción como el de los "regeneracionistas" del 98 español, Costa y Ganivet. Esto es lo que no se ha podido comprender en Bolivia. Arguedas no quiere engañarse con las apariencias, tiene el valor de "no

tener miedo" a la realidad, de verla en su escueta desnudez. Y, esto es lo que no le perdonamos acá, donde, según el pintoresco decir de René Moreno, la flor que más florece es "la flor del engaño" y donde, para disfrutar del aura popular y ser erigido en maestro de la juventud, hay que ser un portavoz grandilocuente de las mentiras patrióticas y, para decirlo también con otra expresión gráfica del polígrafo cruceño, "hay que besarle al país sus llagas".

Su pensamiento es —repetimos— sano. Y, como pasa con ciertos medicamentos fuertes, a los organismos débiles los mata, pero a los fuertes los sana y robustece. De la misma manera que Nietzsche, en contra del pensar general en su tiempo, se atrevió a proponer la doctrina schopenhauerina como la mejor enseñanza para sus compatriotas, en **"Schopenhauer, educador"**, es tiempo ya de recomendar la lectura de Arguedas como la del mejor profesor de sinceridad y energía con que contamos y como lo más educativo para las nuevas generaciones bolivianas. Generaciones que, hasta ahora, no han conocido otra pedagogía social que la irrealidad y la mentira en la que los educamos los maestros fachadistas y arcaizantes que somos. La educación francesa, observó hace tiempo, Le Bon, lo que necesita es un baño de realidad. ¿Qué pensar de Bolivia?

Y, con esto, nada aún hemos dicho, propiamente, del contenido de "La Danza de las Sombras". Lo primordial era ocuparse de la personalidad del autor y de su singular situación en el panorama intelectual de Bolivia. Lo hemos hecho porque pensamos —y repetimos— que Arguedas no es comprendido en su patria. Y no ha sido comprendido porque no ha sido leído. Menos estudiado. Su caso, como el de Tamayo,

es uno de los que más estudio debe merecer de la juventud, para que su labor ideológica sea fructífera para el país y no se pierda en el vacío de la indiferencia social, como se perdió la acción colonizadora de Quijarro y la obra civilizadora de Moreno. Por no haber escuchado en su tiempo a estos clarividentes varones de la bolivianidad porvenirista, hoy estamos lamentando calamidades que aquellos hombres previeron y quisieron evitar. Que nos sirva de experiencia. Recojamos las experiencias de nuestra historia . Que las duras lecciones del pasado nos sirvan para la acción de hoy y de mañana.

A múltiples y muy sugestivas consideraciones, ya sobre la situación actual del hombre de letras en la vida contemporánea, ya a la del escritor en Bolivia, ya, propiamente al autor, en el nuevo género que cultiva, el "Diario" o "Libro de Memorias", se presta "La Danza de las Sombras".

Confiamos en que los amables lectores que hayan tenido la paciencia de leer estos apuntes, nos toleren; en sucesivos números de "La Gaceta", continuaremos ocupándonos del libro de Arguedas. Para solicitar esa benevolencia tenemos, por lo menos, que hacer valer la imparcial sinceridad y la razonada exposición de comentario con que hemos procurado escribir. Porque aquello de elogiar un libro porque se es amigo del autor o darlo por malo sin haberlo leído, es desacreditar la función serena de la crítica, cuya finalidad no es otra que perseguir un fin de utilidad social y ponerse al servicio de los altos intereses de la cultura, única base de la prosperidad de los pueblos. Precisamente esa manera de ser tan nuestra a que aludimos, ya fue señalada en "Pueblo Enfermo" como una de las enfermedades nacionales causantes de nuestra inferioridad

literaria. No incurramos en ella al estudiar a Arguedas, el único hombre que, después de Moreno, habiendo vencido las fronteras y conquistado un prestigio continental, ha tenido la sinceridad de declararse un escritor fracasado, lo que prueba que se trata de un verdadero escritor. Porque todo escritor de verdad, tiene que considerarse así, fracasado, porque no juzga de sus éxitos, por los aplausos que le vienen del mundo, sino que escucha la voz de su propia conciencia y cuando ella le dice que de la realidad a que ha llegado media gran distancia al ideal que perseguía, no está satisfecho, esta es la íntima tragedia de todos los espíritus superiores a quienes atormenta la sed del ideal: el ideal es tanto más inalcanzable cuando más depurado es el sueño del artista. Por eso Bounarotti renegó de su Moisés y Leonardo no pudo nunca concluir la Gioconda. Fueron grandes fracasados.

EJEMPLARIDAD DE LA VIDA DE UN ESCRITOR

Decíamos en anterior comentario que "La Danza de las Sombras", es algo de lo más sustancioso y sugestivo que se ha producido entre nosotros, como que es fruto de una experiencia vivida, y, por la sinceridad con que está escrito, las observaciones de ambientes y de personajes que contiene, cumple no solamente la función de instruir y deleitar, sino de enseñar y, en ese sentido, el libro es de un impagable valor educativo.

Educativo, en los múltiples aspectos que abarca la educación integral, pero, singularmente, porque dentro de nuestra reducida tradición literaria, es el único caso de un libro que nos relata con una edificante sinceridad, el proceso de formación de un hombre de letras, desde el caos pregenesíaco de un espíritu aún en estado de potencia, hasta la estructuración bien vertebrada y armónicamente organizada de una personalidad. Y es, precisamente, esta clase de obras en que se relieva la ejemplaridad de una vida, de las que más falta nos hacen en el país, care-

cemos casi en lo absoluto de ellas, mientras en otros, no ya en los europeos, sino aun en los vecinos al nuestro, se ha hecho escuela de este género tan en boga hoy día. Cobra el libro que comentamos, a más de sus indispensables méritos literarios, un alto valor educativo y cumple una función útil para la juventud, porque en "La Danza de las Sombras", Arguedas nos ofrece páginas autobiográficas que al mismo tiempo de facilitarnos el conocimiento más íntimo del hombre, nos suministra una cantidad de hechos concretos, **experiencias experimentadas** y observaciones útiles sobre el proceso de formación de un escritor y de la vida literaria tanto en Europa, como en Bolivia. Es por este último aspecto que el libro acrece el mérito de su utilidad indisputable. Pues, si para la educación del carácter o el aprendizaje del arte de escribir, disfrutamos de una abundante bibliografía a la que podemos recurrir cada rato, dentro de la literatura universal, desde las Vidas Paralelas de Plutarco hasta la "Correspondencia" de Flaubert o el "Diario" de Jules Benard o las "Vidas Ejemplares" de Romain Rolland que ha difundido José Vasconcelos, no contamos, en cambio, con un solo libro de esa índole escrito por un autor nacional, particularizado al singular fenómeno boliviano. Si bien nos es asequible llegar a vislumbrar por las "Conversaciones de Goethe con Eckerman" cuál es el proceso evolutivo del genio, o por la vida de Balzac desde qué obstaculizados comienzos se llega a ser el creador de "La Comedia Humana", esos libros nos hablan de ambientes y de factores determinantes, totalmente alejados de los nuestros y lo que nosotros necesitamos no es tanto llegar a saber cómo Goethe compuso el Fausto o Flaubert creó "Salambó", sino saber cómo Arguedas,

habiendo tenido unos comienzos tan modestos, ha llegado a ser hoy un escritor representativo de la patria y uno de los mejores del continente. Necesitamos de maestros, de ejemplos vivos y palpitantes. Maestros que enseñen con la cristiana evidencia de sus actos y con la ejemplaridad de su vida acorde con su obra y que no desacreditan —como tantos otros—, la pureza evangélica de sus ideas con el tizne demoníaco de su conducta. Maestros en quienes encontramos esa unidad "espléndida y bruñida" que, al decir del poeta, constituye "el galardón más alto de un diamante, de un libro y de una vida". El sagaz y ponderado Jules Payot, en sus enjundiosas páginas sobre "L'Aprendizaje de l'art d'ecrire", diserta extensamente, en "La Tradición de los Grandes Franceses", sobre la acción fecundante de los clásicos, como educadores del espíritu e insuperables modelos a los cuales debe imitar la juventud francesa. Al puntualizar esa tradición observa que lo esencial de ella está caracterizado por el culto a la razón y a la claridad de pensamiento. Aprendamos de nuestros clásicos —escribe— el respeto por la verdad. El impulso hacia la verdad es verdaderamente la única fe profunda de los franceses capaces de sentimientos superiores". Y, con respecto a la finalidad cardinal de la educación, añade esto, que es una verdad de evidencia: "Esta doctrina culminante, derivada de nuestra tradición intelectual, es que el hombre vale por el pensamiento. El desenvolvimiento de la civilización tiende a la espiritualidad, es decir, hacia una libertad de espíritu cada vez más alta. Ello implica necesariamente, como corolario, la cooperación social, que funda la ley moral en la razón." Y educar el espíritu de libertad es el supuesto necesario de toda buena democracia. Es en este sentido,

que "La Danza de las Sombras" viene a llenar un vacío y cumplir una labor útil, pues que, en el orden que anotamos, es el primer libro en su género en Bolivia. El servirá, siempre que se lo sepa aprovechar, como de un enérgico acicate para despertar y encaminar vocaciones en potencia o de tónico estimulante para voluntades fluctuantes o a punto de desfallecer e inicia la tradición de un bolivianismo creador a base de sinceridad y exactitud, que es lo que más falta nos hace.

Carecemos, por otra parte, de buenos libros de lectura nacionales, de libros que, con toda confianza, se pueda poner en manos de la juventud, tal como se hace en la Argentina con Sarmiento, o en el Uruguay con Rodó, de lectura obligatoria en aulas. Entre nosotros jamás se ha parado mientes en este problema de cultura o se lo ha resuelto inicuamente, pues, si en primaria se ha impuesto esos "textos escolares" de adquisición obligatoria, eso no ha obedecido a ningún propósito de redentor evangelismo didáctico bolivianista en los autores, sino a que estos señores negados no sólo del don literario, sino, lo que es peor, del pedagógico, no vacilaron en poner en manos de la infancia libracos escritos a la buena de Dios, con lo que han causado daño positivo a los alumnos, aunque ellos hayan hecho un positivo negocio con ellos. Tenía razón el diputado Chávez Suárez, ex-maestro normalista, al solicitar en el Congreso la revisión de esos textos y la supresión del monopolio de venta que han adquirido, pues son, positivamente, la más flagrante calamidad. Si eso pasa en primaria, en secundaria ocurre algo peor: no se conoce ningún libro de lectura obligatoria de autor nacional, y menos se dan lecciones de literatura boliviana, porque —hay que decirlo

claramente— ningún profesor de la materia, que sepamos, la conoce.

En el Uruguay se le lee a Rodó, en el Ecuador a Montalvo. En Bolivia jamás se ha pensado en esta fundamental urgencia de la nacionalización de la cultura, como que antes de estudiar y sacar a luz a nuestros valores representativos, lo que hacemos es menospreciarlos con aquella suficiencia que da la ignorancia o juzgarlos con prejuicios de casta y campanario, coco ocurrió en el Parlamento cuando se solicitó una subvención para reeditar las páginas escogidas de Moreno. Esa actitud da la medida de nuestra cultura. ¿Qué ocurriría entonces, si algún mal aconsejado se atreviera a sugerir la lectura de "Raza de Bronce" como la de un modelo de literatura nacional y señalar la vida del autor, narrada en "La Danza de las Sombras", como la de una vida ejemplar de un hombre de letras y de estudio en Bolivia? Sería tachado de iluso. O de algo peor. Y, sin embargo... Es obvio decir que la lectura de libros como los de Moreno, de Arguedas, Mendoza o Tamayo, siempre sería más provechosa para nuestros estudiantes que las truculentas de Vargas Vila, que con tanto placer devoran ellos y constituye su único alimento espiritual. Y la causa para que acontezca esta calamidad no estriba tanto en la mala inclinación natural del adolescente; como en la falta de una oportuna y diligente intervención educativa del padre y el maestro.

El espíritu de rebeldía anárquica y desorbitada y la precoz iniciación en las aberraciones sexuales que caracteriza a los mozalbetes de hoy, no reconoce otra causa que las malas lecturas a que se entregan por falta de buenas. No pensaron en este vital problema de nuestra cultura y la educación de los sentimientos morales y so-

ciales, los legisladores aquellos que se opusieron heroicamente a la reedición seleccionada del más probo y austero de nuestros escritores, superior a Sarmiento en el donaire remirado del estilo, tan grande como él en su hombría de bien.

Otro tanto va pasando con Arguedas, a quien se le regatea hasta sus méritos más indiscutibles, siendo así que —como lo confirmó el Concurso realizado en Santiago de Chile con esa mira— "Pueblo Enfermo" resultó incluído dentro de los diez mejores libros que ha producido el continente. Y es que, como observaba Moreno, "el mayestático desdén boliviano asume a veces tales proporciones que linda en los límites de la epopeya burlesca por su ridícula gravedad".

No tenemos conciencia de nuestros propios límites, por eso caemos en el ridículo con tanta frecuencia.

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DE LA INTELIGENCIA

"Cervantes alcabalero. Quevedo pincho. Verlaine mendigo . . .

"Pobreza, la pobreza del saber vencido por la suerte . . ."

Así exclamaba Manuel Machado en uno de sus poemas, sintetizando el amargo destino que cabe a los hombres de letras y de pensamiento. Hay que confesar, en efecto, que la vida del escritor, del intelectual, del hombre de letras, y, en general, de todo aquel en quien el cerebro predomina, no puede ser envidiable, porque ese sujeto nace predestinado para sufrir lo que alguien llamó "la dolorosa maldición del pensamiento", más dolorosa que la tan mentada maldición bíblica, "ganarás el pan con el sudor de tu frente y parirás con dolor". Porque el intelectual pare también con dolor de su alma, pero no gana el pan con el sudor de su frente. Ya lo dijo el Eclesiastés: "Quien añade ciencia, añade dolor".

Y, así es. Porque la inteligencia, la facultad de conocer, que lleva a desechar el mundo

apariencial de los fenómenos para inquirir la entraña de la realidad, es la fuente de todas las tristezas y calamidades con que el Jehová simbólico castiga a quienes osaron saborear el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Quien ha gustado del sabor de esa fruta del árbol del conocimiento, ha perdido para siempre la inocencia edénica del reino de la Apariencia e incurrido en la cólera de los dioses. Es el Satán que se reveló contra Jehová o el Prometeo que robó el fuego de los olímpicos. Y conoce su infierno, el de su rebeldía; y tiene su buitre, su propio pensamiento. Por eso que el hombre que tiene la osadía de pensar y manifestar la sinceridad de su pensamiento —y alcanza a vislumbrar las ideas puras, en el sentido de Platón— mientras el resto de los hombres toman por realidad los fantasmas de ella en la caverna del mundo en que vivimos metidos, da siempre la impresión de un extraño, de una **rara avis**, salida de no se sabe dónde; es el malogrero buho que tiene pupilas para ver en la oscuridad y oídos para percibir los acontecimientos que se van fraguando en la entraña misteriosa del futuro, por lo que el mundo le considera como un ser nefasto de molesta presencia y espíritu protervo. De ahí que el escritor, el intelectual auténtico, vive siempre en desacuerdo, en abierta contradicción o en flagrante beligerancia con su ambiente y su tiempo. Es siempre un incomprendido. No puede comunicarse con los demás: les es extraño. Por eso, si alguien siente, en su inconmensurable soledad, la cósmica soledad del yo, es el intelectual. La soledad de las alturas. La gélida soledad del páramo espiritual, donde, para vivir, se requiere ser —como pensaba Nietzsche—, o un dios o una bestia. Mas, como el hombre de letras, no es lo uno ni lo otro, sino un hombre,

un hombre de carne y hueso, con todas las debilidades, de ahí que su paso por la vida no sea otra cosa que el jesucristiano ascender de un calvario de penurias con la cruz de su martirio a cuestas.

Este ser predestinado para "pensar", donde primero tropieza con la incomprensión y oposición que tiene que vencer o luchar de por vida defendiendo su más preciado tesoro —la libertad de pensar—, es en el seno mismo de su hogar; son los más próximos del hombre los que menos se resignan a admitir a ese ser "diferente", a ese "animal raro" que ha aparecido en el seno del tranquilo hogar tan distinto a la "sagrada familia". Dicen que la madre de Cristo no lo quiso a su hijo. O que, si lo quiso, no lo quiso profeta ni Mesías. ¡Qué profundo sentido de verdad hay en eso. Es así. Ninguna madre quiere que su hijo le resulte un Cristo. Se contenta con que sea Jesús.

Y, después de la familia, el que más odia o reniega del hombre de inteligencia, es su pueblo natal. Eso, por sabido, debe callarse. Nadie es profeta en su tierra. Y, después de su patria, el peor enemigo que tiene el intelectual, es él mismo. Son sus nervios, su sensibilidad, su manía de continuo análisis, su aguda clarividencia, que le vuelven una exquisita y vibrátil placa de sufrimiento y es la maldita claridad cognoscitiva que le lleva, como a Leopardi, a ver el fondo vacío de todas las cosas y a descubrir "la infinita vanidad del todo" o, como Pascal, a envidiar la estupidez de las bestias: **"il faut s'abetir".**

¿Cabe envidiar el destino del hombre que viene a este mundo con la maldición del pensamiento y la manía de manifestarlo por el torturante arte de la palabra, de la **inania verba?**

Su camino nunca es de flores. Si algunas florecen en su sendero, no son nunca para él. Cuando ellas llegan, entonces aparece la familia, el terruño, la patria, el mundo, que las recogen para ofrendarlas a los ídolos del foro o a los ídolos de la tribu. Con él quedan las espinas.

Pero, si todo eso es así, ¿por qué aún hay intelectuales y escritores? ¿Por qué hay poetas, filósofos, científicos, sabios, hombres, en fin, que desafiando todas las torturas de la carne perecedera y las tribulaciones del espíritu y descuidando los bienes terrenos y sufriendo la incomprensión y el odio de su tiempo y de su medio, subalternizan el todo a trueque de consagrarse íntegramente a la torturante tarea del pensamiento?

Es que estos "forzados de las letras", (acordémonos del pobre y grande Balzac), saben, o, mejor, sienten, que lo que ya dijo Pascal de una vez y para siempre, es una verdad, una de las más grandes verdades que le ha sido dado escuchar al mundo: la única dignidad del hombre reside en el pensamiento. Y, si en ello está su infernal tortura, porque le hace conocer su propia miseria, en él también estriba su grandeza, porque es con el pensamiento que adquiere la conciencia de sí mismo y de su rol dentro de la naturaleza, lo que le hace superior a ella, como lo dijo Pascal: **"L'homme n'est qu'un roseau le plus faible de la nature; mais c'est un roseau pensant. Il ne faut pas que l'univers entier s'arme pour l'écraser. Une goute d'eau suffit por le tuer. Mais quand l'univers l'ecraserait, l'homme serait encore plus noble que ce qui le tue; parce qu'il sait qu'il meurt; et l'avantáge que l' univers a sur lui, l'univers n'en sait rien".** Idea que cuatro siglos después, la ha condensado en "El valor de la Ciencia", ese mago del es-

tilo que fue Henry Poincaré: "El pensamiento no es más que un relámpago en medio de una larga noche. Pero, ese relámpago lo es todo".

He ahí por qué, aunque todo conspire en el mundo en contra del hombre de pensamiento y, más aún particularmente en nuestra tierra, tenemos en Bolivia escritores y pensadores. Hombres de una absoluta consagración a la ingrata labor intelectual, como lo fue René Moreno antes y hoy lo son Arguedas y Jaime Mendoza.

Y es que estos hombres han comprendido mejor, han sentido, con Descartes y Pascal, que la suprema dignidad del hombre se asienta en el pensamiento. Y, en su caso, no sólo la dignidad del hombre, tomado como individuo particular, sino de la nación misma, de la tierra donde nacieron. Porque es en los hombres de pensamiento que la nacionalidad adquiere la conciencia clara de su propio espíritu y la noción clarividente de su misión histórica. Son los creadores de PATRIA, porque son creadores de conciencia histórica y social. De otra manera, no habría "patria", porque nadie tendría conciencia de ella.

FALTA DE INTIMIDAD EN EL DIARIO INTIMO DE ARGUEDAS

Decíamos en nuestro primer comentario que a múltiples y sugestivas consideraciones se presta el nuevo género que ha comenzado a cultivar Arguedas, el "Diario Intimo" o "Libro de Memorias". Sólo ahora ha llegado la ocasión en que nos ocupemos de este sugerente motivo.

El "Diario Intimo" o libro de "Memorias", como es sabido, entre los diversos géneros literarios, es el que más se presta a la confidencia íntima, a la narración sabrosa o tierna, sentimental o profunda, de los acontecimientos de la propia vida, que no es posible expresar en otros géneros, aun en la misma poesía lírica, sino en el "Diario", donde un hombre, si quiere, o tiene valor para eso que Nietzsche llamaba "el de la desnudez psicológica", puede hacerlo, es decir, revelar toda la intimidad profunda de su espíritu, ya sea en la forma austera del Marco Aurelio de los "Pensamientos" o exponiendo a la vergüenza pública lo más repugnante de la propia conducta con aquel cinismo declamatorio y enfático como lo hizo Rousseau en sus "Confesiones". En la innumerable biblio-

grafía con que cuenta el género, desde los Ensayos de Montaigne hasta los Apuntes de Jules Renard, cabe constatar un hecho respecto al "Diario": es el género menos sujeto a cánones y reglas determinadas de composición, sobre el que casi no existe una legislación retórica aristotelizada y, por consiguiente, el más libre y amplio, aquel en que más libre y ampliamente también puede expresarse un escritor, verter, en la forma que le plazca, la esencia más propia de su espíritu. Es precisamente por esto que los retóricos no han podido sujetar a normas determinadas el arte de la composición de un "Diario". De ahí también, que sea el género más personal de entre todos, el que permite la más desenvuelta manifestación de la originalidad de una personalidad, desde el genio del equilibrio que se llama Goethe, hasta el mal genio de Baroja: cada quisque tiene su manera de hacer su "Diario". La tienen hasta las costureras y los cadetes. Lo que quiere decir que es el género más fácil y el más difícil.

Más fácil porque se encuentra al alcance de todo el mundo. Todo el mundo cree siempre que su Yo es el centro del Universo. O, aunque no lo crea, como ya sabemos, desde Protágoras, que es uno mismo, y no otro, la medida de todas las cosas, claro que las cosas que le han pasado a uno, y no a otro, por minúsculas que sean, asuman para uno diversas proporciones que para otro. De aquí el inmanente egocentrismo universal que es nuestro triste patrimonio. Pero es, al mismo tiempo, el género más difícil, precisamente por la razón psicológica aludida: sólo los que han logrado superar ese egoísmo vital en que vive encarcelado el YO y alcanza a verse tanto a sí mismo como a los demás con un supremo desinterés humano, **sub specie eternita-**

tes, llegan a dar interés universal y perenne a sus confesiones.

No es una paradoja que lo menos que se necesita para hacer un buen "Diario" es amarse a sí mismo y lo más, amar a los demás. Y, como eso no les ocurre a todos, sino sólo a aquellos que como Shakespeare y Goethe, quienes, al decir del crítico inglés Arnold Schroeder, tenían como un rasgo decisivo de su carácter "aquella amable ausencia de egoísmo que les permitía ahondar en el corazón de los demás, comprender, mejor que los demás, los problemas morales más profundos de su época", de ahí que de los cientos de libros de ese género que se han escrito, sólo quedan, para deleite y edificación de los hombres, unos cuantos que se han hecho célebres, los "Pensamientos" de Marco Aurelio o las "Memorias" de Belisario, las "Confesiones" de San Agustín o las de Juan Jacobo, y unos cuantos más. El resto se ha quedado para recuerdo de la familia del memorialista.

Un "Diario" puede asumir trascendencia universal por diversidad de motivos, ya sea por su contenido intelectual, por su riqueza de pensamiento o la originalidad de su filosofía, como en Marco Aurelio o Epicteto, ya por lo avisado de sus consejos y la experiencia adquirida en el mundo sensible como Belisario o en el del espíritu como en Santa Teresa, ya por la importancia histórica del que lo escribe como en el napoleónico memorial de Santa Elena" o ya, en fin —y este sería el caso más típico— porque, aunque relata la vida oscura y sin relieve de un hombre anónimo a quien nada de extraordinario ocurrió nunca en su vida externa y que tampoco fue "nunca nada" y murió desconocido de todos, llega a ser de un valor impagable, supe-

rior aún a los anteriores, porque tiene la suprema virtud de ponernos al desnudo un alma, de haber tenido el valor de la desnudez psicológica y haber logrado conmoverse hasta el fondo mismo de nuestra propia alma, porque al poner su alma desnuda al contacto de la nuestra ha sacudido el fondo mismo del corazón humano, esencialmente el mismo en todos los hombres, aunque, fenomenológicamente, tome diversa forma en cada persona. Es el caso de Amiel, el hombre que con mayor intimidad ha hablado a la intimidad de nuestro corazón, el que nos ha hecho escuchar las vibraciones más sutiles, los sonidos más puros de su alma.

Amiel, maestro de introspección y autoanálisis, inicia, dentro de la literatura latina, un género del que tan alejado estaba el objetivista genio de la raza, pues, como es sabido, esa submersión en el torbellino del mar interior es propio de los pueblos nórdicos y eslavos. Amiel nos ha abierto el camino para el descubrimiento de uno mismo y, sin el atormentado autor de "Diario Intimo", tal vez no habría existido —literariamente—, ese genial microscopista del análisis psicológico que es Marcel Proust. ¿A cuál de estos géneros pertenece el "Diario" de Arguedas? Esta pregunta nos proporciona la oportunidad de deslizar, o aventurar, mejor dicho, algunas opiniones que tenemos sobre su "mentalidad". Mas, antes, cabe advertir que nuestra alusión a Amiel no viene traída de los cabellos. Es el mismo Arguedas quien se refiere "al influjo de Amiel" que ha recibido y nos dice: "Desde muy joven me he sentido atraído por este breviario de almas atormentadas, porque supe encontrar en él matices de sensibili-

dad concordantes con el estado general de mi espíritu" y esto es lo que queremos observar.

A nuestro modesto modo de pensar, creemos que Arguedas, ni en su espíritu, ni en su mentalidad, se parece a Amiel, ni da muestras de haber recibido su influjo, pues del espíritu poco "intimista" y "la mentalidad objetiva" de Arguedas hay mucha distancia a esa manía de autoanálisis, a ese narcisismo psicológico y entrañada subjetividad, que distinguen al escritor ginebrino.

Y ello es muy explicable, por las diferencias étnico-psicológicas y de educación intelectual del primero y del segundo. Amiel, aunque suizo francés, tenía algo de sangre germana y, en su juventud, durante sus estudios en Heidelberg y en Berlín recibió una profunda influencia del espíritu germánico y fue un fervoroso adepto del "hegelianismo" imperante entonces y, tanto por esos factores, como por su temperamento mismo, era un "subjetivista", un ser inclinado, de propio impulso, a submergirse en ese morboso y minucioso análisis del propio Yo. Aunque amaba profundamente la naturaleza y eso mismo es signo característico de los subjetivistas, no lo contemplaba "objetivamente", como podría hacerlo un pintor realista, sino con un ensoñador subjetivismo. Prueba de ello es esta su frase, que se ha hecho célebre: "El paisaje es un estado de alma". Por eso también que Amiel, lejos de ser un colorista vigoroso y sanguíneo como Gautier, el que decía "yo veo el mundo exterior", es un escritor pobre de color, pero rico de matiz, y sus matices son apagados y neblinosos, esfumados por unas suaves velaturas como una sutil niebla cenicienta que envuelve todas las cosas y va como impregnándolas de alma. Y, eso

es en reaidad: Amiel, al pintar un árbol, no describe el árbol, sino que nos cuenta la impresión que ese árbol ha hecho en su espíritu. Subjetiviza lo objetivo y, al revés de Gautier, pudo haber dicho: "Yo veo el mundo interior". Por ello, Amiel es un psicólogo y un metafísico. De cada ser quiere descubrir su espíritu y de cada cosa su significación trascendente. De ahí que casi siempre acierta a descubrir "el sentido" de las cosas, el alma.

En cambio el espíritu y la mentalidad de Arguedas, son opuestos. Y por razones análogas, a las de Amiel, la herencia y la educación. En cuanto a lo primero, Alcides Arguedas, como todos los bolivianos, es de origen racial indohispano y, como es sabido, ninguna de las dos razas progenitoras, tanto el conquistador español, como el indígena, se distinguieron por su propensión a la vida subjetiva, o su adentramiento autopsicológico dentro del "mundo interior". Al contrario, si por algo se caracterizan ambos, en cuanto a lo psicológico, es por la admirable claridad de su objetivismo. Son razas eminentemente "extravertidas" y no "introvertidas", para decirlo con dos términos que ha puesto en moda la psicología de hoy. Arguedas, producto de esos dos factores hereditarios, no constituye una excepción. Antes, por este aspecto de su mentalidad, es, con Jaime Mendoza —otro objetivista admirable—, el escritor más genuinamente boliviano. Y, en cuanto a lo segundo, la educación, la de Arguedas, antes que la hegeliana de Amiel, ha sido la del riguroso positivismo experimentalista y ametafísico del siglo de la mecánica y la sociología materialista que viniera a acentuar su innata propensión objetivista y, a ello, hay que agregar la índole de

trabajos a que se ha consagrado, la novela realista, la sociología y la historia, que demandan como método esencial, la menor dosis de subjetivismo y la mayor objetividad.

Literariamente Arguedas pertenece al tipo de escritores plásticos como Gautier, de los que ven "el mundo exterior" y prueba de ello es su "Raza de Bronce" donde hay más pintura de paisajes que pintura de caracteres, y tanto por su educación, como por su raza, es un "extravertido", antes que un "introvertido". Psicológicamente hablando carece de una vida interior profunda; su potencia de introspección es limitada y su percepción del alma del prójimo solamente "objetivista", epidérmica. Arguedas ve muy bien los rasgos fisionómicos de la persona cuyo retrato traza y, por interpretación de esos rasgos exteriores, induce la fisonomía moral del retrato, nos da, el "Yo social" del sujeto, pero no llega, a lo que con Bergson, diríamos el "Yo profundo", el verdadero Yo, oculto tras de la máscara o carátula del "Yo social". Y, al pintar el ambiente o narrarnos acontecimientos, nos reproduce con una fidelidad y verismo admirables, los "hechos", pero no llega a penetrar en "el sentido" de ellos.

De ahí que, aunque hubiera tomado de Amiel el gusto por el "Diario", en este su libro de "confesiones" que debieran ser una entrañada intimidad confidencial o de una ensimismada introspección autoanalítica, no encontramos nada de eso, sino, al contrario, reproducción objetiva de hombres y paisajes, pero no el paisaje como un estado de alma, ni el alma como un paisaje interior.

Es decir, que Arguedas, aun en este libro de "su vida", en el que, para ser "Diario" a la ma-

nera de Amiel, debiera haber más intimidad espiritual, sigue siendo el sociólogo y el historiador moralizante que ya conocemos. Ha cambiado de tema, pero no ha cambiado de mentalidad. Antes, el tema de sus libros era la patria o, para decirlo con sus propias palabras, "el proceso de la nacionalidad". Ahora el tema es el mismo Arguedas, o sea, el "proceso de un escritor". Arguedas se ha estudiado a sí mismo como sociólogo y como historiador, objetivamente. De ahí la falta de intimidad profunda en este libro de memorias. Y lo que es más sugestivo, la falta de "ternura", lo que en lenguaje de los místicos llamaríamos "aridez sentimental".

Arguedas es un hombre implacable con su patria y consigo mismo.

LA FORMACION INTELECTUAL DE ARGUEDAS

Al revés de lo ocurrido con la mayoría de los escritores nacionales, la formación intelectual de Arguedas no ha sido boliviana, sino europea. Este hecho explica su actitud ante el fenómeno boliviano y su obra. Es preciso tener muy en cuenta esta circunstancia para estudiar al hombre y llegar a una valoración exacta.

Si Arguedas no hubiera salido del país en su temprana juventud, tal como lo hizo, y nos lo cuenta en la primera parte de "La Danza de las Sombras", su obra, indiscutiblemente, habría sido otra. Esta es una verdad perogrullesca. Pero aún no ha sido formulada con precisión y menos en el sentido que vamos a darle. En un sentido tainiano.

Si Arguedas, en lugar de recibir en su juventud el estimulante y deslumbrador influjo de la vida europea, ponerse al contacto íntimo y confidencial con grandes hombres de América y Europa y, en suma, disfrutar de un desahogado bienestar económico que le permitía el suficiente vagar para consagrarse íntegramente a la tarea

de su predilección, libre de inquietudes monetarias y sin tener que recurrir al siempre esclavizante menester del empleo, no hubiera salido del terruño, y en éste, hubiera tenido que habérselas con el arduo batallar por la diaria pitanza en el ambiente criollo, ni habría llegado a adquirir ese acendrado culto por la verdad y la insofrenable libertad de pensamiento y firmeza de juicio que sorprendieron en "Pueblo Enfermo" y son los que más aquilatan el mérito del libro, ni habría tenido, tampoco, esa amplitud panorámica de visión y certeza en la observación de las imperfecciones bolivianas, sino que, al contrario, su ideología, y hasta su estilo, se habría resentido de ese "matiz de aldeanismo" que indefectiblemente nos imprime en el alma y el lenguaje la forzada convivencia en el ambiente criollo. Y aun en lo moral, si no hubiera respirado el limpio y luminoso aire europeo, sino el confinado y brumoso aire indio, habríase también lastimado el alma y hubiera llegado a ser —como todos—, un hombre con una psicología dislocada y la moral del resentido que, por obra del ambiente, les alcanza hasta a los mejores de nuestros hombres, desde el solitario bibliógrafo René Moreno hasta el sentimental poeta Claudio Peñaranda, en quienes, si se compara su obra de juventud con la de la madurez, es imposible dejar de reconocer la acción atrozmente destructora del medio. En suma, que no habría sido otra cosa que un amargado prematuro, con la agria y desgarrada amargura de los que no habiendo llegado a corresponder a sus propias esperanzas y ser lo que debieran haber sido, se sienten injustamente fracasados por causa de un destino inmérito, hasta caer en ese pintoresco ejemplar del "pesimista de cantina" que es el destino

de nuestros artistas, o en la lóbrega malaventura de ese dorado pongueaje que se llama poeta de ministerio, para quien escribió el Dante su célebre sentencia: **"Lasciate ogni speranza o voi che intrate".**

Es decir, que Arguedas habría perdido su insofrenable libertad de pensamiento y su culto de la verdad y la valentía moral para decirla. En suma, que no habría sido sino el notable poeta fulano de tal del ministerio tal, o el eminente cancelario de la Universidad de Trapisonda, autor de notables libros que se han publicado con mucho aplauso de la familia del difunto hombre de letras: un sabio departamental, tal como los caracterizó a éstos la ironía cáustica de Osvaldo Molina, pero no el escritor de bien asentado prestigio continental que es hoy.

Arguedas sale de Bolivia en su juventud con dirección a España. En el plácido ambiente sevillano, a la sombra de los naranjos perfumados y de una lozana andaluza pergueña "Wata wara", que será posteriormente "Raza de Bronce", novela que tanto prestigio le alcanza. Luego publica "Vida Criolla" y ya en Francia, entre París y Normandía, en el luminoso ambiente galo, luminoso para la inteligencia y el espíritu, escribe "Pueblo Enfermo", libro que, como es sabido, lo consagra de golpe y porrazo en el mundo hispanoparlante. ¿Por qué quejarse o protestar? El destino del escritor no ha podido ser más brillante y afortunado. Ninguno de los bolivianos lo ha tenido igual.

Cierto es que "Pueblo Enfermo" provoca la repulsa encolerizada y vocinglera del patrioterismo boliviano y el autor es execrado como un sistemático denigrador de la patria, pero, en cambio, la obra es recibida con el aplauso de quienes

confieren dignidad de caballeresco espaldarazo a los caballeros andantes de la pluma, las altas cabezas de la raza, Unamuno en España y Rodó en América. Tanto lo uno como lo otro, entusiasmo sonoro o envidia, todo bella cosecha, que diría Darío.

¿Qué más puede anhelar un escritor que el suscitar calurosas polémicas alrededor de su nombre y de sus ideas, sacudir la letárgica modorra del ambiente patrio y concitar la enemistad de los tontos y de los viles —que siempre honra—, pero, al mismo tiempo, obtener el aplauso de los doctos y la adhesión de los buenos y justos? Lo triste es, como en el caso de tantos bolivianos, haberse marchitado temprano sin haber florecido como Ignacio Prudencio Bustillo, o llegar a la vejez sin haber encontrado otro eco a las angustias del espíritu y la mente, que la sorda conspiración de un silencio de hostilidad o vitanda incomprensión como en el caso del pobre y grande René Moreno, aquel que decía: Yo trabajo sólo "por la gana solitaria de trabajor". Y "soy gitano y digo como la gitana: **yo canto per me sola".**

Arguedas, en cambio, no solamente ha cantado para él solo, sino para toda una nación y le ha cantado las verdades del carrero, aunque su patria le haya escuchado con oídos de mercader, pero el continente le ha escuchado con oídos de doncella enamorada, como escuchaban las hijas de los tapiceros de Venecia las serenatas de Mefistófeles.

"Mundial", la gran revista parisina de Darío, solicita su colaboración y en aquella alta tribuna, Arguedas se explica: "Procuré —dice— abrir los ojos al turbador y magnífico espectáculo que presenta este mundo tan distinto, tan le-

jano del mío. Volví a él. El choque fue brusco. Y honda mi pena. Y escribí, otra vez de retorno en Europa, "Pueblo Enfermo", mi mejor libro, aun sobre los que haga, doloroso y terrible, pero lleno de sinceridad. Naturalmente fui combatido mucho por los escritores de mi país y loado por los de otros países".

Unamuno en España, sorprendido por la certeza de observación en Arguedas y las semejanzas que descubre entre los males de España y los de Hispanoamérica, arranca del comentario de "Pueblo Enfermo" aquellos sus estupendos ensayos y geniales atisbos de psicología social como "La imaginación en Cochabamba" o "La Envidia Hispánica", y los grandes americanos, desde Rodó a Darío y los españoles desde Maestzu a Alomar, analizan, estimulan y aplauden la patriótica valentía del escritor que quiere realizar con su obra la misma labor en que todos los españoles de buena fe están empeñados, siguiendo el ejemplo del epónimo Costa. Arguedas es considerado como un Costa boliviano, si no en la calidad y amplitud de la obra, en la ejemplaridad de la actitud espiritual ante el cáncer de la nación: el cirujano de hierro.

Sólo Rodó, siempre mesurado y perspicuo en su juicio, pone las cosas en su lugar y le dice a Arguedas: "Los males que usted señala con tan valiente sinceridad y tan firme razonamiento, no son exclusivos de Bolivia: son, en su mayor parte, y en más o menos grado, males hispano-americanos; y hemos de considerarlos como transitorios y luchar contra ellos animados por la esperanza y la fe en el porvenir. Usted titula su libro "Pueblo Enfermo". Yo lo titularía "Pueblo Niño". Es concepto más amplio y justo quizás, y no excluye, sino que, en cierto

modo, incluye al otro; porque la primera infancia tiene enfermedades propias y peculiares, cuyo más eficaz remedio radica en la propia fuerza de la vida, nueva y pujante, para salir sobre los obstáculos que se le oponen".

Empero, ya que, en el comentario que, al seguir la "Historia de mis libros" de "La Danza de las Sombras", hemos llegado al momento en que el autor nos habla de "Pueblo Enfermo", no viene fuera de propósito nos detengamos en este asunto. Y cabe observar, desde luego, que en "Pueblo Enfermo", el autor, para estudiarnos, se ha colocado en un punto de vista europeo: nos ha juzgado con un criterio europeo y europeísta. Expliquémonos.

Aparte el hecho material de que lo escribió en el centro del pensamiento europeo —Francia—, y de que la mayor parte de los autores que cita para autorizar sus juicios son franceses, la actitud interna del autor —que es lo esencial—, y la ideología que ha presidido a su confección, son europeas. La actitud del autor es crítica y demoledora y con referencia a ello, es también aplicable a Arguedas lo que dijimos de René Moreno: su papel es de un acusador del presente, no el de un constructor del porvenir, tal como también lo juzgó Mariátegui a González Prada.

Es preciso considerar el influjo ambiental que recibe al llegar a España y Francia, en donde, propiamente, se formó su personalidad de escritor. Es el momento en que domina en el ambiente intelectual español aquel ímpetu demoledor y revisionista de los costistas y "regeneracionistas" del 98 y en Francia, los herederos del positivismo comtiano, han elevado a la naciente "sociología", a la categoría de una Bi-

blia con la cual se fulmina anatemas condenatorias en nombre de la superioridad de la raza blanca y con la que se puede encontrar los diagnósticos y remedios exactos para todos los males que aquejan a los pueblos, como el suficiente doctor Le Bon o el germanizante Gobinaeu. La Sociología se ha transformado en Biblia y Panacea Universal. Llega a su apogeo el historicismo mecánico de Taine y el evolucionismo transformista de Spencer, el mecánico filósofo, o el filósofo de la mecánica y la ilusoria creencia en la solidez de la civilización occidental impone el criterio de la indiscutible superioridad de Europa sobre el resto del mundo. Este es el momento en el que Arguedas llega a Francia y ahí se forma. Intelectualmente se corresponde a ese ambiente y por sus ideas como por su actitud espiritual está vinculado al sociologismo dogmático y estrecho de miras del siglo diecinueve que, como es sabido, hace crisis y se declara en liquidación forzosa cuando la bancarrota del año 14: la Guerra Mundial.

Este hecho explica el que "Pueblo Enfermo" nos resulte hoy libro pasado en cuanto a su ideología y aunque algunas de sus observaciones de detalle, como las referentes al influjo de la sangre en nuestra historia o a psicología del cholo conserven su valor de exactitud, el resto ha sido ya superado y el punto de vista, el criterio, con el que hoy vemos tanto los problemas europeos mismos, como los particulares de nuestra patria, ha variado radicalmente, ha cambiado de eje: antes se veía Bolivia desde Europa y hoy es preciso que la veamos desde América, desde nuestra propia realidad terrícola y terruñera.

En este sentido, "Creación de la Pedagogía Nacional" de Tamayo, publicada casi en la mis-

ma época que "Pueblo Enfermo", (1910) deviene no solamente mucho más actual que "Pueblo Enfermo", sino lo que es más, con mucho más porvenir. La ideología europeísta de "Pueblo Enfermo" ha sido superada por el americanismo sustancial de "Creación de la Pedagogía Nacional". "Pueblo Enfermo" ya ha cumplido su tarea; la "Creación de la Pedagogía Nacional" está por empezar a realizarla.

Esto es necesario decirlo y que lo sepa el mismo autor de "Pueblo Enfermo" (1).

(1) Estas notas sobre el libro de Alcides Arguedas "La Danza de las Sombras" (España, 1935), fueron publicadas en la revista que editaba entonces en la imprenta de "La República", D. Gamaniel Churata, con el nombre de "La Gaceta de Bolivia". (Nota del editor).

JOSE AVELINO ARAMAYO, EL APOSTOL

El calificativo de "apóstol" no es de quien esto escribe: es de Mariano Baptista. Pero lo he encontrado tan propio y justo, por lo que presto se dirá, que no he vacilado en escogerlo para individualizar la figura prócer de este gran boliviano, hoy por hoy poco menos que desconocido por las actuales generaciones y a quien la patria no le ha hecho aún la justicia que merece.

Antes de entrar en materia, permítaseme un desahogo íntimo. Desde hace ya algunos años, desde que leí la escueta "Biografía de Don Avelino Aramayo" por Ernesto O. Ruck, la única que, a lo que conjeturo, se ha escrito acerca de la personalidad del gran industrial boliviano y algunos raros opúsculos que por casualidad cayeron en mis manos, especialmente su instructivo y, sobre todo, férvido del más constructivo patriotismo "Informe sobre los Asuntos de Bolivia en Europa" (1.876), por Avelino Aramayo, entre uno de mis más acariciados proyectos literarios, me alienta aún la esperanza de llegar a escribir una "biografía" del ilustre minero chicheño.

Empero, como es obvio decirlo, para emprender semejante tarea, se requiere, a más de la exploración bibliográfica de rigor, obra difícil y costosa en nuestro país, del sosiego y la sindéresis de juicio de que ahora no dispongo. Como tan certeramente dice Lytton Strachey, el remozador del género de la biografía en Inglaterra, "es quizás tan difícil escribir una buena vida, como vivirla". **"It is perhaps as difficult to write a good life as to live one".**

Más aún en Bolivia donde, por las sabidas deficiencias de Archivos y Bibliotecas, la ninguna memoria social, la invaloración de los hombres y de su obra de acción creadora y civilizadora, son causas casi insuperables para el investigador de hoy, cuando pretende reconstruir la vida de un personaje del pasado inmediato. Por estos y otros obstáculos de orden material, que con algún detalle expongo al ocuparme de Omiste, en el prólogo al primer tomo del patricio potosino que ha de publicar en breve la "Biblioteca Boliviana", en su Segunda Serie, cabe afirmar que, excepción de dos o tres buenos estudios, el género de la biografía está por nacer en Bolivia.

Además, urge añadir y relievar esta observación de rigor: hasta hace poco y aun ahora mismo ello subsiste para la mayoría, se ha incurrido en un error en cuanto a la estimación de valores, de la aquilatación, en profundidad, de su acción, de su obra efectiva, para el bien social. Con nuestra aún corta y aldeana experiencia de la vida democrática se ha creído que sólo las figuras que aparecían en el primer plano del escenario social, sobre todo los caudillos militares o políticos, brillantes y espectaculares, aun por la visualidad del uniforme de parada o el traje de etiqueta, y que por su inmediata influencia en

la administración pública y en el reparto de empleos eran los únicos acreedores al homenaje y glorificación de "la patria agradecida", mientras que a otros, que no han figurado en la política, ni desempeñado cargos urbanos, ni han sido diputados y ministros, pero que, lejos de los centros urbanos, perdidos en las serranías mineras como Avelino Aramayo o en las selvas ignotas como Antonio Vaca Díez, iban realizando una tarea más útil y profunda, creando una industria nueva como la minera, Aramayo y Arce, o explorando, descubriendo y civilizando, ganando, incorporando las tierras abscónditas a la nacionalidad y a la economía social como don Agustín Palacios y don Antonio Vaca Díez, no merecían, a juicio de tales gentes, otra cosa que "el desdén suficiente", la invaloración y el olvido de "los hombres de la ciudad". Estos, sin ninguna experiencia de la grandeza humana, del heroísmo de la acción callada, como fue la de estos sacrificados varones, más "creadores de patria", efectivos obreros del progreso, constructores y civilizadores, no han merecido de sus contemporáneos, ni tampoco de los que hoy representamos ya la posteridad, otra cosa que el más injusto olvido, ofuscados como aún estamos por el brillo de nuestros generales y la elocuencia de nuestros "doctores".

Por ese error de criterio, muy explicable, por otra parte, en "un pueblo niño", que de Bolivia dijo Rodó, mientras estos últimos han disfrutado, inmerecidamente, todos los honores de la biografía apologética, las hipérboles de la Oda ditirámbica y el busto de mármol y la estatua ecuestre, los primeros, como aquellos "presitos" del Dante, injustamente sumidos en la sentina, están aún a la espera de que la justicia de la posteridad los arranque de la oscuridad en que ya-

cen y coloque la efigie de ellos como la estatua griega que en dirección opuesta a la infecta ciénega, con el brazo extendido a un nuevo oriente, señala el camino del porvenir.

Quienes, de entre los de la generación actual, profesamos este nuevo criterio de valoración, indudablemente menos ingenuo que el de nuestros antepasados y menos nefasto que el de las "chusmas" y el vulgo pretoriano y caudillista, estamos obligados a esclarecer la figura de los héroes del trabajo y del esfuerzo creador. Ellos son aún, para decirlo con un lindo epígrafe de Díaz Mirón, "los héroes sin nombre". Hombres de anónimo heroísmo silencioso y, por ello mismo, más heroísmo que el de nuestros pequeños Juliocésares de aldea o Mirabeaux a domicilio que hemos tenido y únicos que hasta ahora hemos homenajeado, glorificado y presupuestado.

Una de esas vidas de invalorada ejemplaridad es la de don Avelino Aramayo de quien aquí me limito a trazar una simple semblanza biográfica.

ESQUEMA BIOGRAFICO

"Don José Avelino Ortiz de Aramayo —escribe su biógrafo don Ernesto O. Ruck— nació en el pueblito de Moraya, provincia de Chichas, el 25 de septiembre de 1809. Descendiente de antigua familia española —agrega— cuyos dominios territoriales se extendieron en un tiempo desde los confines del condado de Oploca hasta los del marquesado de Yavi, hallábanse sus padres, cuando nació, reducidos a modesta condición y no pudieron procurarle otros conocimientos que los rudimentarios de la escuela del villorrio. Era todavía muchacho cuando dejó el hogar para entrar al servicio de don Martín de Jáuregui, el más esforzado minero de aquella época, cuyo leal amigo llegó a ser después. A su sombra, y en contacto íntimo con Mariano Ramírez y Guillermo Irigoyen, adquirió los conocimientos prácticos de minería que debieran servirle más tarde".

Por lo que nos relata Ruck se ve que el nacimiento y la infancia de don Avelino Aramayo tiene una completa similitud con la de otros dos hombres que, nacidos también en la pobreza, pero en un honorable hogar de rancia estirpe co-

lonial, debieron su cultura a su férvida autodidaccia y, posteriormente, su gran fortuna, a su inquebrantable esfuerzo: Pacheco y Arce. Mas, estos dos últimos, son posteriores a Aramayo. Lícito es concluir, luego, que el ejemplo les vino de él.

A estos tres hombres de trabajo y empresa hay que considerarlos, indiscutiblemente, dentro de nuestra vida republicana, como a "los creadores de la industria minera" en Bolivia. Cierto es que podría argüirse que, antes de ellos, en la Colonia, especialmente en Potosí, desde los primeros exploradores del "Cerro Rico", Villarroel, Centeno y Cotamito, hasta los grandes azogueros como el célebre Quiroz y Antonio López de Quiroga, en 1699, hubo muchos hombres especialmente consagrados al laboreo y explotación de las minas y en las cuales labraron una fortuna asombrosa; pero cabe establecer un distingo fundamental, determinado por el régimen político: los mineros coloniales como Quiroz y Quiroga y los del "gremio de azogueros", de acuerdo al sistema colonialista español, explotaban las minas, beneficiándose de la esclavitud del "mitayismo", tanto en beneficio propio suyo, como de la Corona, sin ninguna mira de "patria", sin la menor preocupación del bienestar y progreso social. En cambio, si analizamos la vida, el carácter íntimo y la obra de estos hombres de la república, no podemos menos de reconocer, en justicia, que si bien ellos también perseguían, como que ello es muy humano, un objetivo personal, no perdieron nunca de vista, antes bien alentaba en ellos esa finalidad con férvida llama inextinguible, el sentimiento del progreso social, la mira del bien colectivo. Su amor a la patria, como de hombres nacidos casi coetáneamente con ella, fue tan sincero y entrañado, como que hoy, la posteridad,

no puede menos de haberlo reconocido, después de juzgarlos, **sine ira et estudio**, a través de la perspectiva del tiempo. Ello, además, se evidencia en su conducta posterior. Aramayo, Pacheco y Arce, nacidos en un hogar pobre, por su virtud y capacidad de trabajo, llegaron a adquirir una gran fortuna, a establecer las mejores y bien organizadas empresas mineras, pero, con ello, no sólo alcanzaron un bien particular para ellos, sino que contribuyeron al progreso industrial del país, dieron trabajo al obrero, hicieron que el capital extranjero aportara su imprescindible estímulo a Bolivia, en todo tiempo y más aún en los momentos críticos; fueron generosos filántropos y efectivos patriotas, mientras los caudillos pretorianos o los abogados demagogos no hacían otra cosa que revueltas y cuartelazos y creían que la salvación de la patria consistía en redactar, a cada cambio de gobierno, una nueva "Constitución", hecha a medida de sus intereses de clase gobernante, pero con un incalificable olvido de "la realidad nacional", que ellos la desconocían como buenos ilusos, o, conociéndola, pérfidamente, trataban de deformarla. En cambio, los otros, los hombres de trabajo, que operaban con realidades y no con teorías políticas, que conocían la realidad de carne y hueso de la nación, pensaban que el orden público, el buen gobierno y el bienestar social se originarían en la fuente del trabajo y de la acción creadora, y no de las utopías políticas y revolucionarias.

Por ello, vemos que, en Aramayo, verbigracia, una de sus preocupaciones capitales, hasta convertírsele en obsesión, fue la de la pronta implantación de ferrocarriles en Bolivia; que antes de la proliferación parasitaria de la instrucción intelectual, urgía la educación industrial y por eso vemos que con su proyecto del ferroca-

rril de Mejillones a Caracoles y luego al interior del país, quiso prevenir lo que ya en aquel tiempo previó, la inminente pérdida del Litoral, como ha sucedido después, lo que expondré con detalle, en el capítulo pertinente. El fue también quien, con su propio peculio, trajo a su empresa minera de Quechisla, una planta de científicos y técnicos europeos, ingenieros, químicos y hasta profesores de cultura general que, posteriormente, asentados de raíz en la nueva patria, han realizado una efectiva obra de cultura y progreso. Lo mismo cabe decir de Pacheco y Arce, en cuanto a sus preocupaciones patrióticas, pero, aún cabe **un distingo** que enaltece al primero: alcanzada por estos dos últimos su fabulosa fortuna, les aquejó el común achaque altoperuano de la política y les enfervoreció la fruición del poder. Por enseñorearlo, como es sabido, pusieron en juego su fortuna, con tan fastuoso derroche, como unos romanos del tiempo de Pompeyo y Creso, corrompiendo a la plebe por el cohecho. En cambio, don Avelino Aramayo, infatigable obrero del trabajo y la cultura, de una catoniana pulcritud moral y política, sólo aceptó ser Representante de su provincia y una sacrificada misión de Agente Financiero en Londres, cuando el célebre asunto Church, mas nunca aceptó el Ministerio de Hacienda que le ofrecieron en reiteradas ocasiones. Empero, si Pacheco y Arce tienen esa tacha, ella se justifica por la consideración de que si ellos ambicionaron el poder y lo adquirieron con su fotruna, ella, a las fines, se empleó en el país y habiendo entrado ricos al gobierno, salieron pobres de él, al revés de lo que ha ocurrido después, con otros gobernantes, como es público y notorio.

Hay algo muy esencial en que es necesario parar la atención y es que estos tres industriales

mineros, indudablemente los "más representativos" de nuestra primera etapa económica boliviana, fueron, a más de una rancia estirpe patricia, nacidos en un mismo ambiente, en un mismo medio físico y social. Quien ha destacado con más nítidos trazos esta influencia "del medio" en ellos, es el malogrado escritor y perspicuo sociólogo Carlos Romero. Al comentar el libro de Jaime Mendoza, "Figuras del Pasado.— Gregorio Pacheco", escribe Romero: "El biografista, (Jaime Mendoza), da mayor importancia a los factores hereditarios, al estudiar las cualidades morales de su personaje. Pero, indudablemente, el hombre no es sólo producto de la herencia, sino también del medio social y de la educación. Es bajo este aspecto que nosotros —añade—, que conocemos personalmente el medio ambiente que nos ocupa y al que le hemos dedicado una observación detenida, queremos completar, en cierta medida, algunas de las interesantes observaciones de Mendoza".

"La pequeña propiedad del tipo de la que existe en Livilivi (donde nació Pacheco) y sus alrededores, tal como hace notar Edmond Demoulins, al estudiar regiones análogas en Francia, desarrolla mucho el espíritu de comunidad y la abnegación en los miembros de la familia y determina tendencias al caudillismo y aficiones a a la vida pública en personalidades destacadas que emergen de ese ambiente. El hombre educado en un medio familiar mutualista, sin egoísmos, sin grandes necesidades, donde se vive estrecha pero fácilmente, es expansivo, abierto, servicial, decidor, alegre, fácil para la camaradería y de aptitudes para los rápidos encumbramientos sociales y políticos. Tiene el don de atraer y formar círculos de amigos y de compañeros".

"En los datos biográficos que contiene la obra de Mendoza sobre la niñez de Pacheco, personaje que más tarde vemos destacarse por su capacidad para la asociación industrial, por su filantropía y su popularidad política, se ve claramente la huella del país en que nació, creció y se educó. Igual cosa puede observarse en el desarrollo y actuación de la personalidad de su primo Narciso Campero".

Acápites después, insiste: "La simplicidad afectiva, casi bíblica, de ese ambiente de pequeños propietarios, donde la pobreza monetaria no significaba la escasez de medios materiales para la vida, ya que en esas propiedades de fácil y múltiple producción, donde el cultivo alterna con la crianza de animales domésticos, la alimentación es abundante y provée con largueza a las necesidades de la familia. En un medio físico y social semejante, donde el hombre necesita vivir a caballo y vadear constantemente ríos torrentosos, entre gentes sencillas, buenas y servidoras, nació y creció Pacheco, de carácter abierto, franco, decidor, alegre, audaz y enamorado, es decir, verdadero Gascón boliviano". "Queremos recordar —puntualiza— estos antecedentes, para mostrar que Pacheco y Campero no son frutos del azar. Ellos representan, dentro de la historia patria, la contribución de las personalidades producidas por el ambiente de la Gascuña nacional". "Incuestionablemente estos antecedentes de medio físico y social, dentro de los que nació y se forjó la personalidad de Pacheco, explican el desarrollo de su vida de industrial, de filántropo y de político".

Exactamente y lo mismo cabe decir de don Avelino Aramayo —y también de don Aniceto Arce, que nació y se educó en un ambiente análogo— pues, hasta se presenta la coincidencia de

que ambos, Aramayo y Pacheco, si bien en distintos cantones, nacieron en la misma provincia — Sud Chichas—, y en casi semejantes condiciones de hogar pobre, escuela rural y, en una región donde, desde los primeros días coloniales, tradicionalmente, los criollos, si en su adolescencia transcurrieron en la virgiliana placidez de la campiña, pronto se entregaban al esforzado trabajo minero, a lo que, por otra parte, se brindaba también la histórica región de los Chichas.

Don Avelino Aramayo alude, al escribir las más sabrosas páginas de su mencionado "Informe", con el hogareño sentimiento de la nostalgia, a su infancia pasada en los valles de Chichas y al influjo que aquella región, al par agrícola y minera, tuvo en la formación de su espíritu y en el de sus paisanos y afirma encontrar una semejanza entre el paisaje y el carácter y el vivir de los vascos franco-españoles y los chicheños de Bolivia. Así, anticipándose al juicio del sociólogo moderno Romero, escribía Aramayo en 1877: "Aficionado como he sido siempre a la vida tranquila del campo, tuve sumo placer en visitar aquellos pueblos sencillos y laboriosos que están situados en las faldas de los Pirineos, cuya vista llenó de alegría mi corazón por la semejanza que tienen sus elevadas montañas con las de mi país". "Largas temporadas —añade— he pasado en aquellas tierras benditas por Dios, en donde la naturaleza sonríe y las fuerzas del hombre abatido se reparan. Son tan pintorescos y tan bellos aquellos paisajes en la estación del verano, los dones de la naturaleza se desenvuelven con tanta suavidad y abundancia, cultivados con esmero, que llenan de consuelo y de alegría al peregrino que los contempla".

"En varias ocasiones estuve tentado —confiesa— y aun hice algunos apuntes para descri-

bir los encantos de sus aguas, la frescura de sus valles, de sus verdes praderas y de aquel aire purificador que, al penetrar en el espíritu más abatido, le comunica su vitalidad".

"Hallándome en esos momentos de admiración expansiva, vino a mis manos un pequeño libro intitulado **Los ecos del paso de Roldán,** cuya lectura me ha llenado de encanto por la sencillez y claridad con que describe el pueblo Vasco, cuyas costumbres tienen no poca analogía con las de **mi país natal.** Eso me ha decidido —advierte— a transcribir aquí una parte de ese precioso libro, para mandarlo a mis paisanos, a fin de que sirva de estímulo al mejoramiento de sus costumbres, ofreciéndoles modelos dignos de ellos y de la elevada misión social que el porvenir les reserva".

Por el influjo determinante del ambiente, don Avelino Aramayo dejó pronto su campesino terruño de Moraya y se convirtió en el infatigable minero, como nos cuenta Ruck: "Primero, como dependiente de minas, y después con el comercio de efectos de ultramar, Aramayo supo labrarse una regular fortuna, que le sirvió de escalón para exhibirse como un empresario. Bien concebido fue —nos anoticia su biógrafo— su Banco de Quinas, que debía dar importancia en el exterior a uno de los productos naturales más preciosos del rico suelo boliviano, y, sin embargo, cayó a impulsos de la emulación y de los errores económicos de los legisladores, que esterilizaron una institución verdaderamente patriótica y sacrificaron al empresario. Convencido de que sólo un fuerte impulso dado a la minería podría sacar al país del atraso en que yacía, dedicóse a este trabajo con todo el entusiasmo de su viril naturaleza, ayudado por los hombres más competentes que pudo hacer venir de

Alemania y de otras partes. Apenas hay empresa de importancia donde no haya puesto la mano. Carguaycollo dio grandes productos bajo su dirección; Antequera y el Real Socavón de Potosí fueron rehabilitados por él; las minas de Portugalete le costaron ingentes sumas; la empresa de Huanchaca, en donde era dueño de una cuarta parte, por los años de 1857 a 1863, fue durante largo tiempo dirigida por él; los trabajos de bismuto y estaño en los cerros de Tasna y del Chorolque se iniciaron en su última época; el socavón Cataricagua, en el cerro del mismo nombre, mineral de Guanuni y otro socavón en el lugar de Uncía, minerales ambos de estaño, se trabajaron bajo su dirección; los establecimientos metalúrgicos de Sevaruyo, Tacagua, Quintanilla, San Joaquín y Quechisla, conservan la huella de su genio infatigable".

Con referencia a la célebre e histórica empresa de Huanchaca, que tanta influencia ha tenido en la vida nacional, observa Prudencio Bustillo, con miramiento a la obra de don Aniceto Arce y lo que afirma de él, es más justo decir de Aramayo: "El país no tiene por qué lamentar la dedicación de Arce a los trabajos mineros, puesto que Huanchaca, cuyo auge se debió en gran parte a él, a su perseverancia y a su energía, ha enriquecido a mucha gente, dando remuneradora ocupación a millares de obreros, contribuido al sostenimiento del Estado y a la construcción del primer ferrocarril nacional. Baste recordar que en 1884, cuando se pensaba con harta ligereza, que el país había ingresado, por fin, en una era de normal desenvolvimiento de sus instituciones, se afirmó que se había hecho grandes progresos trasladando los destinos patrios de los **cuarteles a las minas**".

URGENCIA DE LA TECNICA MODERNA, EN LA SUPERACION DE LA RUTINA TRADICIONAL

Como es sabido y lo dijo en una ocasión el célebre don Ricardo Rojas, "la desgracia de Bolivia es que hasta ahora no ha ingresado en la vida técnica". Eso comprendió ya, en su tiempo, Aramayo. Por ello, se esforzó en introducir sistemas modernos en las labores de las minas. "Desde que él empezó sus trabajos mineros en Bolivia —testimonia Ruck— empezó la época de reformas en los sistemas rutinarios antes en uso. Fue en Carguaycollo, el año 1853, donde se establecieron los primeros ferrocarriles y el primer camino carretero para la baja de metales; fue en Sevaruyo donde se planteó, por primera vez, con buen éxito, la amalgamación por toneles y la calcinación de los metales en hornos de doble bóveda, con muchas otras innovaciones. Allí también donde se puso en práctica el sistema de cajas de ahorros para los trabajadores, ejemplo que habría producido benéficos resultados si se hubiese seguido en otras empresas".

Al mismo tiempo de culturizar el ambiente minero obedeció su pertinaz empeño de traer a Bolivia hombres de ciencia y técnicos especia-

listas y aunque no en la medida de su deseo, como nos lo revela en el mencionado "informe", logró que viniese a Bolivia, "el ingeniero Hugo Reck, hábil mensurista y topógrafo, con quien mandó levantar el plano de la Altiplanicie Central de Bolivia, el más exacto que existe hasta ahora; a Carlos y Ernesto O. Francke, a quienes debe la minería boliviana las más importantes reformas en el sistema de beneficios por amalgamación y el desarrollo próspero de grandes empresas; a Guillermo Bruckner, inventor del horno de su nombre, que adquirió celebridad en México y Estados Unidos; a Enrique Stollwerk y otros. Aun como contadores se distinguen Pedro Perusqui, hoy Presidente del Tribunal de Cuentas y Enrique Rosenblüth, que se han labrado una distinguida posición en el país; como educacionista el distinguido profesor Francisco d' Avis, que tan hábiles discípulos ha dejado. Todos estos hombres fueron traídos por Aramayo, y con ellos muchos mecánicos, laboreros, artesanos y otros empleados subalternos. También sirvió su casa de escuela a muchos hijos del país y, entre ellos, al afortunado empresario don Aniceto Arce".

Lo anterior escribía Ruck en 1890. Sus revelaciones son irrecusables, pues, a lo que entiendo, entre los técnicos y sabios que trajo don Avelino, vino también don Ernesto Otto Ruck que, habiendo sentado sus reales en el país, su aporte a la cultura nacional, en múltiples aspectos, como hombre al mismo tiempo de ciencia y de letras, es imposible dejar de reconocer, singularmente en el campo de la bibliografía.

Aramayo obró, luego, de acuerdo a su pensamiento. Lo encontramos expresado en claros términos en el opúsculo citado: "Los Estados que —escribe— por su situación ventajosa tu-

vieron la fortuna de ponerse en contacto inmediato con la civilización extranjera, son los que más fácilmente han avanzado y hoy tenemos la satisfacción de ver varios de ellos en estado floreciente".

"Es la acción extranjera —afirma—, es su educación industrial y sus capitales bien aceptados y garantizados en el país, lo que les ha traído el adelanto y la prosperidad comercial. Sin ese poderoso auxilio, no habría sido posible avanzar tan rápidamente, ni aun a la sombra de una perfecta administración; porque los hijos del país por sí solos, aunque se hallen dotados de muchísima habilidad y saber, necesitan tener posesión de los hábitos de orden, de la práctica de gobierno y, sobre todo, necesitan tener una educación industrial bien asentada, que es de la que más carecen los estados sudamericanos, y, sobre todo, nuestros hombres públicos". (1)

---

(1) ""**Informe sobre los asuntos de Bolivia en Europa**"". **(1876). Por Avelino Aramayo).**— Pau Imprimiere et Lithographie Veronese.— 1877.— pág. 51.

SUS PREVISIONES PATRIOTICAS

Entre las muchas preocupaciones patrióticas de Aramayo, una de las esenciales, que se le convirtió en obsesión, fue la pronta construcción de los ferrocarriles que, a su juicio, más urgían en Bolivia, para que el país defendiese, con segura fuerza, su soberanía nacional, el patrimonio territorial que, con el descubrimiento del huano y las salitreras de la costa, iba comenzando ya a ser seriamente amenazado y para que Bolivia, amurallada en el centro del continente dentro de sus grandes montañas, con menos facilidades que el resto de las naciones indoamericanas de recibir el influjo civilizador de Europa, venciera todos esos obstáculos derivados de su geografía, con el gran recurso de la técnica moderna y, como iban haciendo el resto de los pueblos del continente, se aprovechase de aquel tan propicio ambiente europeo.

Con realista criterio, experimental conocimiento del territorio y de los intereses económicos y políticos de las naciones vecinas, previó, ya antes de 1860, que si Bolivia no se apresuraba a unir el Litoral del Pacífico con el centro de la República, Bolivia perdería en breve aquella cos-

ta y, con ella, a más de su salida al mar, la ingente riqueza que atesoraban las salitreras de Mejillones. Cierto que ya en 1826, el General Burdett O'Connor, cuando por orden del Mariscal de Ayacucho exploró el Litoral, previó lo mismo (1) aconsejó la pronta construcción de un camino que una el Litoral con Potosí.

Mas don Avelino Aramayo, hombre dinámico, temperamentalmente determinado a convertir sus ideas en acción, en el año 1863, "presentó al Gobierno de Bolivia un proyecto de ferrocarril entre Iquique y Oruro, con navegación del Desaguadero, estudiado por Reck y otros ingenieros con el mayor esmero. Los contratos que con este motivo celebró en Europa, sobre ferrocarriles y huanos, con la casa Peto y Betts —escribe Ruck— y sobre empréstitos y buques con otros banqueros, revelan la más patriótica previsión. Si ellos no hubiesen sido destruidos por la revolución de Melgarejo, su realización habría cambiado, sin duda, radicalmente, las condiciones de Bolivia. Las huaneras de Mejillones serían explotadas por capitalistas ingleses, la riqueza pública hubiérase desarrollado por medio de los ferrocarriles y Bolivia no habría perdido su Litoral".

Aramayo no fue oído. "La bestia gobernaba a Bolivia", como ha dicho Franz Tamayo de Melgarejo.

Don Avelino Aramayo, todo bondad y comprensión, no obstante de su legítimo derecho al resentimiento, con una serenidad digna del juicio histórico, que tan pocos alcanzan en Bolivia, se expresa así del hombre y de su época:

---

(1) ""Recuerdos de Francisco Burdett O' Connor.— Cap. XIII.

"En la época de Melgarejo no era posible ejecutar nada serio en materia de industria, porque su gobierno, esencialmente conspirador y ambulante, no daba lugar a ello. Sin embargo, —nos dice— yo persistí en mi idea, hice varias tentativas para hacerle aceptar mis contratos, cuando aún era tiempo de aprovecharlos, pero toda diligencia fue inútil".

Luego, formula esta reflexión, digna de un filósofo estoico: "Para persuadir a esta clase de caudillos, en punto a operaciones industriales, es preciso intrigar, halagar su amor propio, engañarles, en fin, cosas que no hace la sana industria".

"Para hacerles aceptar una idea grande cualquiera —continúa— no basta el raciocinio, que por lo regular no escuchan; es indispensable la perspectiva de una emoción que sorprenda su vanidad infantil: una condecoración, por ejemplo, como las que le dio el Imperio del Brasil, para hacerle firmar su tratado de límites; un grado de General, como el que le dio Chile para ajustar los suyos, o la perspectiva de una empresa fantástica que halague su propio orgullo, como la que ofreció Church en su empresa del Mamoré y como hicieron los señores Watson y Meiggs para impedir la construcción del ferrocarril de Mejillones a Caracoles".

"Pero estas son cosas que no hacen los grandes empresarios que comprometen su propio capital y su crédito. Cuando estos formulan un proyecto de empresa, empiezan por decir la verdad sin adulaciones diplomáticas ajenas a su misión, y cuando descubren que no hay sinceridad entre las partes contratantes, se retiran sin ruido, como se retiraron de Bolivia nuestros empresarios, después de haber gastado su tiempo y su dinero en estudiarlos".

"No se crea, sin embargo, que los daños que acabamos de referir se han ejecutado por maldad refinada, no; todo ha sido por error, por falta de conocimientos económicos y por temor de equivocarse. Si es verdad que la administración política ha sido mala, pésima, también es cierto que en su mayor parte ha sido por falta de saber".

"Es una fortuna que en Bolivia —nos dice Aramayo con esa su tan sagaz bondad comprensiva, tan llena de amor patrio— aun en ese estado de ignorancia, no haya habido jamás, de esos hombres profundamente malos, como se ha visto en otras partse. Sus déspotas mismos, no han sido sino tiranuelos torpes que han obrado mal a pesar suyo, porque no supieron hacer buen uso del poder que tenían en sus manos".

Esta opinión de Aramayo, ¿no vale por todo un juicio histórico, más comprensivo que el de nuestros agrios historiadores implacables de hoy?

Lo que a continuación dice, no tiene desperdicio. Vale como el testimonio de un testigo excepcional: "Ese Melgarejo —escribe— cuya historia está plagada de atrocidades, no fue un hombre de mal corazón; era torpe por falta de una instrucción adecuada a un mandatario. Siendo valiente como un león y de pasiones muy fuertes, poesía un alma noble y generosa. Era pues —añade con fina ironía—, un bruto conducible y muy capaz de ejecutar grandes obras si hubiese tenido la fortuna de ser bien aconsejado. En esa sola falta ha consistido su desgracia y la de la nación entera".

"Los seis años de Melgarejo —concluye— han sido más desastrosos para Bolivia, que los cuarenta años de guerra civil que había soportado sin conmoverse, sin arruinar su hacienda y

sin comprometer su crédito en el exterior. Esto es lo admirable en la vida de aquel pueblo, cuya modestia y sufrimiento se puede comparar con la del más perfecto del mundo y cuya desgracia es debida únicamente a la torpeza de sus tiranos".

"Melgarejo en sus seis años de absolutismo, puede decirse que ha despedazado el país, moral y materialmente; jirones de su territorio han sido vendidos a ruín precio y su crédito gratuitamente empeñado: todas las deudas exteriores que en el día pesan sobre Bolivia, fueron contraídas en ese funesto período".

Aramayo hubo de resignarse a ver fracasado su más acariciado ideal del ferrocarril boliviano y esperó que, con la caída de la tiranía, tan combatida, vinieran mejores tiempos.

A juicio de don Avelino, precisamente aquella época que va desde 1860 a 1870, que fue de normalidad para el resto de las naciones del continente y de su despertar a la vida moderna y que, por una cruel ironía, fue la peor de Bolivia, el decenio de "los caudillos bárbaros", era la más propicia —como nos lo explica en detalle, en el capítulo "Caminos", del libro citado—, para la construcción de vías férreas en Sud América.

"Era la época —nos dice— más propicia para el progreso industrial sudamericano: en aquel feliz período de 1860 a 1870, en el que se había levantado en Europa una concurrencia febril de empresarios que extendieron sus miras sobre la América del Sud; concurrencia promovida por los prodigios de adelanto social que hacía el eminente empresario M. Wheelwrigth, dando a conocer al mundo los manantiales de riqueza que contenían nuestras comarcas".

"Muchas y muy grandes empresas —añade con un indisimulado dejo de amargura— se aco-

metieron y se realizaron en aquel feliz período en nuestras Américas. Ninguna de las repúblicas, aun las más pequeñas, dejaron de hacer a lo menos un trazo de ferrocarril, siendo la de Bolivia, la única que se mantuvo virgen y pura, sufriendo casualmente su época más desgraciada".

"Pasada aquella oportunidad, los capitales europeos tomaron otro rumbo; la guerra Franco-Alemana contribuyó mucho a ello, haciendo después mucho más difíciles las empresas grandes en Sud América y mucho más en Bolivia".

SU PROYECTO DE FERROCARRIL DE MEJILLONES A CARACOLES

1871.— Caída de Melgarejo, encumbramiento de Agustín Morales. En aquella época, don Avelino Aramayo tenía bien vividos, en la sagrada dignidad del trabajo creador, sus sesenta y dos años, pero se encontraba tan fuerte y animoso como en su garrida mocedad. Las decepciones experimentadas al haber fracasado en su patriótico empeño ferrocarrilero ante el gobierno de Achá, en 1863 y ante Melgarejo, en 1866, no habían alcanzado a doblegar su voluntad inquebrantable, su espíritu superior al contratiempo.

Hacia 1870 se descubrieron, a la distancia de 120 km. de la costa del Pacífico, las minas de Caracoles. Aramayo se apresuró a presentar un nuevo proyecto de Ferrocarril de Mejillones a Caracoles, ante el nuevo y auspicioso gobierno de Morales. Oigámosle:

"Aunque en caso de tan visible necesidad no sea un mérito haber tomado la iniciativa de un ferrocarril, me cabe la satisfacción de haber sido el primero en proponerlo al nuevo Presidente Morales, pidiéndole, autorización para hacer el estudio de uno, entre Mejillones y Caraco-

les, autorización que el Gobierno se abstuvo de dar, so pretexto que era asunto que debía decidirse en el próximo Congreso. Reunido éste en agosto de 1871, le fueron presentadas varias proposiciones para la construcción de aquella vía férrea, algunas de las cuales ofrecían todas las garantías deseables. El Congreso autorizó al Gobierno para que realizara un contrato de ferrocarril, aceptando la mejor de las propuestas, pero el Gobierno aplazó su resolución para más adelante".

Cuando el Gobierno, después de seis meses de demora, se decidió, por fin, a convocar a las propuestas, ello despertó tanto entusiasmo, que se presentaron treinta, "seis con serias y aceptables garantías, según lo declaró la junta calificadora".

"Algunas de éstas —afirma Aramayo— ofrecían ejecutar la obra en el espacio de dos años, sin pedir al Gobierno más concesión que las tierras necesarias para el establecimiento de la línea con sus estaciones". "Al Gobierno tocóle elegir entre las propuestas que la comisión había declarado aceptables, pero tuvo la mala inspiración de fijarse precisamente en la única inadmisible por su falta notoria de competencia". "En efecto, a los pocos días declaró el empresario que no podía llenar sus compromisos, protestando las letras de la garantía que había ofrecido".

"Aquella desgraciada elección causó un efecto desagradable en el público, dando margen a diferentes comentarios. Todos los empresarios se retiraron admirando la torpeza del Gobierno, que, por su parte, se felicitaba tal vez, considerando que aquella empresa era demasiado lucrativa para dejar a otro el beneficio, cuando él mismo podía ejecutarla, como se lo habían hecho entender los interesados en ella".

"En efecto, el Gobierno tomó a su cargo la construcción del Ferrocarril de Mejillones a Caracoles contra la opinión, casi unánime, de todos, y a pesar de las advertencias desinteresadas que le hicieron los que mejor entendían del negocio".

Entre otros, el ilustre Lastarria, Ministro entonces de Chile. —V.— **"Cartas al señor Frías").—** "El descubrimiento de Caracoles —escribía Lastarria— ha abierto una ancha puerta a la encorralada de la América, a la hija de Bolívar, que enclavada allá en sus Yungas y estrechada por las más altas sierras de los Andes, miraba a todos los horizontes en busca de una salida a los océanos. De repente Bolivia, extenuada, casi sin vida bajo la planta del militarismo salvaje, despierta señora de una costa de dos grados, con tres anchos puertos, uno de los cuales, Mejillones, no cede un punto la primacía a los mejores de toda la dilatada orilla de la América que está bañada por el Pacífico". "¡Oh, si Bolivia sabe aprovechar este precioso elemento de su porvenir, que ella se acuerde de que aquí están abiertas de par en par las puertas de su porvenir!".

Y, con referencia a ferrocarriles, aconseja:

"El Gobierno no debe hacerse empresario, imitando a los del Perú y Chile, que tarde o temprano han de arrepentirse del atrevimiento con que han pretendido ponerse a la altura de Bélgica para esta clase de empresas".

"Si el Presidente Morales —concluye Lastarria— y nuestro docto amigo el Ministro de Hacienda (1) parten de frente aboliendo los im-

(1) Alude a don Tomás Frías. Pero don Tomás Frías, entonces, ya dejó de ser Ministro de Morales.

puestos de exportación de la plata y el cobre y asegurando una vía férrea que abra a Bolivia su salida por Mejillones, no tiene más que hacer para asegurar su gloria, la ventura y el porvenir de su patria".

Mas, Morales, lejos de dar oídos a tan sensatos consejos, puso a ellos precisamente, "oídos de mercader" y, como nos revela Aramayo, "confió la dirección del ferrocarril a Caracoles a esos hombres aciagos que andan por el mundo en busca de aventuras y que a muchísima habilidad para confeccionar proyectos fantásticos, unen la astucia para halagar la vanidad de los mandatarios". Y, "así sucedió en esta ocasión, siendo bastante que el Presidente Morales se hiciera empresario, para que Caracoles se quedara sin ferrocarril y la nación privada del hermoso puerto de Mejillones, que le dió la naturaleza".

Consecuencias del despotismo militar

Y reflexionando sobre estos irreparables daños, concluye don Avelino Aramayo: "De esa magnitud son las consecuencias económicas del arbitrario despotismo militar. No hay riqueza, no hay fortuna, no hay oportunidad feliz que no muera ante su fatal política".

"Desperdiciáronse entonces —observa— los mejores elementos de progreso que nos habría traído el descubrimiento de Caracoles. En primer lugar, se malogró el importante ferrocarril desde Mejillones, pasando por Caracoles y Chiuchiu, hasta el pie de los Andes, para cuyo establecimiento se hicieron propuestas a porfía y que bajo la protección de un gobierno patriota, ese camino habría llegado ya a Potosí, desenvolvien-

do inmensas riquezas y sin otro sacrificio por parte de la nación, que la garantía de sus huanos y de sus salitreras que se han malogrado después. Se ha desperdiciado la oportunidad más brillante para levantar un pueblo industrioso en el puerto de Mejillones, tan codiciado por los pueblos del Pacífico, y la pobre hija de Bolívar, se ha quedado en su cautiverio guardada por los mayordomos que cerraron con sus propias manos las anchas puertas que le abrió la Providencia, no sin esfuerzos supremos, pues gastaron el dinero que no tenían, dejando empeñado el crédito nacional".

VIAJE A EUROPA EN 1871 Y SU PRIMERA ESTANCIA EN LONDRES

En 1871, don Avelino Aramayo, en comisión de los accionistas de la empresa de "El Real Socavón" de Potosí, viajó a Inglaterra. (1)

"Después de cuatro años de una existencia sin asiento fijo —nos dice Aramayo en su "Informe"— llevando la vida propia de un peregrino alejado del hogar doméstico, al presente me siento con fuerzas bastantes para enviar a mi patria un débil testimonio de mi constante anhelo por sus adelantos".

---

(1) Véase el folleto: "Ferrocarril de Mejillones a Caracoles y al Interior.— Propuesta de Avelino Aramayo.— Sucre, Septiembre de 1871.— Tipografía del Progreso".

Advertencia.— Los anteriores capítulos los escribí en La Paz, muy precipitadamente y, como digo en el preámbulo, sin disponer de la documentación precisa, sirviéndome únicamente de la escueta biografía de Aramayo escrita por Ruck y el "Informe sobre los asuntos de Bolivia en Europa" (1876) de Aramayo. Por ello, este ensayo, más que una reconstrucción biográfica es, propiamente, una glosa del mencionado opúsculo. Ahora, en Sucre, he encontrado mayor material de consulta, lo que me reafirma en la convicción de que esta

"Desde mi arribo a Londres —añade— en agosto de 1871, medio aturdido, al par que entusiasmado ante el movimiento industrial de aquel gran pueblo, repetidas veces me propuse anotar las impresiones del momento, pero otras tantas la pluma cayó de mis manos vacilantes".

"El desaliento era, en parte, producido por el mal estado de mi salud: una larga y penosa enfermedad me había reducido a tal grado de incapacidad; la energía de mis facultades se había gastado a tal punto, que faltábame gusto para observar, memoria para retener y voluntad para perseverar".

"Un poco más tarde —agrega— he reconocido que los efectos de la inacción son, en lo económico, tan desastrosos como los de una larga

---

biografía de Aramayo es un trabajo "provisional", simplemente un "esbozo" esquemático, sobre el cual, en lo posterior, me ha de ser posible dar remate a mi viejo anhelo de alcanzar una biografía más o menos bien realizada del insigne minero chicheño, por lo menos en lo que respecta a su vida externa, a sus actuaciones públicas en la vida nacional y en la industria del país, ya que para penetrar en la intimidad espiritual del hombre y en su vida hogareña se requiere, indefectiblemente, de esa documentación familiar que no es posible encontrar en las Bibliotecas Públicas. Según me ha manifestado mi gentil amigo don Julio Querezu, esa documentación familiar le ha sido brindada por los descendientes de don Avelino Aramayo a don Adolfo Costa Du Rels, quien debe publicar, en breve, en Buenos Aires, una biografía de Aramayo. Claro está que Costa Du Rels, a base de esa propicia documentación, con la experiencia de la vida minera e industrial de Bolivia que posee, el fino sentido sicológico que posee y, en suma, la gracia francesa de su inteligencia, su "esprit de finesse" que le distinguen, nos ha de dar una bella "biografía novelada" a la manera de los maestros europeos Zweig, Strachey o Maurois. Quien esto escribe sólo

enfermedad en la salud: he visto mis relaciones interrumpidas, mis amigos y parientes quejosos de mi silencio, considerado por ellos como un efecto de la indolencia. En fin, todo cuanto ha dependido de mi voluntad, durante aquel triste período se ha resentido de una especie de marasmo que no acierto a definir".

"En satisfacción de esto, debo a mis amigos la explicación de esta especie de entredicho" expresa y, por ello, publica su "Informe" y envía profusamente ejemplares de su folleto a Bolivia.

"Mis amigos, así como toda Bolivia —confiesa— saben que mi viaje a Europa, improvisado por decirlo así, fue resuelto de un momento a otro, por la Junta General de accionistas de la

---

aspiraba, en un comienzo, a reparar una injusticia, esclarecer la figura de un hombre a su juicio valiosa, la ejemplaridad de una vida ignorada u olvidada.

Vida ejemplar —a su juicio— precisamente, porque no fue ni la de un caudillo político, ni la de un ilustre militar, —Julio César a domicilio—, sino la de un hombre de trabajo, de acción creadora.

Como expreso en el prólogo a las Páginas Escogidas de Omiste, mi criterio de valoración de la **grandehombría**, es antitético al predominante en Bolivia: para decirlo gráficamente, para mí es más grande hombre —hombre de bien—, el humilde entomólogo Enrique Fabre, que en su eremitaje de Seriñán, se pasa toda su vida estudiando la vida de los insectos y las aves, que el mismo Napoleón, que después de Arcola, espectacular y epopéyico, conquista Italia. Tal vez podría tacharse este criterio de estrechamente unilateral y parcialista.

Pero, a mi juicio, pragmáticamente, es útil emplearlo en Bolivia: desmesuradamente hemos glorificado a nuestros héroes militares y a los caudillos políticos, olvidando a los hombres de trabajo creador como Aramayo, a los exploradores y civilizadores de la selva como Agustín Palacios y a los apóstoles educadores del pueblo como Omiste. Es la vi-

"**Compañía del Real Socavón de Potosí**", de la que yo era Presidente".

Pero, a decir verdad, la célebre Empresa del Real Socavón fracasó, como sinceramente declara don Avelino. Ella fue organizada, a lo que entiendo, con un **espíritu romántico**, idealista y fantasioso, antitético al sentido capitalista de Inglaterra. Por ello, irónicamente, escribe Aramayo:

"Misterio es este, (se refiere a la empresa del Real Socavón) de fácil explicación en mi país, donde tenemos la audacia de acometer la empresa más atrevida ofreciendo una misa al Santísimo y dando un espléndido banquete a los amigos. Lo último de que se trata es del capital que ha de empeñarse". "Así sucedió en este caso. El

---

da y la obra de estos hombres lo que urge, para ejemplo de la actual juventud universitaria de Bolivia sobre todo, la que se precisa esclarecerla.

Una íntima satisfacción por ello he experimentado al leer ahora el magnífico libro de Guillermo Ostwald, "**Les Grands Hommes**". Para el gran químico alemán no han sido grandes hombres ni los Federicos y Bismarck que endiosan en su patria, sino estos otros modestos profesores y hombres de laboratorio como Devy, Mayer, Faraday, Lieberg y Helmholtz.

El libro de Ostwald —en su original alemán **Grosse Mane**—, fue traducido al francés, por Marcel Dufour, con el título "Les Grands Hommes" en 1912. Justo es afirmar que Ostwald, mucho antes de la actual boga del género biográfico, ya en aquel tiempo en lo que respecta a la metodología de la biografía comparada en los hombres de ciencia, expuso un criterio que no se puede menos de reconocer como el más acertado y de precisa estimativa de valores, fértil en fructuosas interpretaciones psicobiográficas. Los capítulos pertinentes a su procedimiento constituyen una enseñadora "metódica de la biografía". Es de recomendar el estudio de

entusiasmo del pueblo de Potosí había subido de pronto con el estudio que los ingleses hacían de nuestras minas". "Desde aquel momento nadie dudó del buen éxito de la empresa; los nombres de Inglaterra y Potosí, llenaban el espacio, acompañados de **hurras** de alegría, como si las minas estuviesen ya en plena producción. **Esto es lo que acontece siempre que las ilusiones se anticipan a la realidad".**

Mas, he aquí la realidad:

"Llegamos a la Inglaterra —expresa el autor del Informe— en una época harto desfavorable para nosotros; había en el mercado de Lon-

---

esta obra de Ostwald a la juventud boliviana, singularmente a los maestros.

Con referencia a Aramayo, en la Biblioteca Nacional de esta ciudad —Sección Moreno— he encontrado estas publicaciones que aquí las consigno con las datas bibliográficas precisas, en confirmación de mis anteriores asertos:

En el volumen 1416, "Colección de Documentos Bolivianos.— Recogidos y ordenados por G. R. M.— Segunda Serie, Vol. IV.— Vías de Comunicación, 1864—1872", hay los siguientes:

—Perforación del Montcenis y los Nuevos Ferrocarriles. (Traducción de la **Revue des Deux Mondes**). Carta a los señores Aramayo, reproduciendo a los Bolivianos el ideal social del cual no deben desesperar.— Florencia, Diciembre 22 de 1869, Tomás Frías.— (Florencia, 1870.— Imprenta de G. Barbéra).

—Ferrocarriles en Bolivia por A. Aramayo.— Reimpreso en La Paz, 1871.— Contestación por Ernesto O. Ruck.— Sucre, Agosto de 1871.— Tipografía del Progreso.

—Ferrocarril de Mejillones a Caracoles y al Interior.— Propuesta de Avelino Aramayo.— Sucre, Septiembre de 1871. Tipografía del Progreso.

—Ferrocarriles en Bolivia por Avelino Aramayo.— Reimpreso en La Paz.— Año de 1871.— Imprenta de La Libertad.

dres, no solo desconfianza, sino una marcada prevención contra las Repúblicas Americanas, respecto a las operaciones de crédito, y muy especialmente hacia las empresas de minas, que habían derramado el pánico en el mercado de Londres".

En síntesis, que en el mercado de Londres, por lo que había sucedido con las fracasadas empresas mineras de California, Honduras, Costa Rica y el Paraguay, —"que tan mal parado habían dejado el crédito americano"— se suspendió todo crédito para "South América".

"Nosotros —evidencia— como bolivianos, tropezamos, desde luego, con ese terrible inconveniente, y con otro más terrible todavía, que tocándonos de cerca, hacía imposible toda operación de crédito para la industria nacional".

Alude al desastroso Empréstito de Bolivia y la Empresa Church. A través de la perspectiva del tiempo cabe expresar, como juicio histórico sintético, que si don Avelino Aramayo fracasó en Londres en la misión que los accionistas del Real Socavón le encomendaron, no fue por culpa personal suya, sino de los malos gobiernos que como los de Melgarejo y Morales, ingenuamente engañados por Church, ocasionaron el descrédito industrial de Bolivia en Inglaterra.

He aquí un caso más, dentro de los muchos que con reiteración crónica se han venido presentando desde la fundación de la nacionalidad, en que el gobierno nacional —la mala patria o la patria mala que decía René Moreno— malogra sustancialmente la buena obra del esfuerzo individual de un hombre de bien, de labor y acción creadora: a éste no le es posible superar las circunstancias políticas, los desaciertos de los malos gobiernos de la patria.

Y, sin embargo . . . Aramayo, por obra de los malos gobiernos, se vio individual e industrialmente nulificado en sus intereses particulares pero, en el fondo, de refluencia en el progreso del país —como era la empresa del Real Socavón—, y, en cambio, el mismo gobierno nacional, en el momento de apremio, se encontró obligado a recurrir al hombre a quien había perjudicado en su crédito industrial, para que salve el honor nacional comprometido por los gobernantes.

Aramayo fue, pues, en Londres, constreñido por el Presidente Adolfo Ballivián, a encargarse de solucionar el absurdo —y vergonzoso para el honor nacional— Empréstito Church.

EL EMPRESTITO CHURCH Y SUS CONSECUENCIAS

En el ya tantas veces citado 'Informe' de don Avelino Aramayo figura el siguiente capítulo, que no obstante lo extenso de la cita, juzgo pertinente trascribirlo, porque es necesario conocerlo para juzgar lo delicado y difícil de la agencia financiera que posteriormente se le encomendó, ya en la época de don Adolfo Ballivián, **"Origen de la empresa del Mamoré y su verdadero objeto".**

Escribe Aramayo: "Cada boliviano conoce prácticamente la historia de Melgarejo y de su funesto reinado, así como teóricamente conoce la historia de los ríos del Oriente de Bolivia y de su prodigiosa fertilidad, descrita en diferentes épocas por viajeros más o menos fantásticos, y que, durante muchos años, ha sido el sueño dorado de la mayoría de nuestra sociedad ilustrada, al punto de ser en los últimos tiempos considerado el Oriente como la tabla de salvación Nacional".

"Fue precisamente en la época en que Bolivia se encontraba bajo el desconcierto del más absurdo de sus gobiernos y, lógicamente, atravesando por una desesperante situación económica, que se presentó en Bolivia, en 1868, el Coronel Church, con su proyecto de Empréstito".

"Traía el proyecto —nos dice Aramayo— de navegar los ríos Madeira y Mamoré, por una Compañía de navegación, para lo que solicitaba permiso y concesión de tierras, etc. Su plan estaba bien concebido y en apariencia bien estudiado, por lo que se ha sabido después, en combinación con la diplomacia boliviana que no se mencionó después. No era extraño, por lo tanto, que dicho proyecto fuera aceptado con entusiasmo y sin examen por un gobierno que, hasta entonces, había rechazado sistemáticamente, todo proyecto extranjero. En consecuencia, diéronse al Coronel Church en Agosto de 1868, todas las concesiones y privilegios que había pedido para su Compañía, con lo cual se volvió contentísimo, creyendo tal vez de buena fe que, siendo poseedor de tan vastas concesiones, no le sería difícil organizar en Norte América una gran Compañía de Navegación".

Por desgracia nuestra, no fue así en la práctica: el Coronel Church tropezó con obstáculos que le hicieron conocer su impotencia; pero como hombre acostumbrado a los golpes y que sabe sacar partido aun de los naufragios, luego forjó en su mente una **"gran compañía nacional de navegación boliviana"**, que hizo anunciar en grandes carteles para conocimiento del mundo. En seguida se echó a viajar por Europa y América. Hizo repetidos viajes a Bolivia aparentando estudios que en efecto hacía, pero era sobre el carácter de los hombres de Estado".

De esta manera, engañó fácilmente al gobierno boliviano y a la opinión nacional: "Atentamente estudiadas todas estas maniobras —observa Aramayo— se ve que no eran más que trabajos preparatorios para llegar al fin deseado, bajo el pretexto de navegar los ríos y con la cooperación de los miembros del gobierno. Cuando el Coronel Church llegó a tener en sus manos los instrumentos con los que debía operar, se puso a la obra".

Melgarejo entendía muy poco de negocios y, fácilmente, hizo que "no solamente se ampliaran las concesiones y privilegios por el contrato de Diciembre de 1868, sino que se autorizó al Coronel Church para negociar en Europa un **empréstito de uno a dos millones de libras esterlinas aplicables a la empresa del Mamoré".**

"El Presidente Melgarejo —agrega— teniendo plena confianza en la probidad, talentos y patriotismo del Coronel Church —a quien no conocía— lo nombró su agente especial, con plenos poderes para contratar el mencionado empréstito y amplias facultades para recibir el dinero, disponer de él y solemnizar todas sus operaciones, en nombre del gobierno de Bolivia".

"Nunca se había visto autorización más espléndida: el pueblo boliviano se sentía humillado, pero nadie en aquel tiempo podía alzar la voz para hacer la menor observación".

"Los Congresos convocados por Melgarejo se vieron constreñidos a aprobar el empréstito, sin atreverse a protestar, reconociendo aun lo absurdo de él, pues Bolivia se comprometía por dicho empréstito a construir un ferrocarril en territorio brasileño a su costa. "Cualquiera comprenderá —añade Aramayo— que esta última parte es la esencia del absurdo en todo este negocio".

"Provisto el Coronel Church de tan amplios poderes y privilegios, se presentó en Londres con audacia y tuvo la fortuna de hacer aceptar como practicable su proyecto sobre el Mamoré. Así es como pudo realizar un empréstito, en nombre de Bolivia, de 1.700.000 £, o sean ocho y medio millones de pesos fuertes que han ido a sus manos y a las de sus colegas, sin que hasta ahora se pueda decir con seguridad en lo que se han invertido".

"Lo que hay de positivo es que la Nación Boliviana es deudora de ocho y medio millones de pesos que no ha recibido y que está obligada a pagar los intereses de esa suma, que ha recibido su agente el Coronel Church".

"Tal es el origen de la empresa del Mamoré y del empréstito Church de que estoy hablando aquí, con referencia a mi primer temporada de Londres, como simple espectador paciente, soportando las consecuencias y viendo con pena que todos los capitales ingleses empleados en mi país, sea en el comercio, sea en la industria o en ferrocarriles, o en estudios de minas, etc., etc., **se han retirado por esa sola causa** y tal vez para siempre".

Fue en este crítico momento para el crédito nacional que, en resguardo del honor patrio, el Presidente Ballivián, acudió a don Avelino y a don Mariano Ricardo Terrazas, para que se afrontaran contra los agiotistas del Empréstito Church, designándolos Agentes financieros de Bolivia.

SU AGENCIA FINANCIERA DE BOLIVIA EN EUROPA

"Pasaron muchos meses —nos dice don Avelino— sin que mejorase la situación financiera de Bolivia: por el contrario, sus bonos bajaban de día en día desmejorando su crédito y haciendo mi situación cada vez más penosa: así es que me decidí a regresar a mi patria con el desconsuelo de no haber hecho nada en su favor".

"Estando en esto —agrega— recibí una carta del Presidente don Adolfo Ballivián, dándome aviso de habérseme nombrado Agente Financiero en Europa, en unión de mi amigo el Dr. Mariano Ricardo Terrazas, como se vé por el siguiente oficio:

La Paz, Agosto 20 de 1873.

Señor D. Avelino Aramayo, miembro de la Agencia Financiera en Europa.

Señor:

Reconociendo en Ud. el Presidente Constitucional de la República, patriotismo, conocimientos especiales y celo por el bien de la República, en acuerdo de Gabinete, le ha nombrado Agente

financiero de la Nación, **ad hoc**, en Europa, contando con que de la desgraciada empresa Church para Bolivia, se salvará algo, debido a sus trabajos y esfuerzos, cortando así la total ruina de ese negociado que compromete la Nación, por cuyo crédito empleará Ud. todo su conato".

"Con mucho no se podrá remunerar sus inteligentes trabajos, pero teniendo en cuenta su patriotismo y el conocimiento que tiene Ud., de la situación del erario nacional, ha dispuesto el Presidente de la República, asignarle el sueldo de seis mil bolivianos al año que le serán abonados según el pliego de instrucciones".

"Con sentimientos de verdadera estimación me complazco en repetirme de Ud. atento seguro servidor.

MARIANO BAPTISTA
Ministro del Interior".

Con toda diligencia y sagacidad comenzó, pues, don Avelino, con la inteligente colaboración de su colega don Mariano Ricardo Terrazas, sus gestiones financieras. "Nuestra misión —dice— se reducía a fiscalizar la marcha de la empresa del Mamoré si ésta continuaba y, de lo contrario a cuidar de los fondos del empréstito a ella destinados, a fin de que no fuesen malgastados". "Además —agrega— debíamos cuidar de los intereses propios del gobierno de Bolivia situados en Europa, especialmente los que procedían del empréstito de 1872, cuyo 17% le pertenecía a él exclusivamente y estaban en poder de sus banqueros los S. S. Lumb Wanklin y Cía".

La Agencia fue bien recibida en Londres por cuantos tenían intereses comerciales en el Pacífico, pero no por los negociadores del empréstí-

to, ni los guardadores del dinero: "esos caballeros —declara Aramayo— miraban con recelo y prevención todo lo que tuviera visos de intervención en los negocios que ellos manejaban con entera libertad, con orgullo y con apariencias de legalidad".

Estos comenzaron por dilatar la entrevista a que los invitó Aramayo. Ella apenas pudo celebrarse el 12 de diciembre de 1873, reunión que tuvo lugar en la casa bancaria de Lumb Wanklin y Cía., negociadores del empréstito.

"Aquella reunión —informa Aramayo— tenía por objeto acordar los medios de entregar el depósito perteneciente al gobierno de Bolivia, cuestión grave para ellos".— Acudieron a la reunión:

1º— Los miembros del Banco;
2º— Los Trustees - depositarios;
4º— El Coronel Church;
4º— Los Abogados financieros;
5º— Los Abogados de cada uno de las partes.

"Por su aparato, la reunión tuvo el aspecto de un verdadero Tribunal. Todo farsa!"

Los banqueros londinenses, no teniendo un pretexto legal para retener el dinero en su poder, acudieron al recurso de observar las credenciales de los Agentes bolivianos, con lo que terminó la conferencia.

"Ese fue el primer acto —confirma don Avelino— de la misión financiera: por él pudimos descubrir fácilmente que la intención de los depositarios era guardar para sí el depósito".

Todas las demás conferencias tuvieron el mismo resultado: siempre encontraron los banqueros alguna hábil objeción para eludir la entrega del depósito.

Después de numerosas y laboriosas gestiones, la Agencia había agotado todos los medios de conciliación y, en tal estado, no le quedaba otro recurso que acudir a los tribunales ordinarios, "en conformidad con lo previsto por el gobierno de Bolivia".

Empero, observa don Avelino: "La Agencia sabía que su actuación ante los tribunales mismos tiene poca fuerza contra los que saben eludir la ley en sus compromisos, como era el Coronel Church y sus socios".

"La Agencia presentó su Bill en mayo de 1874, pidiendo a la Corte que las £ 600.000 depositadas en el Banco de Inglaterra, bajo la custodia de los Trustees H. Lloyd y A. J. Lambert, fuesen declaradas propiedad de Bolivia". Mas, después de trabajosas gestiones de la Agencia ante la Corte de Londres, ésta, al final, sentenció que los "fondos quedaran bajo la custodia de los mismos Trustees". Igualmente fueron arduas las gestiones ante el Coronel Church e igualmente infructuosas y, por último, determinó la Agencia declarar rescindidos los contratos con el Coronel Church, lo que se hizo en abril de 1874, de tal suerte que, "por falta de cumplimiento en sus compromisos del Coronel Church con el gobierno de Bolivia, quedaban abolidos los pactos".

Después la Agencia se consagró a asegurar los fondos que estaban en depósito y laborar con la posible eficacia por reivindicar el honor industrial de Bolivia, para lo que los Agentes Aramayo y Terrazas desplegaron toda su actividad obrando con el más férvido patriotismo.

La Agencia obtuvo, a vuelta de mucha labor, unir su acción con la de los tenedores de Bonos bolivianos para defender sus comunes derechos en la Corte de Londres, sobre las £

600.000 depositadas en el Banco de Inglaterra a nombre de Lloyd y Lambert. Una vez liberados esos fondos acordaron depositarlos en un Banco de Londres, destinándolos a que Bolivia pague con ellos las sumas que debía con la hipoteca de las guaneras de Mejillones y las rentas de la Aduana de Arica; descargar los cupones y fondos de amortización y, el resto, debiera emplearse en cumplir los perentorios compromisos que para restablecer el crédito nacional urgía realizar, como se ve por las cláusulas del contrato celebrado entre la Agencia de Bolivia y los tenedores de Bonos.

Los Agentes Aramayo y Terrazas, gracias a su diligencia, su caballerosidad, su don de gentes y su pulcritud moral y pundonoroso patriotismo, habían logrado abrirse un buen ambiente en la sociedad londinense —que no fuera, claro está, en el de los interesados en el embrollo de Church—, y comenzaban, pues, a obtener un resultado que dado lo estrafalario del contrato boliviano con Church y los fraudes de éste y sus socios, lícito es calificar de un éxito plausible.

Pero —aquí lo eterno de nuestra historia—, si bien Aramayo y Terrazas obraban en Londres con talento y patritismo, no así el Gobierno de Bolivia que antes de secundar, apoyar y auxiliar eficazmente la acción de sus Agentes en Londres, se descuidó de hacerlo. Así se colije de lo que dice Aramayo:

"Para que fuese efectivo inmediatamente este contrato —escribe— era preciso que la Agencia financiera estuviese plenamente autorizada para firmarlo, pero como no lo estaba, se apresuró a dar cuenta a su Gobierno, pidiendo poderes bastantes para llevarlo a efecto".

Mas, en justicia, cabe decir que, en el presente caso, por lo menos, la culpa, en realidad,

no fue del Gobierno, sino de la anarquía política que los demagogos habían desatado en Bolivia en contra del honrado gobierno de don Tomás Frías, quien, obligado a sofocar revoluciones que estallaron en diversos puntos del territorio, se vio imposibilitado de atender, como lo habría hecho si el país le hubiese dejado gobernar con una mínima tranquilidad, los asuntos de Londres.

"Los que tengan alguna duda sobre esto —afirma Aramayo— recuerden aquel triste período corrido desde octubre de 1874 hasta el 27 de marzo de 1875 en que parecía que todos los partidos se habían conjurado contra la existencia del mejor gobierno constitucional que ha tenido Bolivia".

"Revolución en La Paz, en Cochabamba, en Santa Cruz, en Caracoles y otros puntos, seguidos de escándalos inauditos".

La Agencia, empero, persistió afanosamente sus gestiones y cuando se encontraba a punto de extender la escritura con los miembros del Comité de Bonos, el Presidente de él, recibió aviso de que "un Ministro boliviano, nombrado para arreglar esos negocios, debía llegar en el próximo paquete y que se abstuviera de firmar el contrato".

No es aventura sospechar que la substitución sorpresiva de los Agentes Aramayo y Terrazas por el Ministro Quijarro fue obra de las maquinaciones de Church ante el Congreso de Bolivia y, tal vez también, se explotó la buena fe del Gobierno. Aramayo escribe:

"De dónde vino ese aviso, fácil era comprenderlo. Pero sea de donde quiera, lo cierto es que el Comité se abstuvo de firmar el contrato, el cual quedó escrito, esperando la llegada del anunciado Ministro".

"Todavía —añade— pasaron muchos meses antes de que éste apareciera en Europa. Entre tanto la Agencia continuaba soportando pacientemente las exigencias de los procuradores y las de los interesados en el empréstito, que deseaban saber cuándo se haría el pago de los intereses, etc., etc., exigencias que la Agencia no podía satisfacer".

"Por fin, en noviembre de 1875, tuvimos la satisfacción de recibir al señor Ministro Quijarro, que venía con plenos poderes para atender los negocios que desempeñaba la Agencia financiera de nuestro cargo, como consta en el oficio que transcribo, y en virtud del cual, entregamos a dicho señor, el archivo de la Agencia, acompañado de un **memorándum** explícito que mi colega el doctor Terrazas se dio la pena de redactar".

"Con esto quedó terminada nuestra misión —a fines del año 1875— retirándonos a la vida privada, no sin hacer fervientes votos porque el señor Quijarro fuera más dichoso que nosotros en la gestión de los negocios".

— — —

"He aquí de qué manera —concluye D. Avelino, en sus "reflexiones" finales— ha venido prolongándose, como por interregnos, la solución de este desgraciado negocio, que pudo quedar terminado en febrero de 1875, de una manera tan útil para Bolivia como para sus acreedores, si la Agencia Financiera, hubiese tenido la suerte de ser escuchada de su gobierno" (1).

---

(1) El embrollado asunto del Empréstito Church se prolongó hasta 1877 —gobierno de Daza—, y se lo tuvo que solucionar, claro está, en perjuicio de Bolivia.

Véase, al respecto, el folleto: "La Empresa Church y el

Don Avelino Aramayo se retiró, pues, como dice, a la vida privada y eligió por residencia el pueblo vasco francés de Pau, donde escribió y publicó el "Informe" a que tan reiteradamente he aludido y trascrito para evidenciación de sus ideas y su labor en Londres y otras publicaciones a que me refiero en el capítulo final.

"Los últimos años de Aramayo —escribe Rück— se pasaron en París y cuando proyectaba su regreso a Buenos Aires, donde se proponía pasar sus días postreros, murió rodeado de sus más caras afecciones, el 1º de mayo de 1882 a los 72 años de edad. Sus restos descansan en el Cementerio de Montmarte y las flores que permanentemente adornan su tumba revelan el culto de la familia a la memoria del hombre honrado y patriota".

Empréstito de 1872—. Sentencias Judiciales. Extinción de la deuda"—. Edición Oficial.— La Paz, 1902.— (Publicación hecha por don Manuel Vicente Ballivián, Director, entonces de la Oficina Nl. de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica).

ARAMAYO, EL APOSTOL

Sin embargo de la amargura que seguramente experimentó don Avelino y del desengaño que es lícito conjeturar no pudo menos de sobrecogerle constatar que todos sus esfuerzos de patriota y de hombre de bien fueron malogrados por las adversas circunstancias de la caótica vida nacional y, sobre todo, del desbarajuste político del país, no perdió su fe inquebrantable de apóstol del bien para su pueblo y ya que no podía obrar, directamente, en el terreno de la acción, se consagró, en su refugio de Pau, a realizar esa otra tarea, tan beneficiosa y tal vez más urgente y de evangélica eficacia para un pueblo tan carente de ideas, de tan aldeano horizonte mental como era el pueblo boliviano de entonces, escribir libros ejemplarizadores, difundir ideas, dar, en suma, expansión a sus conocimientos, su experiencia y las más extrañas vivencias de escritor que posee.

En este sentido, lo sugestivo de constatar en Aramayo, con relación a otros industriales mineros bolivianos, "hombres de acción" sobre todo, como Pacheco o Arce, es que el hijo de Moraya alía, en armónico consorcio, a la capacidad infatigable del industrial y hombre de empresa, que demanda un enérgico dinamismo, el talento me-

ditativo del hombre de gabinete y de estudio, del pensador reflexivo y penetrativo observador de su medio y la realidad social de su época, del hombre que, por imperativo impulso espontáneo del temperamento se ve urgido a **expresarse**, exponer y difundir sus ideas, de escribir libros, sin ser, por ello, un escritor profesional, mucho menos un retórico, un literato, un hacedor de frases bonitas, sin más finalidad que el simple deleite verbal, sino con un benéfico objetivo ético y de pedagogía social. Sin que él se lo proponga, hay en él, además del hombre de acción, del industrial, un moralista, un educador y un sociólogo y, también, un literato, la pasta de un innato escritor.

Por eso, al leer sus folletos, aun aquellos que tratan de áridas cuestiones de finanzas y economía, como sus "Apuntes sobre el estado Industrial, Económico y Político de Bolivia", o de caminos, como su opúsculo "Ferrocarriles en Bolivia", se le **toma sabor** y es imposible dejar de reconocer su natural buen gusto literario, la vena de escritor que posee.

La mayoría de sus publicaciones perseguían un fin práctico determinado, buscaban, en forma persuasiva, que sus ideas se conviertan en actos, su objetivo, en suma, no era —estéticamente hablando— desinteresado, sino **pragmático**, actualista, y, sin embargo, comprobamos que, en él, se cumple aquel hecho de que cuando el hombre posee ideas claras y precisas nacidas de la limpia percepción de la realidad externa y adquiridas en la experiencia vital, el hombre, aun sin ser un técnico del arte de escribir, encuentra naturalmente, la forma exacta y lógica, aun amena, de exponer sus ideas y pensamientos.

Así vemos que su "informe", después de narrarnos las vicisitudes de su Agencia financiera,

en los capítulos posteriores, se refiere, ya en un sentido más sociológico, a otros temas que interesan al progreso de Bolivia o, en su afán persistente de difundir la "ilustración" que él dice, o "la cultura" que diríamos ahora, traduce lo que, en su pensar, es aleccionador conozcan sus compatriotas (1).

En su apartado refugio de Pau escribió don Avelino este su "Informe" que hoy constituye, a mi juicio, un documento histórico y las observaciones en que abunda pueden muy bien constituir un indiscutiblemente valioso aporte para una orientadora sociología histórica y económica de Bolivia.

Luego, siempre obsesionado por uno de sus temas —una de sus manías de caballero andante del patriotismo creador— publicó el libro **"Estudio sobre el trabajo"** (2) que lo mandó repartir profusamente en Bolivia e hizo reimprimir el célebre y edificante trabajo de don Juan Bautista Alberdi, **"Vida de Wheelwrigth"**. Alberdi fue "el amigo querido de los útimos años" de Aramayo.

Lejos de la patria, imposibilitado de retornar a ella, no dejó, por ello, de persistir preocu-

---

(1) Véase en su "Informe sobre los asuntos de Bolivia en Europa", (1876), los capítulos: "Consideraciones Generales"; "Reformas"; "Estanco de la Plata"; "Moneda"; "Caminos"; "Caracoles" y, su traducción del francés, de férvida finalidad educativa, "Ecos del paso de Roldán".

(2) En "Adiciones a la Biblioteca Boliviana" de Gabriel René Moreno por Valentín Abecia, esta pieza lleva la siguiente inscripción:

185.— ESTUDIO sobre el Trabajo. Traducido del francés para el estudio de la juventud boliviana por Avelino Aramayo.— Pau.— Imprenta de Vignaucourt.— J. Lalbengue, impresor, 1878. 8º; 370, una de índice, XVI de introducción.

pándose de ella y laborando por el progreso de su querida tierra, tanto más cerca de su corazón cuanto más lejana e infortunada la sentía.

Cuanto a su carácter íntimo y su conducta en la vida hogareña nos dice quien lo conoció de cerca, Rück: "Lo más notable en la vida de Aramayo es su carácter privado; estaba unido en matrimonio muy feliz con una señora argentina, natural de la provincia de San Juan e hija del General Nicolás Vega. Hombre de esbelta prestancia y de atrayente fisonomía, era apacible y hospitalario con todos: hacía la caridad curando personalmente a sus peones y a las gentes menesterosas que le debieron mucho alivio, a pesar de que a veces no tenía lo necesario para el sostenimiento de su propia familia. Sin embargo de su espíritu eminentemente religioso, era tolerante con todas las creencias y le gustaba debatir libremente sobre cuestiones sociales y políticas con los hombres inteligentes que frecuentaban su mesa. Sólo era intolerante con los vicios y en particular con el de la embriaguez. Sobrio en sus costumbres, como un puritano, vestía con sencillez, pero con extrema limpieza; se levantaba de madrugada y trabajaba todo el día; ya en la dirección personal de sus construcciones y trabajos mineros, ya en sus tareas de escritorio o en sus libros. No fumaba ni le gustaba ninguna clase de juego y su ejercicio predilecto consistía en labrar su huerta y cultivar sus flores; de noche hacía leer en alta voz a sus hijos o les hacía estudiar el piano. Combatida su constitución por una neuralgia persistente, sufrió con resignación y sin quejarse los más agudos dolores y las más crueles operaciones. Modesto en la prosperidad como sufrido en la desgracia, siempre estaba contento con su suerte y su hogar tranquilo y feliz era su consuelo. Decía con estoica filosofía: "las

borrascas de la vida industrial y sus decepciones jamás me causaron fastidio, ni me hicieron perder la confianza en el porvenir; siempre tuve la fortuna de mirar las cosas por su mejor lado, creyendo que el hombre, así como todo lo creado para su servicio, es susceptible de mejoramiento y aun de perfección".

Por todo lo aquí esquemáticamente esbozado de la vida, obra y personalidad del minero chicheño, ¿se justifica la sentencia de Baptista, Aramayo, el apóstol?

No hay temor de incurrir en ningún indiscriminado desacierto, ni en una vana hipérbole, sino antes bien tributar un acto de justicia al aceptar como exacto juicio valorativo el magnífico epíteto de El Gran Tribuno ... Baptista tuvo razón al decir que don Avelino Aramayo fue un apóstol.

Lo fue y, por la virtualidad porvenirista de la ejemplaridad de su vida y la fecundidad de sus ideas, ha de continuar siéndolo para la juventud que sepa comprenderlo y recoger sus enseñanzas. He aquí por qué, aunque tan imperfectamente he procurado en estas páginas, esclarecer su figura, hoy tan poco conocida u olvidada, o, lo que es peor, invalorada ...

Nacido en la humilde aldea de Moraya, en un hogar pobre, sin más educación que la escuela del villorrio, todo lo debió a sí mismo y supo elevarse a la grande hombría del bien: fue, en verdad, un apóstol. Un apóstol del progreso y la cultura nacionales.

EL FUNDADOR DE LA INDUSTRIA MINERA BOLIVIANA, JOSE AVELINO ARAMAYO.

En el simple esbozo biográfico que publicó quien esto escribe en la "Revista del Instituto de Sociología Boliviana", en Sucre (1941), con el título de "Siluetas Heráldicas, José Avelino Aramayo, el apóstol", (1) destaco ya la ejemplaridad de la vida y de la obra de José Avelino Aramayo, quien, a mi juicio "fue el creador de la industria minera en Bolivia", por las razones que allí aducía. Fue, en efecto en la escuela y el ejemplo del insigne minero chicheño que se formaron otros que, como don Aniceto Arce, alcanzaron después, por azares de la fortuna veleidosa, mayores éxitos, así en el campo de lo económico como en lo político, sin haber desenvuelto, empero —como es fácil comprobarlo documentalmente—, ni la misma capacidad de iniciativa y trabajo, la energía inquebrantable y, más aún, la inteligencia superior del **minero de San Joaquín.**

José Avelino Ortiz de Aramayo, bueno es que se sepa, fue, realmente, no sólo como Gregorio

(1) Reproducido en páginas precedentes.

Pacheco, Aniceto Arce o don Romualdo de la Riva, un gran industrial minero, sino, también, un gran escritor, un escritor de raza. Aunque no tuvo ni Bachillerato ni Universidad, sino sólo la instrucción elemental de la humilde escuela de su villorrio natal, no fue únicamente el hombre de capacidad volitiva y organizadora que demandan las empresas industriales, sino, al mismo tiempo, se aliaba en él, en armonioso consorcio, otra cualidad que parece antitética de aquella, el don de expresar bien y aun bellamente su pensamiento. Sin ser un literato profesional, es, por eso mismo, un gran escritor, un escritor de garra, un escritor de sustancia, no un fraseólogo bizantino. Un escritor que tiene siempre algo que decir. Y lo que tiene que decir lo dice bien. Un escritor que de los hechos concretos sabe elevarse, insensible y naturalmente, llevado del espontáneo impulso del ánimo, a las alturas de la generalización ideológica. Hay en él la pasta de un sociólogo, de un Moralista, y en sus mejores momentos, la emoción del verdadero escritor, del artista de la palabra, del que al escribir, siente el placer de estampar su pensamiento en la forma bella a que le lleva su temperamento. Cualidad que, claro está, no la poseen, ni emoción que la sienten otros que, por imperativo del oficio o del cargo, se ven obligados a recurrir a la pluma, como cuando un notario redacta una escritura o un Subsecretario de Estado despacha o evacúa un informe ministerial.

Lo anterior, lo de la belleza de la forma, aun en estudiosos áridos de finanza o minería, se ve de bulto en algunos folletos de don José Avelino como en "APUNTES SOBRE EL ESTADO INDUSTRIAL, ECONOMICO Y POLITICO DE BOLIVIA", (Sucre 1871), donde, en el prólogo, en forma conmovida, evoca los días de su infancia

en el valle natal y al trazar su autobiografía, al narrarnos cómo fue el proceso de la formación de su personalidad, nos da, sin intentarlo tal vez, toda una lección edificante de lo que podríamos llamar "la educación de la hombría de bien". Como fruto de su experiencia y refiriéndose a las ilusiones de su juventud, con gracioso ingenio nos dice: "El Presidente de la República era para mí una entidad muy superior a cuanto podía alcanzar mi pobre imaginación: era un semidios omnipotente, esencialmente justo y benéfico. A quien se le debían toda clase de sacrificios y la más perfecta obediencia. Me habría hecho matar entonces con orgullo por obedecer un mandato suyo, mientras que ahora me dejaría matar por no verle la cara". Lo mismo en otros opúsculos como "Ferrocarril de Mejillones a Caracoles y al interior", (Sucre 1871), donde hay páginas de una honda emoción del paisaje patrio y en "Informe sobre los asuntos de Bolivia en Europa" (1876). Aparte de su informe, encontramos en este folleto escrito ya en su ancianidad, otros interesantes e instructivos trabajos sobre minería, industria y política bolivianas. Aquí, aparece el moralista, el historiador y el sociólogo. Hay momentos, cuando al juzgar, en síntesis, por ejemplo, los gobiernos de Melgarejo y Morales, como el mejor historiador, llega al propio **juicio histórico** o al atisbo sociológico penetrativo sobre un matiz característico de la sociedad boliviana. Mas, predomina en don José Avelino el moralista. No el moralista pesimista que quebranta el ánimo, como son, en general, los franceses: sino el moralista a la inglesa, los que nos impulsan a la acción benéfica, creadora y fecunda. Conmovido por la semejanza del paisaje serrano de los Pirineos Franceses donde está ahora refugiado, con los añorados paisajes de la tie-

rra chicheña, encuentra imágenes dignas de un poeta. Imposible, al leerlo, dejar de recordar la Canción de Roldán de Alfredo de Vigny, **Le Cor.**

Este hombre, invalorado, hasta como industrial minero, menos iba a serlo como escritor. Tiene páginas dignas de antología. Aramayo escribe mejor, en una prosa más suelta, fácil y fluida y con más seguridad en el manejo del idioma que muchos que por mucha Universidad y doctorado que hubiesen tenido, en ellos la raza aymara o keshua les continúa en pugna con el castellano en que pretenden expresarse.

Y, sin embargo, don José Avelino, no tuvo más escuela que la humilde de su pueblo natal. Nacido en Moraya (Sur Chichas), en un lugar patricio, de vieja cepa española, de señorío económico social en tiempos mejores, pero que en aquellos conflictivos días de la liquidación de la Colonia y la iniciación de la despiadada lucha por la emancipación (don José Avelino Ortiz de Aramayo nació, precisamente, en 1809), había caído en la pobreza: sin más escuela que la de su aldea, fue, desde su adolescencia, un hijo de sus obras, el tipo perfecto del **self-made men**, del hombre no educado en ninguna Salamanca que proporciona la inteligencia titulada, sino en la escuela de la lucha por la vida y del trabajo y antes que alimentarse con esos percheles de chala que solemos llamar, pomposamente, Código Civil y Procedimiento Criminal, se nutrió con la médula de león de la experiencia humana y bebió la leche nutricia en los pechos de la gran madre, de la Naturaleza. Desde adolescente se consagró al trabajo y aprendió, desde entonces, el arte de saber conducirse y conducir, manejarse para manejar, lo que se aprende subiendo montañas a caballo desde niño y a desafiar los peligros al vadear los ríos desbordados, al mismo tiempo

que a ser paciente y estoico al atravesar llanuras inhóspitas donde no es posible encontrar una gota de agua para aplacar la sed devoradora o un rancho o **chujlla** indígenas, donde pernoctar y pasar la noche al descampado... Es lo que se experimenta al viajar por los caminos de Bolivia. Esos caminos en los que, de niños o de jóvenes, sufrimos tantos contratiempos, pero que, después, los recordamos con tanto cariño, porque ellos nos enseñaron a ser hombres y algo más esencial, a amar la patria, no a la patria descaracterizada, europeísta y oficializada de la ciudad asfaltada, sino a la patria auténtica, a la patria de los paisajes imponentes y magníficos de toda esa imponencia andina que esconde las más hondas y puras lecciones de virilidad, de confianza en sí mismo y de amor a la energía y el culto de la solemnidad altiplánica y la grandeza andina. En esa escuela se educaron hombres como don Mariano Ramírez —el descubridor de Pulacayo—, Pacheco y Arce y antes que ellos, esa fue la escuela de don José Avelino Aramayo. Y esa también la de su hijo Félix Avelino. Aunque nacido en París, fue educado en el hogar de San Joaquín. Educado no tanto por las sabias lecciones que le proporcionaba su maestro sajón don Francisco d'Avis, como por el ejemplo de su padre y de la íntima solidaridad y el orden y disciplina que reinaban en aquel hogar solariego. "Comienza, pues, —nos dice su biógrafo— Avelino (que entonces en 1863, tenía 16 años), desde temprana edad a colaborar con su padre; se inicia en los trabajos de escritorio y poco a poco va familiarizándose con las múltiples necesidades de las minas. Cuando su padre se traslada a Portugalete o Cotagaita, él le acompaña. Aquel incansable viajero, que treinta años antes había ido de Buenos Aires a Potosí, cubriendo a caballo 540 le-

guas en 18 días, desea que su hijo no ignore tampoco lo duro de los viajes por la cordillera y el altiplano. La tierra boliviana —añade— es rica, mas sólo dispensa sus favores a quienes afrontando las inclemencias del tiempo y desterrando el demonio del desaliento, recorren intrépidos sus mesetas glaciales". (1)

(1).— Este artículo que apareció en "La Razón" el 8 de mayo de 1949, suplemento dominical, es lo último de su pluma que vio publicado el autor de este libro.

LA EJEMPLARIDAD DE UNA VIDA REVELADA POR ADOLFO COSTA DU RELS

Félix Avelino Aramayo y su época, 1846 - 1929

1

En la evolución que los géneros literarios han experimentado en nuestro país, cabe afirmar que es sólo desde épocas recientes que la "biografía" está naciendo y robusteciéndose en Bolivia. Además, en lo que respecta a su orientación, importa también destacar que los estudios biográficos publicados desde hace unos veinte años, se les ha escrito con un nuevo criterio de valoración histórico-biográfico.

Ese "nuevo criterio", diverso al adoptado en la pasada centuria, consiste en conceder mayor importancia social y humana a los hombres de acción creadora, a los industriales y mineros como los dos Aramayo, José Avelino y Félix Avelino, padre e hijo, respectivamente; don Gregorio Pacheco o don Aniceto Arce y otros, como don Romualdo de la Riva, cuya labor está aún por evidenciarse, que han aportado a la vida y al progreso nacionales una obra más útil, eficaz y efectiva que los militares revoltosos y cesaristas como Belzu, Melgarejo y Daza, o los politiqueros demagogos cuyo espécimen simbólico sería don Casimiro Olañeta. Fueron estas fi-

guras históricas las que como aparecían en el primer plano del escenario de la vida nacional, brillantes y deslumbradores de entorchados y alamares, los que merecieron todos los honores de la biografía indiscriminadamente apologética y ditirámbica, como vemos en la "Vida de José Ballivián", escrita por don José María Santiváñez o en "Vidas de Bolivianos Célebres", de Velasco Flor. Con algunas excepciones de ilustres historiadores del pasado como René Moreno, que escribió con criterio moderno, diríamos positivistas, a la manera de Taine, algunas notables biografías como las de Nicomedes Antelo, del periodista cochabambino Juan Ramón Muñoz Cabrera y de los poetas Calvo y Galindo; o como el insigne autor de "El Melgarejismo antes y después de Melgarejo", Alberto Gutiérrez, que cultivó también el género biográfico con la competencia que ponía en todos sus escritos, nos ha dejado, entre sus sagaces estudios, sus bellas evocaciones biográficas. Las biografías de Gutiérrez están escritas a manera de "recuerdos personales", en "Hombres y cosas de ayer" y "Hombres representativos", y en el género biográfico crítico, su valioso estudio acerca del Mariscal de Ayacucho, "La Muerte de Abel". El resto de nuestros biografistas del pasado merece el calificativo de "románticos". Sus ensayos biográficos parecen influídos por la elocuencia declamatoria y la técnica casi folletinesca del Lamartine de "Los Girondinos".

Es desde la publicación de "Figuras del Pasado: Gregorio Pacheco" por Jaime Mendoza y "Vida y Obra de Aniceto Arce" de Ignacio Prudencio Bustillo, la primera en 1928 y la segunda en 1942, que se inicia en Bolivia el género de la biografía con un nuevo y pragmático criterio de valoración de la hombría de bien.

Mendoza y Prudencio Bustillo escogen para biografiarlos no a los generales "en grado eminente y heroico" como de ellos decía burlonamente René Moreno, "juliocésares" a domicilio; o a los políticos y oradores espectaculares. Mirabeaux criollos; sino a esos hombres casi oscuros y desconocidos que lejos de los centros citadinos donde la política anárquica y el parasitismo social hacían su agosto, sepultados en los fondos de los socavones de Portugalete y Huanchaca o trepando a mula, trabajosamente, bajo el implacable azote de la nevasca, por los vericuetos del Chorolque, fueron los pioneros de la riqueza nacional, aportaron un concurso realmente efectivo al bienestar social, se esforzaron por trasladar, como dice de Arce, Prudencio Bustillo, "los destinos de Bolivia de los cuarteles a las minas" y, en suma, crearon la principal si no la única industria nacional en la región andina, la industria minera con la cual hasta ahora vive el país, como el gran Antonio Vaca Díez, hoy tan injustamente olvidado e invalorado, fue el creador de la industria de la goma.

Este nuevo criterio de valoración de la grande hombría, ha precedido también la bellamente evocativa y reveladora biografía que de don Félix Avelino Aramayo —el gran industrial boliviano, tan poco conocido por las actuales generaciones y cuya figura epónima urgía esclarecerla ante la justicia de la posteridad— ha escrito Adolfo Costa Du Rels.

La importancia del personaje biografiado y del estudio reconstructivo realizado por el autor de **"L' Hantise de l' Or"** demanda el comentario bibliográfico condigno. Obra que ha obtenido elogiosos aplausos en Buenos Aires por críticos de la autoridad de Juan Pablo Echagüe, sería una lástima y significaría hasta un complejo de in-

ferioridad para la dignidad intelectual del país que Bolivia se quede sin opinión ante ella.

2

Acaba de instalarse la línea telegráfica de Buenos Aires a Tupiza. Cruel ironía para Bolivia: la primera noticia trasmitida a Bolivia de la Argentina fue la invasión chilena y la caída de Antofagasta en poder del invasor. Aramayo, anoticiado del hecho por el Subprefecto de Sur Chichas, Arraya se dirigió de San Joaquín a Tupiza y ambos comenzaron a recolectar fondos para la 5º División, que el General Campero estaba organizando en Cotagaita. En ella, en la 5º División, como expresa con exactitud Costa Du Rels "figuraba lo más granado del sudeste de la república".

Quedan aún en la provincia Nor Chichas muchos recuerdos de cuando el General Campero permaneció en Cotagaita al mando de la 5º División. Una legua al norte de Cotagaita, precisamente en la quebrada de Tarajtela, existe hasta ahora un molle frondoso, lugar obligado de **"cacharpayas"**, donde es fama, a la sombra del molle, reposó el General Campero. Por ello se llama "Molle Campero". Es célebre en la región. Se lo honra con veneración histórica.

Los amigos chicheños de don Félix Avelino, como don Germán Machicado y los Villegas tuvieron, como se ha dicho, un comportamiento heroico en la batalla del Alto de la Alianza. Aramayo, elegido por Sud Chichas, concurrió a la célebre Convención del 80. Su actuación en ella, según nos dice Costa, no fue descollante. Es explicable: no era un parlamentario a la boliviana; todo aquel desborde de elocuencia criolla debió

de parecerle lo que en realidad fue: palabrería patriótica después de la derrota.

A poco empero, cuando Estados Unidos, medió en el conflicto del Pacífico, don Félix Avelino, a solicitud del delegado don Mariano Baptista, concurrió en calidad de Secretario de la delegación a las conferencias del "Lackawana". "Sus cualidades personales —escribe su biógrafo— su profundo conocimiento de la mentalidad anglosajona y su dominio del idioma para entenderse con los mediadores, daban particular realce a su colaboración.

La mediación estadounidense fue, es sabido, simplemente amigable: nada obtuvieron de ella las naciones aliadas; al revés, Chile, remachó el triunfo de su derecho de conquista, como contra el esperanzado optimismo de Aramayo, le dijo Baptista: —"No existe aún fuerza moral en el mundo capaz de contrarrestar a un ejército vencedor. Las conquistas de los alemanes en Alsacia y Lorena, en el Schleswin y Holstein, ¿quién las desconoce hoy? La fuerza supera al derecho. Sólo una reacción del ejército podría cambiar la situación y dar a sus diplomáticos los argumentos que han menester".

Ante el fracaso de la diplomacia perú-boliviana, fracaso de la justicia contra la fuerza, Aramayo sufrió una de sus más amargas experiencias. "Cuarenta y cinco años más tarde —nos dice Costa Du Rels— el autor de estas páginas le oyó decir: —Las conferencias del "Lackawana", me han dejado imborrable y dolorosísima huella en el alma. Allí los chilenos me enseñaron y con cuánta dureza, a ser boliviano, nada más que boliviano, y a propugnar porque fuera algún día Bolivia una nación cohesionada fuerte y próspera; si no, cuántas humillaciones aún nos esperan!". Palabras proféticas. Luego vino lo de

la guerra del Acre y posteriormente otros fracasos nacionales de los que mejor es no acordarse.

De 1880 a 1888, don Félix Avelino se consagró activamente, con la tenacidad que le era propia, a organizar la gran empresa industrial minera que hasta hoy lleva su nombre, sin dejar de preocuparse, empero, del buen gobierno, de la buena política y del progreso nacionales.

TU MARCELLUS ERIS

Sus inquietudes por el buen gobierno de la nación le agitaban tenazmente. Su criterio político, que deseaba vehementemente se aplicase en Bolivia, era el que veía realizarse en Inglaterra y explicaba el progreso del gran país de Shakespeare, régimen político al cual, con certera síntesis, califica don Alberto Gutiérrez de **democracia aristocrática.**

(V.— "Lord Curzón" en "Hombres Representativos, pág. 170).

"En las democracias —escribe Costa— bullen pasiones, codicias y vanaglorias. La lucha de partidos es moralmente soportable si el orden queda intangible, si se mantiene alerta la conciencia moral para que pueda primar, sin vejaciones, la libertad y prevalecer el orden con justicia y eficacia". "Este programa —pensaba Aramayo— no puede realizarse sin un marcado aristocraticismo, en el sentido griego de la palabra; es, a saber, un gobierno de los mejores: gobiernos "para" el pueblo, pero no "por" el pueblo. Una democracia constituída por los más aptos con el objeto de arrancar de su propia experiencia y saber, normas de gobierno, de capacidad técnica, cultura general y justicia social". Criterio político acerca de "la democracia" que en el

terreno de la ideología política, ha auspiciado tan bellamente, pero tan idealistamente también, el gran prosista de "Ariel", José Enrique Rodó. Es lo que en nuestro ensayo "La Educación del Gusto Estético", sin conocer el criterio político de Aramayo, hemos sostenido también en lo referente a la orientación educacional en Bolivia: "Substituir el espíritu plebeyista que es la marca de fábrica del ambiente, por un sentido **aristárquico** de la vida conforme a la norma goethiana: "Vivir a gusto es plebeyo; el noble espíritu aspira al orden y a la ley".

Eso era lo que quería Aramayo como régimen político para Bolivia y como un Diógenes no cínico, sino más bien platónico, buscaba "al hombre". Al hombre capaz de realizar, como gobernante, **su ideal aristárquico.** ¿Qué hombre en la nación que, aunque debía su nombre a un hombre también demócrata aristocrático —Bolívar— podía implantar, en el pueblo con predominio de raza mestiza, del "cholismo" anárquico, el gobierno que don Félix Avelino, anhelaba para Bolivia?

Había abrigado vehementes esperanzas en sus nobles amigos a los cuales conocía y veneraba, don Adolfo Ballivián y don Tomás Frías, don Mariano Baptista y el General Pando... mas, todos ellos, por lo accidentado de la vida política boliviana, no llegaron a realizar en el poder lo que como ideología política y sentimiento patrio habían sostenido. Había, don Félix Avelino, depositado en esos hombres, lo más acariciado de sus esperanzas políticas, pero, si ellos no las realizaron, ¿acaso él mismo no se encontraba capacitado para llevar a la práctica lo que su patriotismo le exigía?...

"A menudo Aramayo —nos dice su biógrafo— al caer del día y cuando la playa quedaba

desierta, se iba a caminar a grandes pasos a lo largo de aquella costa vasta por la que tenía particular predilección. Buscaba, como siempre, la soledad. El ocaso acrecentaba a veces su sombra en la arena, a punto de que él mismo la miraba con sorpresa... El rostro de Pando se esbozaba entonces en su espíritu confundido con las lejanas y desvanecidas quimeras. Muerto aquel hombre, no había muerto, empero, en Aramayo, la noción del héroe salvador que alentó en su alma, del héroe que él buscó toda su vida, para que Bolivia se equiparara, en libre e igual competición, con las demás naciones del continente".

"Una tarde —agrega— más pensativo que de ordinario, volvió a su residencia de Haitzura. Nadie acertaba lo que pasaba en los adentros de aquel anciano, lo que él mismo se negaba aún a comprender, a admitir". "Aramayo —concluye Costa Du Rels— había buscado fuera lo que llevaba en sí, había querido hacer de los demás lo que pudo haber sido él; "Tu Marcellus eris...".

Mejor, empero, en sentir de quien esto escribe, que don Félix Avelino Aramayo, para la ejemplaridad de su vida, que no hubiese caído en el mal gusto altoperuano de candidatear a la Presidencia. Dado el choque de su espíritu aristocrático con lo plebeyo del ambiente, habría fracasado de gobernante, como fracasó aquel otro gran señor que se llamó Linares.

3

ARAMAYO Y EL COMBATE DE TARAJTELA

Sigamos, empero, comentando la biografía de don Félix Avelino Aramayo escrita por Adolfo Costa Du Rels.

El patricio boliviano significaba una garantía de que el país iba, por fin, a ser bien gobernado por un hombre respetuoso de las leyes, honrado y laborioso y, en suma, ingresar a las vías de la normalidad constitucional. A poco tiempo, recibieron también la grata nueva de que, después de una agitada elección, había obtenido la Presidencia Constitucional el otro gran amigo de la familia, don Adolfo Ballivián. Con ello se acrecentaron las esperanzas de los Aramayo en el resurgimiento de Bolivia y en que establecido el orden, garantizado el trabajo y auspiciada por Ballivián la industria nacional podía desenvolverse con la prosperidad a que las condiciones intrínsecas del país se brindaban.

Mas, al poco tiempo, fallecía, en Nucchu, don Adolfo Ballivián (14 de febrero de 1874), y volvía a la Presidencia don Tomás Frías, esta vez por todo el resto del período constitucional. Pero cuando el honrado Frías asumió la Presidencia, comenzaron las sublevaciones. "El entusiasmo

que animaba el corazón de Aramayo —escribe Costa Du Rels— al volver a su país regenerado por una administración serena y proba, se estrelló contra el infortunio. Infortunio que —agrega— con implacable tenacidad arreciaría a lo largo de los años sobre Bolivia". En efecto, pronto iba a sobrevenir la Guerra del Pacífico.

Don Félix Avelino Aramayo, no obstante lo embargado que se encontraba por sus tareas mineras, al saber que había estallado una revolución en Cochabamba encabezada por Quintín Quevedo (30 de noviembre de 1874), y que ella cundió a La Paz, abandonó la cordillera y se dirigió a Tupiza y luego a Cotagaita, pues estas provincias del Sur, lejos del gobierno central, corrían serio peligro de caer en las manos de los facciosos. Fue en esta única ocasión que Aramayo, en defensa de la Constitución y de su amigo, el anciano Presidente Frías, tomó las armas y logró batir al coronel sublevado Salinas quien se había apoderado del parque de la división chicheña acuartelado en Vitichi. "Ello entrañaba un verdadero peligro para la causa del orden público en las provincias del Sudeste, abandonadas a la ilusoria protección de batallones casi desarmados".

En Cotagaita, Aramayo procedió ejecutivamente obrando imperativamente sobre la voluntad lerda del Subprefecto, teniente coronel Rivas y con la colaboración de sus amigos don Carlos Villegas, don Juan Tomás Medinaceli y don Germán Machicado, batió sorpresiva y fulminantemente al coronel Salinas en la quebrada de Tarajtela, una legua al norte de Cotagaita (1874).

La descripción que de este combate y de la actuación de Aramayo y sus amigos chicheños hace el autor, con acopio de detalles, nos revela que

al par de conocer el terreno, se ha informado bien sobre el desarrollo de los sucesos. Es una página digna de Taine por la precisión de lo que el gran historiador francés llamaba "los pequeños detalles significativos". Véase por ejemplo, esta evocación gráfica: —"Aramayo, Machicado y Medinaceli suben ya la empinada falda. Cautos, rectándose tras los matorrales, piden al menor arbusto su muda complicidad, de cuando en cuando echan un vistazo hacia atrás. Sus compañeros, rifle en mano, siguen sus pisadas. Los molles, aún húmedos de lluvia, exhalan su fuerte aroma. Alguna que otra avecilla, encandilada por la ola de luz que avanza del levante, insinúa su tímido trino".

"Medinaceli —agrega— conocedor como pocos del lugar, da las últimas instrucciones. Avanzar a rastras, en semicírculo, a veinte metros de distancia uno de otro, hasta 200 metros del campamento. Ningún ruido, ni piedra que ruede, ni silbido imprudente, ni tos importuna".

"La bufanda blanca que lleva Aramayo al cuello, agitada por tres veces consecutivas, marcará el comienzo del ataque".

"En el campamento de Salinas, ya mucho más visible, varios mulos cargados, se agitan. Se distingue un soldado que sorbe su agua caliente. Tres oficiales vestidos de guerrera azul con galones dorados discuten en el umbral de un rancho: unos pocos indios pasmados de miedo, miran con recelo reconcentrado, los aprestos bélicos".

"Machicado ha abarcado el cuadro percatándose de la situación. Aramayo parece vacilar: por vez primera en su vida el deber se le presenta adusto; lo que para los demás no es sino venganza política o aventura audaz, es para él un problema de conciencia. Si los sediciosos de La Paz y Cochabamba reciben estos refuerzos, el go-

bierno de Frías sucumbirá y con él la dignidad y el orden tan necesarios a la nación. Un escrúpulo embarga, empero, su ánimo: matar a hombres indefensos en una emboscada".

Machicado, ducho en ardides políticos, impaciente ya ante las vacilaciones de su amigo, ha sacado su pañuelo y lo agita resuelto. (1)

"Una descarga cerrada, seguida de otra y una tercera, siembran el desconcierto entre los rebeldes. Machicado el taciturno chilla de alegría. En medio de un charco de agua cenagosa Salinas yace inerme, sin vida".

Los defensores de la Constitución, en Tarajtela han obtenido un completo éxito. "Horas más tarde —afirma Costa Du Rels— Aramayo y sus guerreros hacían en Cotagaita una entrada triunfal, trayendo el armamento recuperado".

"Dominada la rebelión el gobierno concedió a Aramayo, en recompensa del victorioso combate de Tarajtela, el grado de teniente coronel de milicias". "Bastó tan fulminante ascenso —solía decir Aramayo con escéptica sonrisa, muchísimos años después— para que no se me presentara más la ocasión de empuñar el fusil".

Hemos transcrito así, in extenso, el relato del combate de Tarajtela, tanto por revelar al lector la hábil técnica historiográfica del biógrafo, que nos describe el hecho sin perdón de detalle, como porque es la única ocasión en que el industrial de San Joaquín actúa en un hecho

---

(1).— Don Germán Machicado era, realmente como dice Costa Du Rels, un hombre nervioso, ejecutivo y audaz. En la Guerra del Pacífico, tuvo una brillante actuación, en su calidad de Jefe del regimiento Chorolque. Quien esto escribe aún tuvo la suerte de conocerlo en Cotagaita y al viajar en su compañía por las provincias de los Chichas, escuchar de sus labios sus sabrosos e instructivos relatos de campaña.

de armas. Además, ninguno de los historiadores nacionales, que sepamos, se acordó de este combate que tuvo su importancia en la consolidación del gobierno Frías y la reposición del orden público en las siempre abandonadas a su suerte provincias chicheñas. Por ello mismo también creemos, por el olvido de los gobiernos y por el factor geográfico y aun étnico, se ha perpetuado en ellas, hasta ahora, lo mismo que en Cinti, la herencia ibérica "del culto del coraje".

La vida y la pasión de estas provincias, ya desde los tiempos del coloniaje y aún más desde la guerra de los quince años y en la primera centuria de la república, está por escribirse. No sólo en lo militar y en lo guerrero ellas, ya en la lucha por la emancipación, como en las campañas de la Confederación y en Ingavi y después cuando la guerra del Pacífico y últimamente en el Chaco, han aportado su más patriótico y sacrificado concurso de energía a toda prueba, su "voluntad de heroísmo" diríamos parodiando a "la voluntad de dominio" de Nietzsche, sino que, también en lo económico, por obra del mismo factor geográfico —se trata de provincias bien dotadas tanto en lo agrario como en su riqueza minera— han contribuido en forma decisiva a la economía nacional, tanto por el trabajo de sus masas obreras y campesinas, así como por la capacidad directiva de los creadores de la industria nacional —la minería— como son los Aramayo, Arce, Pacheco y otros.

Por ello, cuánta razón tuvo Carlos Romero, cuando al comentar la vida de Pacheco escrita por Jaime Mendoza, dijo de estas provincias que son la "Gascuña boliviana".

MODESTO OMISTE, EDUCADOR

MODESTO OMISTE Y SU ACCION

"Vidas hay que reclaman —escribe Pedro Henríquez Ureña a propósito de Martí— de los hombres capaces de entenderles, el esfuerzo que las redima de la oscuridad de su escenario, para levantarlas a ejemplo de toda la humanidad". "Nuestra América —agrega— teatro enorme y oscuro, deja perder en la sombra sus mejores vidas".

Ello es exacto y rige, sobre todo, en Bolivia. Mientras el resto de las naciones indolatinas ya han "descubierto" sus figuras epónimas representativas en el emersoniano sentido; sus rollandistas "Vidas Ejemplares", en nuestro país, con singulares excepciones, cabe afirmar que el género de la biografía está por nacer.

Tenemos muchas figuras representativas, vidas ejemplares, "hombres", en el concepto pascaliano y unamunesco, de íntegra vida y temple "agonal", así en la esfera de la acción creadora, como del pensamiento puro.

Hombres de "acción creadora", de abierta lucha por la civilización moderna en contra de la barbarie ancestral del medio y la época, como Aniceto Arce y Avelino Aramayo, creadores de la

industria minera en Bolivia, o insignes exploradores de la selva, auténticos tipos de pioneros, como don Agustín Palacios y Antonio Vaca Díez, cuyas "vidas ejemplares" están por escribirse y a quienes la patria les debe lo que en bien de ella misma le corresponde: valorizar esas vidas, esclarecer esos caracteres y hacerles justicia, elevando sus figuras a la categoría de norma para la juventud y honra para la patria.

Igualmente, en la esfera del pensamiento puro, desde los inicios de la República, cuántos hombres de vida apostolar que, precisamente por haber obrado en "la oscuridad de un escenario" no solamente pequeño, sino con más frecuencia mísero y sórdido, merecen ser elevados a esa ejemplar categoría de almas evangélicas. Ellos, al igual de los humildes pescadores de Galilea, se sintieron también con el alma iluminada por una nueva alborada de bien, de belleza y redención.

Estos hombres que, a semejanza de aquel ayer combatido maestro de escuela en su pueblo de San Juan y en la andina cordillera de Procuro en Aconcagua, hoy luminoso faro de Indoamérica —Sarmiento—, tuvieron también el sentimiento evangélico de la cultura, están pidiendo aun "la voz que los redima de la oscuridad de su escenario", para alzarlos, si no a "ejemplo de toda la humanidad" como, en justicia, pide Henríquez Ureña por el gran Martí, a ejemplo de su patria, porque en la entraña de su vida y su pasión, fueron los más puros creadores de la aún alboreante alma nacional y la luz que ellos irradian, antes que dejar, como hasta hoy, se extinga en las sombras del ayer, debemos reencenderla, para iluminar con ella los senderos del porvenir.

Muchas normas de vida, de acción y de conducta; ideas y doctrinas, cabe aún recoger, valorizar y esclarecer, de personalidades como la de don Simón Rodríguez, el Maestro del Libertador, el genial precursor de "la educación por la artesanía"; del olvidado y hoy poco menos que desconocido don Manuel María Caballero, verdadero "maestro de la juventud" y don Benjamín Fernández que, con su silenciosa tarea de la cátedra, despertó la teológicamente aletargada Chuquisaca de su tiempo a la dinámica claridad de las ideas modernas. Asperamente combatido por el sectarismo retardatario de su ambiente, por medio de sus más audaces y talentosos alumnos, como Samuel Oropeza, Ricardo Mujía, Luis Caballero y otros insignes hombres de pensamiento y acción, influyó decisivamente en nuestra evolución política.(1)

---

(1) Con referencia a Benjamín Fernández, Ignacio Prudencio Bustillo, no vacila en afirmar lo siguiente: "El partido liberal —escribe— nació en las aulas de la Universidad de San Francisco Xavier, en la cátedra de Benjamín Fernández, profesor de Derecho Público Constitucional. Fernández no quiso hacer obra de político en escena —agrega—; pero, a pesar de eso, su labor fue trascendental en ese sentido, porque renovó la enseñanza y formó una generación nueva. Opuso al escolasticismo oportunista de los teorizantes del derecho natural el positivismo de Comte, y, con ello, efectuó un trastorno en el espíritu de sus alumnos mecidos en la inocua palabrería de las doctrinas en boga. Fernández despertó hondos rencores, adormecidos largo tiempo por la bonhomía de las relaciones sociales en esta ciudad donde nadie se interesaba realmente por las ideas. En torno a su cátedra se trabó la lucha entre las generaciones que caminaban al sepulcro con sus ideales ya carcomidos por el tiempo y las generaciones nuevas, armadas por ideales no tocados aún por la crítica. La cosa no se detuvo allí, en aulas. Salió a la

Sólo que todas estas vidas ejemplares, tanto las de pura acción, como las de Vaca Díez y Avelino Aramayo, o las de puro pensamiento como las de Caballero y Fernández, persisten, hasta ahora, invaloradas. Por "la oscuridad de su escenario", su vida y su acción, permanecen aún poco menos que anónimas. Son, para decirlo con un bello epígrafe de Díaz Mirón, "los héroes sin nombre".

> "Oscuros Alejandros y Espartacos,
> La ingratitud de vuestro sino aterra
> la musa de los himnos elegiacos" ...

Y es porque —como ya es obvio repetirlo, pues los más caracterizados de nuestros críticos y sociólogos lo han dicho ya—, la causa para que se haya dejado en la sombra la efigie de los que realmente han "hecho patria", de obra humilde, oscura y anónima, pero, por ello mismo, más eficaz y duradera, ha sido el error en que, hasta hoy en día mismo incurrimos: mientras se olvida a éstos, que no obran en el primer plano del escenario nacional, se exalta, en cambio, la estatura de los caudillos políticos y militares, en tono tan ponderativo, unilateral e indiscriminado, que alcanza los contornos de la Apología dogmática.

Esto no proviene sino de un error de perspectiva histórica. Con nuestra aún corta y aldea-

---

calle, motivó campañas de prensa, determinó el establecimiento de numerosas sociedades **soi-disant** científicas o literarias, que después de sus ensayos por esa vía, resbalaban decididamente por el declive de la política". (Véase el opúsculo: "Jaime Mendoza.— La Universidad de Charcas y la Idea Revolucionaria".— Este folleto contiene además otro trabajo histórico titulado: "La Universidad bajo la República" por Ignacio Prudencio Bustillo.— Sucre, julio 12 de 1924).

na experiencia de vida democrática, creemos que las figuras que aparecen en el primer plano del escenario social, —brillantes y espectaculares hasta por la visualidad del uniforme de parada o del traje de etiqueta, el Presidente de la República con la banda tricolor y la medalla de brillantes del Libertador al pecho, el General con sus entorchados, el Doctor —caudillo de leva y bastón emborlado— son los que, por su objetiva influencia en la administración y en el reparto de empleos públicos, son los que realizan la acción más poderosa y, por consiguiente, los únicos dignos de que la biografía apologética, las hipérboles de la Oda ditirámbica y, por fin, el busto de mármol o la estatua ecuestre, les brinde "la patria agradecida".

Mientras nuestros ojos deslumbrados se abren desmesurados para admirar a Bolívar desplegando en la cima del Potosí las cinco banderas de las cinco naciones "libertadas por él", al Mariscal Santa Cruz cargado de condecoraciones, al general José Ballivián, "brillante como un sol" al decir de su biógrafo Santiváñez, a Melgarejo con su capa colorada caracoleando en su Holofernes, a don Rafael Bustillo bajando de la tribuna con la frente adornada por aquella "corona cívica" y a don Casimiro Olañeta, fogoso en el Parlamento, sacudiendo los faldones de su leva azul (huayraleva), no hemos tenido pupilas para ver a don Aniceto Arce de **polkos** y con un mechero de cebo entrando a los socavones de Pulacayo y Huanchaca, a don Avelino Aramayo trepando, trabajosamente, a mula, embozado en su poncho, por los vericuetos del Chorolque, bajo el azote implacable de la nevasca, a Vaca Díez desafiando, virilmente, las cahuelas del Río Beni y a don Daniel Campos que, extraviado allá, por las tierras ignotas del Gran Chaco, a la cabeza de

un grupo de andrajosos —espectros humanos—, descalcañadas las botas, la chaqueta en harapos, llega, por fin, una tarde, al pueblo de Asunción del Paraguay.

Empero, hay más: si bien estos hombres, industriales mineros, exploradores de la selva, hombres de acción, en suma, por la objetividad de ella, de su acción, la evidencian, de suerte que ella no puede menos de cautivar la atención e imponerse a la admiración del público, hay otro género de tareas silenciosas, pacientes y esforzadas, no por eso menos útiles, necesarias y eficaces para el bien social, como aquellas, pero aún más puras y trascendentes, las propias labores de la cultura.

Y, precisamente, por ello mismo, por la pureza de su actividad, los que la realizan se ven condenados al anonimato, al olvido de los gobiernos, a la indiferencia del gaznápiro mundo y al desdén suficiente de los fáciles triunfadores de la vida, de los niños mimados de la fortuna.

Esos son del tipo de aquel que sin siquiera ser médico, apenas un modesto químico, crea una ciencia nueva, para bien de la humanidad —la Bacteriología, Pasteur—; o aquel otro modesto médico que al estudiar la anatomía de una rana, da con la electricidad dinámica —Galvani— y, tantos otros obreros del progreso, olvidados del mundo a quienes más debe la humanidad, como aquel que consagró, en su ermitaje de Seriñán (Provenza), más de cincuenta años de su vida al estudio de los insectos, el admirable poeta de la ciencia de la Entomología —Enrique Fabre— o, aquel que sin desprenderse del microscopio hasta sus ochenta años, se pasó analizando, fibra por fibra, el sistema nervioso,

dando origen a una ciencia nueva, la Histología Celular —Ramón y Cajal—.

Ellos no brillan para ante el mundo. Son ellos los que iluminan con una nueva luz este mundo tan lleno de sombras.

De ellos, ya dijo el clásico:

¡Cuán callada que pasa las montañas
el aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
por el vano, ambicioso y aparente!

Vidas ejemplares. Algunas de ellas las hemos tenido en Bolivia. Y es a éstas, precisamente, a quienes urge "redimir de la oscuridad de su escenario", si no para elevarlas a "ejemplo de toda la humanidad" para presentarlas a la benemérita consideración de la patria.

Así, a más de los ya mencionados, Simón Rodríguez, que si bien extranjero, por su acción docente es justo incorporarlo a la nacionalidad, Manuel María Caballero y Benjamín Fernández, justo es mencionar al naturalista cruceño José María Bozo, a quien sólo conocemos por su sabroso anecdotario escrito por José Rosendo Gutiérrez con el epígrafe de "El Diógenes boliviano". Al decir del bibliógrafo paceño, Bozo dejó algunos volúmenes, inéditos, sobre flora boliviana. Nicómedes Antelo, a quien aprendimos a admirar en la hermosa biografía de René Moreno. Profesor, naturalista, garrido escritor, sociólogo de audaces inducciones, fue el que, en su primera juventud, aprovechado discípulo de D'Orbigny, adoptó luego las entonces en boga doctrinas del transformismo darwinista y a la

luz de esas doctrinas estudió la flora nacional y con ese criterio razonaba sobre etnología boliviana, como puede verse en el estudio, ya mencionado, de Moreno. Estudio biográfico, a nuestro juicio, tanto por la belleza del estilo, la amenidad del relato, la gráfica plasticidad y el vívido colorido de la evocación ambiental, como por la penetración psicológica en la caracterología del personaje, es, no sólo, lo mejor que en materia biográfica hay en nuestra literatura sino que es lícito señalar como ensayo precursor de "la biografía novelada", género al parecer nuevo, hoy tan en auge.(1)

---

(1) A juicio de muchos críticos, de tanto prestigio algunos como Antonio Marichalar, se trata, en la "biografía novelada", de un género nuevo. Dice: "El hecho es que ahora es, ya, un arte noble lo que antes no pasaba de género secundario. No importa que un Romain Rolland, un Joergensen, un Boutroux, un Halevy, dibujaran acertadas siluetas de Beethoven, de San Francisco de Asís, de Pascal o de Nietzsche. Refería —generalmente— vidas ajenas aquel que no tenía bastante vida propia que confiar, o los que —ocasionalmente —se aventuraban a hablar en tercera persona, pro domo. En todo caso era —y es— indispensable, "hacer la parte del autor" en cada obra; es decir, eliminar lo que de él hubiese en el retrato del protagonista, así como una dosis de inevitable bovarismo, que tiñe, y que falsea, cada visión. Con tan extraordinarias dificultades y remuneración tan pobre, lo extraño es que haya autores, bastante decididos, para arrostrar las suertes de la biografía, máxime si se considera que, a las dotes naturales de creador han de ir unidas otras, en cierto modo milagreras, precisas en aquel que se dispone a poner un muerto en pie y hacerle —a nuestra vista— palpitar de nuevo. Con razón ha afirmado Lytton Strachey, remozador del género, que "es quizá tan difícil escribir una buena vida, como vivirla". (Véase: Antonio Marichalar.— "Las "vidas" y Lytton Strachey", en el Nº LVII,

Al leer esa biografía de Moreno, llegamos a conocer a Antelo tan bien como si hubiésemos sido amigos suyos y a conocer su paisaje natal, como si hubiéramos vivido en el Santa Cruz de su tiempo. Cuando Linares se proclamó Dictador, Antelo emigró a Buenos Aires. Allí, no obstante su talento, su preparación científica y sus prendas personales, jamás pasó de simple profesor, por su calidad de boliviano.

Murió en la miseria. A tal punto, que la Legación de Bolivia, encomendada en ese entonces a Santiago Vaca Guzmán (hijo), tuvo que sufragar los gastos del entierro. La Patria debería hoy recoger en volumen compacto su valiosa, pe-

---

Año VI, —Madrid, Marzo, 1928— de "La Revista de Occidente").

Sin embargo de opinión tan autorizada, cabe argüir: —**Nil novi sub sole.**— Antes de la moda actual de la "biografía novelada", ¿no se ha cultivado este género, con singular belleza, y llevando a su ápice de culminación los requisitos hoy utilizados en su composición?

Casualmente, a quien esto escribe, se le ocurrió, hace poco, releer las maravillosas páginas de "San Pablo" y "La Vida de Jesús" de Renán. Estas dos obras maestras y célebres, ¿no cabe, en rigor crítico considerarlas como unas auténticas "biografías noveladas"? A nuestro juicio, estas obras, a las cuales un crítico tan rígido como Brunetiére, no sabía dónde encajarlas, si en la historia o la novela, ¿no pueden encontrar hoy, su perfecta ubicación dentro de la biografía novelada?

¿Análogamente, no son unas bellísimas biografías noveladas las brillantes evocaciones de Flaubert, en "La Leyenda de San Julián, el Hospitalario" y "Herodías"? ¿Y, no es, también una perfecta biografía novelada aquel estupendo "San Cristóbal" de Eza de Queiroz?

Eso, sin salir de la literatura latina. Cuanto a las extranjeras, el género ha sido el preferido en la inglesa, desde

ro dispersa producción científico-literaria. Dispersa en muchos folletos hoy muy buscados por los estudiosos, pero poco menos que inencontrables. La valorización del hombre la realizó cumplidamente su ilustre paisano Gabriel René Moreno ([1]).

Macaulay a Carlyle, el de "Los Héroes", y la encantadora "Vida y Opiniones del señor Teufelsdrokh y, dentro de la literatura escandinava, ¿cómo olvidar los estudios biográficos magistrales de Jorge Braundés y Harald Hoffding? El "Soren Kieerkegaar", pese a su seriedad filosófica es de tan atrayente lectura como una novela. Es una biografía novelada de gran estilo.

(1) En las 92 páginas, copiadas a máquina de los Archivos de la Cancillería y que podríamos llamar "La Misión Omiste en la Argentina" (de julio a enero de 1884), que nos ha facilitado nuestro amigo el historiador polígrafo don José Vásquez Machicado, —insigne morenista, como lo es igualmente su hermano Humberto—, actual Jefe de Límites de nuestra Cancillería, —y aprovechamos de esta nota para agradecerle públicamente—, hemos encontrado dos oficios de Vaca Guzmán al Ministro de Relaciones Exteriores Antonio Quijarro. Por el primero, (fechado en Buenos Aires, a 15 de junio de 1883), le participa que Antelo "se encuentra atacado de una larga y dolorosa enfermedad que lo llevará en breve al sepulcro" y añade luego: "Noticioso de que su situación pecuniaria era desesperante por carecer de recursos aun para algunos medicamentos precisos, he ordenado a nuestros Agentes los S. S. Lewson y Cía., le entreguen en nombre del Gobierno de V. E., la pequeña suma de 200$ fuertes, la cual he creído que podrá servir a su numerosa familia de algún desahogo". En el oficio Nº 255, (Buenos Aires, julio 5 de 1883) comunica el fallecimiento de Antelo, reiterando la situación de miseria en que falleció. ¡Cuántos maestros ilustres de Bolivia, en el extranjero o en Bolivia, han muerto lo mismo! Entre los más eminentes, en estos últimos años, don Ricardo Jaimes Freyre.— ¡Ingrata patria!

Y ya que de próceres cruceños tratamos, recordemos también la apostolar figura de otro educador abnegado, Santiago Vaca Guzmán (padre). De él nos cuenta Luis Paz: "Todavía hay muchos que conocieron a don Santiago Vaca Guzmán y que fueron sus discípulos. Era un varón de mucha virtud, de honradez proverbial, de una instrucción enciclopédica, basada en los principios eternos de la moral y de la religión católica. Se había consagrado a la enseñanza por vocación: toda su vida fue maestro y escribió muchos textos elementales, mereciendo que el escritor chileno Vicuña Mackena le llamara "el Sarmiento boliviano". Fue él el maestro de sus hijos y en esa escuela se educó Santiago Vaca Guzmán hijo, que llegó a ser notable abogado ocupando una alta posición en el foro de Buenos Aires, eminente publicista, que honró las letras bolivianas y diplomático que representó con honor a su patria ante las Repúblicas del Plata y definió la cuestión de límites entre Bolivia y la República Argentina, firmando los tratados de 1889; en esa escuela se educó Gerardo Vaca Guzmán, hombre de ciencia, amante y servidor del progreso de su país y médico admirable por su tino y su saber, de competencia reconocida y proclamada en el país y en los Estados vecinos que le confirieron títulos y honores y en esa escuela se educó Luis Vaca Guzmán, sacerdote purísimo de gran talento y virtud" (1).

Otro puro educador, hoy ignorado casi completamente, fue Luis Velasco. De él hace el siguiente elogio Gabriel René Moreno, tan severo

---

(1) Véase: Luis Paz.— Biografías.— Sucre.— 1919.— Escuela Tip. Salesiana.— Pág. 272.

en sus juicios. Al inscribir en su "Biblioteca Boliviana" la pieza 1.009, "Cuestionario completo de Derecho Natural", dictado en la Facultad de Derecho y Ciencias políticas de esta Universidad por el Profesor Dr. Luis Velasco, dice: "Luis Velasco era natural de Sucre y murió en Cochabamba el año de 1865. Fue profesor ilustre y un nobilísimo carácter. Llamado a la cátedra de derecho en 1845, se engolfó para su desempeño en estudios fuertes y concienzudos dentro de la filosofía escosesa y del eclecticismo francés. Esto explica por qué —agrega Moreno— no arribó a tierra firme, es decir, a la noción profunda e inamovible del derecho, la que, como es sabido, estaba cimentada en Alemania con Kant". La conducta cívica de Velasco fue sin mancha. El poeta Galindo recitó en los funerales, versos admirables por su verdad y sentimiento:

"En vano los tiranos de la tierra
Trataron de abatir su altiva sien;
Sólo encontraron la sublime guerra
Con que combate el mal, rígido el bien!

"Pobre, proscrito, triste y sin fortuna,
Rico sólo de heroísmo y de virtud,
El infortunio le meció en su cuna,
Lo acostó el infortunio en su ataúd".

¡Maestro boliviano!

Según nuestras conjeturas, el texto de Velasco, fue el primero que sobre Filosofía del Derecho, se escribió en Bolivia, para uso de los estudiantes de Leyes. Muchos años después, a comienzos de este siglo, circularon los bien hechos extractos de obras magistrales de Sánchez Bustamante y Luis Arce Lacaze, y, ya en nuestros

días, lo mejor que hay al respecto, por la claridad de la exposición, la modernidad de la doctrina y la aplicación de ella a cuestiones nacionales, "Ensayo de una Filosofía Jurídica" de Ignacio Prudencio Bustillo. (Sucre.— 1932).

En el ilustrativo estudio que el mismo Prudencio Bustillo consagró a "La Universidad bajo la República", dice esto digno de saberse: "¿Qué doctrinas enseñaba la Universidad entonces? Al día siguiente de la independencia, la de los discípulos de la Enciclopedia, como Condillac, Desttut de Tracy. En un programa oficial, se recomienda el estudio de la moral en los libros del barón de Holbach". Luego observa: "Después se dejó sentir en la enseñanza universitaria una reacción a la que seguramente no fue extraño el grupo conservador, que se revela por el empleo de textos que escribió Luis Velasco, profesor de filosofía del derecho por los años 1845 y 1846. Como sucede generalmente, Velasco fue más papista que el papa, pues llevó su eclecticismo al extremo de conciliar —a su modo, se entiende— las vaguedades brillantes de Cousín, con las doctrinas de Dugald Stewart, cuyos contornos son bien definidos".

Es esta rápida, esquemática y forzosamente incompleta evocación de personalidades que han laborado por la cultura patria, y, como decíamos, su obra es poco conocida, por la índole misma de su tarea y la oscuridad del escenario, no hemos querido traer, como es lógico, a cuento, los nombres ya más o menos valorizados y que, por haber actuado en un ambiente más amplio y visible, son hoy conocidos siquiera de nombre y mentados aunque no sea más que de oídas, por el grueso público, como don Tomás Frías, si insigne estadista ensalzado sobre todo por la in-

maculada pureza de su conducta política, fue, al mismo tiempo, uno de los más afanosos animadores de la educación pública, así en el llano, como cuando se encontraba en el desempeño del Ministerio de Instrucción; a Antonio Quijarro, "El Doctor Otuquis", de quien sólo hoy vamos reconociendo que de haberle escuchado en su tiempo su prédica de la canalización de aquel río, la cuestión del Sudeste se habría solucionado en mejor forma que la actual: Quijarro fue también, a más del político y diplomático que todos conocen, un luchador por la cultura y a Gabriel René Moreno, la figura epónima de nuestras letras, continentalmente ya consagrado, sino la de otras personalidades que están aún a la espera de que la posteridad se pronuncie sobre ellas, se reconstruya su "vida ejemplar", la patria les haga justicia, la juventud recoja su enseñanza.

Así, recordemos aún a hombres tan laboriosos y esforzados —de espíritu de temple, de héroe de la cultura—, varón de insigne estirpe, conservador de nuestro acervo de cultura colonial en sus publicaciones y estudios bibliográficos, a Manuel Vicente Ballivián y Roxas y a su hijo Manuel Vicente Ballivián, tipo de carácter germano por la infatigable capacidad de trabajo y alma latina por su prontitud para entusiasmarse y estimular o conducir toda obra de bien y de progreso.

Debemos también nuestro recuerdo y nuestra gratitud a algunos extranjeros que por haber sentado sus reales en el país, justo es considerarlos como nacionales: ellos han laborado generosamente por la patria. Merecen bien de ella. Entre éstos, Ernesto Otto Rück, ingeniero, mineralogista y laborioso bibliógrafo también, que ha salvado de la destrucción valiosos documentos y

en cuanta actividad diversificó su rica personalidad, obró siempre con talento, desinterés y amor por el país de su adopción.

Igualmente entre los médicos, si bien por la índole misma de su profesión, indefectiblemente ella ha de ir aparejada de una virtud de filantropía, ella ha asumido caracteres de generoso apostolado,entre los antiguos, en personalidades como Daniel Bracamonte, de quien se conserva aquella célebre anécdota de que apostó su vida ante Melgarejo, poniendo a prueba su ciencia médica, por salvar la vida de un reo condenado a muerte por el déspota; a Manuel Montalvo, autor de una "Fitografía Médica" (publicada en 1870) y que hasta hoy presta sus servicios de medicina casera en las alejadas aldeas y desamparadas campiñas de Bolivia y, a Valentín Abecia, médico, historiógrafo y bibliógrafo, fundador del Instituto Médico Sucre y de la Sociedad Geográfica, hoy por hoy, la única institución científica de más larga vida y más seria obra realizada en el país (1).

---

(1) Sobre la acción del médico en Bolivia, sería materia de extenderse en forma tal que desviaría el propósito preliminar de situar la personalidad de Omiste a que se contrae esta introducción. En este acápite, nos referiremos a médicos ilustres del pasado. No es justo, empero, que dejemos sin mencionar siquiera, de entre los que han vivido hasta nuestros días, a personalidades como Nicolás Ortiz, de quien se podría escribir una bellísima y edificante biografía novelada: es otra "vida ejemplar", como, también en este aspecto, es la del doctor Eduardo Eguía, en Tupiza, de Jaime Mendoza en las regiones mineras y de otros abnegados hombres que han desempeñado la noble profesión de la medicina, que es siempre o debe serlo, un sacerdocio: el de poner al servicio de los quebrantos de la humanidad doliente, no sólo todos los recursos de la ciencia, sino toda la efusión del alma.

A esta estirpe de hombres abnegados, de vidas ejemplares y almas apostolares, a quienes hay que redimir de la oscuridad de su escenario, para elevarlas a ejemplo de la posteridad, corresponde nítidamente la de aquel de quien trazamos este simple esbozo biográfico, Modesto Omiste.

Nuestro deseo habría sido escribir acerca de aquel a quien Eduardo Subieta llamó "el Sarmiento boliviano", una biografía novelada, tan garrida de fondo y de forma como nos ofrecen los maestros europeos o, por lo menos, como aún en Bolivia tenemos entre las mejor realizadas, la de Antelo por Moreno y la de Arce por Prudencio Bustillo.

Demás está decirlo, empero: a más de que la Providencia —y esto era lo esencial— no nos ha dotado con la perspicacia psicológica y el arte del bello decir de estos preclaros escritores, por otra parte, justifica el hecho de que tracemos una simple semblanza biográfica de Omiste, sin alcanzar a la biografía reconstructiva y psicológicamente motivada, relacionando al hombre, tainianamente —no hay remedio, aunque hoy esté en moda renegar de Taine—, con la raza, el medio ambiente y el momento histórico y beneficiándonos de Freud, Jung y Adler, los ya inveterados obstáculos con que, para redondear una obra así, tropiezan cuantos en Bolivia abordan este género de estudios: en primer lugar, la carencia, en nuestro país, de Archivos y Bibliotecas bien organizados y de pronta consulta, que faciliten al explorador lo que precisa indefectiblemente: tantas veces se ha dicho ya, repetido hasta el cansancio y habrá que redecirlo muchas veces más, ninguna de nuestras Bibliotecas públicas —y aun las privadas, pero éstas inaccesibles— pueden ofrecer el material que urge. Hay

lagunas, en la vida de nuestros hombres representativos, imposibles de llenar. Si su vida pública es conocida, por lo menos en su apariencia externa, objetiva, en cuanto a la privada, a la intimidad psicológica y hogareña del hombre de carne y hueso —no del hombre público en traje de etiqueta—, es poco menos que imposible rastrear sus huellas. Y, sin este conocimiento, ¿cómo reconstruir una vida en su autenticidad? Conocemos la mentalidad de don Gabriel René Moreno, por el estudio de los treinta volúmenes que nos ha dejado. Mas, los que de la admiración de su talento y de su obra hemos pasado al amor del hombre y a la curiosidad de intimar con su espíritu, deseamos conocer, además, la efusión de sus sentimientos. Nos preguntamos entonces: ¿Cómo fueron los amores de Gabriel René? ¿Cuál fue su actividad ante esa esfinge sin secreto que de la mujer dijo Oscar Wilde? Nada sabemos. Parece que don Gabriel René, rígido hidalgo del tiempo de Felipe II y tipo del hidalgo aquel de "El Lazarillo de Tormes", evocado por Azorín, era un español de toda cepa hasta en esto —sobre todo en esto— expuso al mundo sus pensares; sus sentires, tierra incógnita. Muy español, en esto Gabriel René Moreno. A juicio de Miguel de Unamuno es uno de los caracteres más típicos del alma hispánica, sobre todo del escritor, "el horror a la intimidad en público" (1). Lo de su alma

---

(1) Dice Unamuno: "La falta de intimidad de nuestro ambiente espiritual es verdaderamente enervadora y sofocante; un falso pudor contiene nuestras más legítimas expansiones".

El ilustre crítico cubano Nicolás Heredia, en su bello libro "La sensibilidad de la poesía castellana" destaca, con

veló Moreno escrupulosamente hasta para sus íntimos.

En tratándose de Omiste, si bien sus actuaciones públicas, externas, nos son conocidas, en sus diversas actividades de educador, político, jurisconsulto, diplomático, conferenciante y escritor, sobre la intimidad de su ser y su vivir, casi nada, muy poco, hemos podido allegar. Ni una anécdota significativa.

Los descendientes del prócer, en Potosí, no han podido facilitarnos los copiadores de cartas, memorias biográficas y otros documentos del caso, porque todos ellos, cuando la venta de la Biblioteca de Omiste, junto con el Catálogo impreso de ésta, fueron a parar a manos de quien, o quienes, los adquirieron por módico precio. Los poseedores de esas reliquias, antes permitirían dejarse cortar la mano, que confiarlas a un profano como quien esto escribe.

Como curiosa, digna de nota, reveladora de algo amargo: los que menos saben de la vida de un prócer boliviano son sus descendientes. Son los ajenos los que deben proporcionar datos y aportar elementos de juicio para que, al fin, la familia, llegue a comenzar a creer que aquel hombre tan modesto y poca cosa y que tenía aquellas sus "chifladuras", habría de haber sido "un hombre ilustre".

Este es un cuento ya antiguo. Viene desde nuestro Señor Jesucristo. Nunca fue profeta en su tierra. Menos en el seno de su familia.

---

más nítidos caracteres, este matiz de la psicología de la raza, en lo que él llama "la sequedad española". La falta de intimidad en público, el horror a ella y, la pobreza del género biográfico en Bolivia es, una patente "tara" ibérica que perdura entre nosotros.

Como nos cuenta Renán: "Hemos dicho antes que la familia de Jesús no le era en general muy adicta".

Mas, no vayamos tan lejos, ni subamos tan alto. Volvamos a Omiste. A nuestro juicio, —como juicio sintético— de la vida y la obra de Omiste, en su medio y su tiempo —por lo que luego se dirá— cabe afirmar: la vida y la muerte de Omiste son un ejemplo y un símbolo.

La ejemplaridad de su vida asume su más puro quilate en su acción apostolar de "educador del pueblo". Más que escritor, político y diplomático, fue un "maestro". Maestro en la acepción evangélica del vocablo.

Añadimos que su vida y su muerte son un símbolo de la vida nacional y singularmente potosina, porque todo se puede condensar en esta sentencia: fue un grande hombre de acción en un medio pequeño.

Es un valor representativo, por ello. Representativo de su ambiente, de la época y la hihalguía de un patriciado que ayer floreció bizarro en la ilustre Villa Imperial y, hoy, ya no existe.

OMISTE Y SU TIEMPO

¿Cuál fue el ambiente y el momento histórico en que nació don Modesto Omiste?

Omiste nació, según la partida de bautismo que publica su más documentado biógrafo, Luis

Subieta Sagárnaga, en junio de 1840 ([1]), época en la que se debe tener en cuenta, dos hechos determinantes, que explican la acción posterior de Omiste; como es sabido, en aquella época, la minería de Potosí se encontraba en decadencia y, a ello, hay que agregar el estado anárquico del gobierno militarista, época propiamente calificada por Alcides Arguedas, de "Los Caudillos Bárbaros". Esta época por nadie ha sido mejor evocada si no es por Gabriel René Moreno en su biografía de Juan Ramón Muñoz Cabrera y en "Las Matanzas de Yáñez".

Omiste recibió la educación correspondiente a esa época, pero antes que el influjo de ella, ha debido de experimentar el de las circunstancias ambientales. Es por ello que en cuanto se recibió de abogado, el 25 de octubre de 1858, en la Universidad de Chuquisaca y de retorno a su ciudad natal, comenzó a actuar en el ambiente público. Al respecto, escribe Luis Subieta Sagárnaga: "A los 23 años de edad vuelve a su amado campanario munido de un título

---

(1) He aquí lo que nos dice Luis Subieta Sagárnaga al respecto:

"El frío glacial en esta elevada región, era motivo más que suficiente para que los papás abrigaran justos temores por la existencia delicada de sus tiernos vástagos; esto debió ocurrir a los jóvenes esposos Juan Manuel Omiste y María Josefa Tinajeros, que tuvieron la dicha de verse reproducidos en un hermoso y robusto niño cuando a las pocas horas del alumbramiento fue bautizado en la iglesia Matriz, el 6 de junio, por el Párroco D. Manuel José Franco, con el nombre de Modesto, apadrinado en la pila bautismal por don Manuel Vásquez y doña Mercedes Caballero. —He aquí la partida bautismal: —"Yo el presbítero José Antonio Ugarte, Cura Párroco interino de la Matriz de Potosí — Certifico

profesional, laureado por brillantes triunfos universitarios. Su talento, su laboriosidad, su amor a la juventud, su intachable conducta y su hermosa presencia, debían captarle muy luego la simpatía general de cuantos le conocían y el aprecio, cariño y respeto de todos sus conciudadanos". "En las múltiples fases de su vida pública descuella Omiste por su iniciativa y labor incesante, pero donde llega a destacarse como un gigante del progreso y de la civilización, es en las faldas del gran coloso que le vio nacer".

A juicio de quien escribe, donde la personalidad de Omiste muestra su más alto quilate, es como animador de la educación popular, en Potosí, por lo que, sintéticamente, vamos a referirnos a ella.

---

en cuanto puedo y el derecho me permite, que en un libro empastado donde se sientan las partidas de bautismo de los feligreses de esta Matriz, que principia a correr desde el año de mil ochocientos treinta y nueve y termina en el mil ochocientos cuarenta y dos, se encuentra una partida cuyo tenor literal es como sigue: — "En el año del Señor de mil ochocientos cuarenta, en seis de junio, Yo el presbítero Manuel José Franco, Cura Rector interino de esta Matriz de Potosí, bauticé, puse óleo y crisma, a una criatura del día a quien nombré MODESTO, hijo legítimo de Manuel Omiste y María Josefa Tinajeros, vecinos de ésta; fue padrino Manuel Vásquez, a quien advertí su obligación y parentesco espiritual. Y para que conste lo firmo. (Firmado) Manuel J. de Franco".

OMISTE EDUCADOR

Acerca de su labor educativa, como creador de la Instrucción Municipal y orientador de ella, lo mejor que hay es la monografía de Corsino Rodríguez Quiroga, "La Reforma de la Instrucción Primaria de Potosí, en 1886".

Fuera de su acción política, que, en la compañía de aquel célebre patriciado de potosinos ilustres, los más valiosos hasta hoy, Quijarro, Berríos, Pedro H. Vargas, Manzano, Demetrio Calvimonte, etc., fue en álgidos momentos que la personalidad de Omiste descuella con valor más puro, es como el apóstol de la educación popular y animador y sostenedor de la cultura potosina.

Como escritor, a más de su tenaz tarea de periodista en "El Tiempo", cultivó de preferencia el género histórico, el didáctico y el folleto de difusión cultural, pero es justo afirmar que más que escritor, fue un hombre de acción. Lo más creador de su acción social fue la educativa. Por ello, con exactitud, su contemporáneo Eduardo Subieta, lo llamó "Apóstol del pueblo" y el "Sarmiento Boliviano".

Aunque Omiste no lleva como Santa Cruz o Linares tan elevado coturno, pues, más que actuar en el escenario nacional, se contrajo a laborar por el terruño, su obra es digna de la gratitud boliviana y su acción —realizada en un ambiente y una época nada propicios para el sur-

gimiento de una gran personalidad— es merecedora de ser señalada como una "Vida Ejemplar".

Vida Ejemplar. En Omiste encontramos virtudes que son poco nacionales: la consagración a un Ideal que se le transformó en apostolado, la educación popular; la persistencia en el esfuerzo; la tenacidad a prueba de contratiempos, el **"esprit de suite"** que dicen los franceses o de "la sconta continuación" que llama D'Ors. Virtud común en otras naciones como Inglaterra o Alemania. Por su rareza en Bolivia es una excepción. Tal, Arce, el hombre de los caminos; Quijarro, "El Doctor Otuquis"; Omiste, el hombre de las escuelas.

Cada loco con su tema. Es fama. Le ocurría también a un buen caballero de la Mancha. Don Alonso Quijano el Bueno: Arce esperaba el progreso de Bolivia de los buenos caminos. Quijarro avizoró que sin la canalización del Otuquis perderíamos nuestra salida al Atlántico. Omiste consideró que nunca dejaremos de ser esclavos mientras no sepamos hacernos libres por la cultura. A ese fin consagró su vida. Por ello creó, orientó y sostuvo las Escuelas Municipales, las mejor organizadas de Bolivia en aquel tiempo y modelo para los otros departamentos; por ello, en su imprenta de "El Tiempo", editó cuanto libro de texto se precisaba; él mismo escribió muchos; conjuncionando a sus colegas, publicó la "Monografía de Potosí", la primera del país; recogió las dispersas "Tradiciones Potosinas". A no haber mediado su diligencia, hoy estarían perdidas.

Su personalidad fue múltiple. Por el imperativo del medio, escaso en hombres dirigentes, tuvo que diversificarse en tantas actividades como las necesidades impostergables y la urgencia

de progreso del pueblo lo demandaban a intervenir en la judicatura, la hacienda, el culto y la beneficencia, en la milicia y la política local, nacional e internacional; ser tanto el defensor de causas mineras como el profesor de materias tan disímiles como Ciencias Naturales e Historia; al mismo tiempo que escribir sus obras, editar las ajenas e impulsar cuanta obra de bien se precisaba en el Potosí de su tiempo. Mas, dentro de ese polifacetismo de actividades, lo que confiere unidad a su acción, a su vida y su carácter, es el rasgo que destacó Eduardo Subieta, el de "apóstol de la educación del pueblo".

No cabría decir que Omiste fue un grande hombre de acción en un medio pequeño, sino, el hombre de la voluntad de crear en un pueblo que había caído en la abulia vegetativa.

Quiso construir en su pueblo. Pero en el sentimiento popular —por qué fatalidad histórica— se había despertado el adormecido amor de las ruinas...

UNA DIAFANA ESTIRPE

Para quienes tienen el sentimiento de la vida y la pasión de la cultura en América, ninguna emoción que conmueva con más entrañada pureza, semejante al sobrecogimiento que estremecía el alma de los hombres del Medioevo, que contemplar en nuestro tiempo la vida y la obra de aquellas almas apostolares que como Martí y Sarmiento, Hostos y Varona, se dieron con toda el alma al evangelio de la cultura americana.

Si el guerrero y el héroe, el paladín y el redentor, nos deslumbran a tal punto que imponen a nuestra admiración a considerar en ellos

algo ya de superhumano que excede nuestra capacidad de comprensión, la obra humilde y obstinada de estos otros, educadores de la niñez y de la juventud, creadores de porvenir y patria, a más de despertar nuestra veneración, nos vincula a la intimidad de su espíritu: como ellos han sido más humanos que aquellos, más próximos los sentimos: son los amigos a quienes podemos hablar con confianza. El respeto que nos inspiran, no excluye el afecto que de lo hondo del corazón se nos sale. A Julio César, Napoleón o Bolívar, los admiramos; a Martí, Bello o Sarmiento, los queremos.

¿No han sido almas apostolares?

Lo fueron y continúan siéndolo en el espíritu y la ejemplaridad de su obra y acción. Por ello todo corazón de americano les debe reconocimiento.

Y para ser justos, a los iniciadores de esta santa cruzada, en primer lugar, a los Padres Misioneros que en los días de la Conquista sin más armas que la cruz, lucharon contra la espada del conquistador ibero y la flecha del salvaje, como el Padre Las Casas y Fray Bernardino de Sahagún en México y Centro América, Fray Mamerto Esquiú en Argentina y el Padre José Arce en Bolivia.

Ellos han sido, los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicanos; los agustinos, mercedarios y belemitas, los que en los sangrientos días de la Conquista y en los de la organización social de la primera etapa colonial, quienes, luchando apostolarmente contra la doble barbarie de entonces, la del conquistador ibero y la del autóctono americano, con sus misiones de Propaganda Fide y la fundación de escuelas y colegios de artes en lueñes tierras como las de Mojos y Chiquitos y creando Universidades en los centros po-

blados, en las nacientes ciudades audienciales, fueron los primigenios padres de la cultura en América. Su obra ha establecido una tradición. En lo posterior, no ha habido más que seguir. Se ha variado de orientación. La raíz arranca de aquella simiente primitiva que, en justicia, hay que calificar como la etapa heroica de la educación indoamericana.

El hombre y la obra de estos varones limpios, alma toda bondad y luz, que se dieron con todo el ser al apostolado de la educación, debemos traerlos siempre a cuento para despertar en todo corazón americano, el afecto que merecen: ajenos a todo intransigente sectarismo, a todo estrecho nacionalismo, fueron ALMAS CONTINENTALES. Es edificándose en ellos que el más puro sentimiento de americanismo se nos acrecienta y robustece. Es entonces que todos nos damos un abrazo cordial de hermanos al sentirnos hombres de una misma tierra que debiendo dejar atrás un pasado de exasperada existencia de continente conquistado y raza vencida, hoy debe encaminarse hacia un porvenir de amor, de bien y de justicia.

Así Martí, el epónimo.

Don José de la Luz y Caballero, el creador de la educación popular en Cuba, inquebrantable maestro, en lucha contra la opresión hispánica. José Enrique Varona, maestro de maestros, amigo y biógrafo de Martí, uno de los más altos valores continentales; Justo Sierra en el México de ayer y Vasconcelos y Moisés Saenz y tantos otros en el de hoy y aquel que lo mismo en su pueblo de San Juan en la Argentina, o en la aldea de Procuro, en lo más abrupto de la cordillera de Aconcagua en Chile, fue siempre el hombre que jamás despreció ninguna tarea por modesta y esforzada que fuese, y lo mismo trabajó como

peón abriendo caminos que como Presidente de República, pero que, allí por donde puso la planta, abrió una escuela; aquel a quien le decían loco, EL LOCO SARMIENTO; los Caro y Marco Fidel Suárez en Colombia; Cecilio Acosta y Juan Vicente González en Venezuela, eximios escritores, maestros insignes y Andrés Bello, educador no sólo de hombres, sino de pueblos y Eugenio María de Hostos, caballero andante de la cultura a través del continente y, para no mentar a más, recordaremos si no al más grande de ellos, al más original de todos, a Simón Rodríguez, el maestro del Libertador, fundador del colegio Junín en Chuquisaca. En Bolivia y para la educación boliviana, ideó el plan más avanzado, más práctico y de más sabia orientación pedagógica en su tiempo.

A realizarse, hubiera hecho de nuestra patria, un país de hombres laboriosos y creadores. Aún en nuestra época, de aplicarse, surtiría los más benéficos efectos. Y, por último, aquella modesta maestra de escuela en Talca, Lucila Godoy, la que en su ORACION DE LA MAESTRA, decía a Jesús: "Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe, que lleve el nombre de maestra que Tú llevaste por la tierra", la hoy insigne Gabriela Mistral.

¿Pertenece Omiste a esta diáfana estirpe de almas apostolares de la educación en América? Estudiemos su obra en su tiempo y ambiente.

APOSTOLADO Y SACERDOCIO

Antes, empero, importa precisar el sentido de dos términos que en su empleo corriente, no se los distingue, sino, más bien, confunde. Defecto en el que incurren los mismos Diccionarios,

como el benemérito de la Academia Española que es el peor de todos: la diferencia de "maestro" a "profesor".

Ernesto Renán en sus estudios de historia de la religión, estableció la diferencia que hay entre "el apóstol", o sea el hombre que siente la emoción religiosa con tanta profundidad que a su propaganda se da con toda el alma como Pablo, el del camino de Damasco, o a su absorbente culto, como Antonio, el de la Tebaida y, ama al martirio y, "el sacerdote", que de la religión ya no siente sino el oficio y la profesa como cualquier medio cómodo de vida. El apóstol surge cuando una religión está en su infancia y, para triunfar, requiere del temple de acero de estas almas heroicas; el sacerdote lozanea cuando la religión está ya oficializada y hay tiempo para todo, como decía, Salomón.

GUERRERO Y MILITAR

La misma diferenciación precisó Angel Ganivet entre "el guerrero" y el "militar". El primero ama la guerra porque su alma es batalladora; el segundo ha hecho del arte de Julio César, una profesión. El primero mata en la guerra por un impulso pasional —un sentimiento; el segundo lo hace porque para eso ha estudiado: es su oficio.

La misma elucidación de términos es útil de precisar entre "maestro" y "profesor". El primero siente el amor de enseñar. A ello le lleva su temperamento; es su vida y su pasión; el segundo ha hecho ya del "sagrado magisterio de la enseñanza", que dicen los necios, una profe-

sión: ya no es "un maestro", es "un profesor". En síntesis, **el maestro nace; el normalista se titula.**

El primero siente la emoción religiosa y guerrera de la cultura; el segundo es el clérigo militar de la enseñanza, normalista o jesuita.

EDUCACION DE LOS DESHEREDADOS

José Ortega y Gasset, al comentar la novela A.M.D.G. (La vida en los colegios de jesuitas) de Ramón Pérez de Ayala, escribe: "Saldrá BARTUCO (protagonista de romance) inutilizado para la esperanza: por graves esfuerzos de reflexión que haga, jamás logrará vencer una desconfianza original, un desdén apriorístico ante los demás hombres". "¿A quién podrá extrañar que BARTUCO renuncie a toda labor social cuando avance en la vida? Las hormigas, al tiempo que hinchan sus trojes subterráneos, saben morder el grano en tal sitio, que, sin matarlo, impiden su germinación".

"San Ignacio, santo administrativo y organizador, ha dotado a sus hijos espirituales con el arte maravilloso de utilizar, las criaturas "PARA LA MAYOR GLORIA DE DIOS", y como los mejores no se resignan, fácilmente, al papel de instrumentos, se los utiliza inutilizándolos".

"Los jesuítas —agrega— han educado a los hijos de las familias españolas que viven en mayor holgura. De ellos tenían que haber salido los hombres constructores de la cultura nacional, productores de un ambiente público más fecundo. Pero no han salido: los jesuítas, mordiendo las porciones más enérgicas de sus almas, las han inutilizado AD MAJOREM DEI GLORIAM.

Adiós unidad del espíritu, adiós impetuosidad cordial, adiós afán por hacer mejor al mundo en que vivimos".

Esta cita, traída —al parecer— de los cabellos, viene muy a propósito, sobre el tema a que se contraen estas apostillas: a nuestro juicio, no ha sido otro el procedimiento de los educadores bolivianos: LA SISTEMATICA ANULACION DE LA VOLUNTAD.

Es una ya antigua convicción de quien esto escribe que, pese al "modernismo" con que se reviste la fachada de la educación nacional ella, desde su origen, hasta hoy en día, no ha hecho otra cosa que prolongar las anacrónicas consecuencias de su pecado original, la tradición jesuítica. Los jesuítas fueron nuestros primeros padres y nosotros somos sus hijos bastardos: ellos catequizaron a los neófitos en Mojos y Chiquitos y doctoraron a los criollos en Charcas, en la Universidad de San Xavier. Desde entonces hasta hoy nuestra educación, en la esencialidad de su espíritu, es jesuítica.

Aparte de otros caracteres muy propios de la pedagogía jesuítica, uno que es de destacar aquí, por ser el más visible, es el de la predominante propensión a la culturización de la clase que disfruta de mayor bienestar económico e influjo político - social: en la colonia fue la educadora de la aristocracia "adelantada" y "encomendera"; en la República, de la burguesía plutocrática y latifundista. El mérito de Omiste, consiste en haberse preocupado no por la ilustración de los ricos, que da alas a una burguesía universitaria parasitaria, sino por la educación de las clases desheredadas. Clases que son las que más urgentemente necesitan redimir, con la fuerza de la cultura, el complejo de menor valía que por su inmérito rango económico social,

padecen. Por ello, si ha de caber justificar las palabras que al borde de la tumba de Omiste pronunció Eduardo Subieta, cuando lo llamó "el apóstol de la educación popular" y "el Sarmiento boliviano", ha de ser si lo vemos desde esta perspectiva.

"FACHADISMO"

No podemos decir, en verdad, que hasta el momento, poseemos un buen estudio monográfico sobre la historia de la educación en Bolivia. Nos referimos a un estudio orgánico que arrancando desde los primeros días coloniales y siguiendo todas las vicisitudes porque ha pasado el voltario proceso de la educación en Bolivia, nos ilumine sobre su evoluir histórico, esclareciéndonos sus caracteres típicos y brindándonos la posibilidad de arribar a los exactos juicios sintéticos que satisfagan nuestra legítima exigencia de verdad y certidumbre.

Contamos con algunos interesantes estudios monográficos como los de Luis Paz, Jaime Mendoza e Ignacio Prudencio Bustillo, sobre la historia de la Universidad de San Xavier,(1) pero aún no con una historia integral que abarque la totalidad del proceso educacional en Bolivia, como el realizado en la Argentina por Juan María Gutiérrez en "Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior" y el últimamente publicado en Chile por la gran educacionista y garrida escritora Amanda Labarca, "Historia de la Enseñanza en Chile".

(1) Debe agregarse el de Guillermo Francovich.— "El pensamiento universitario de Charcas".

Casi todos nuestros historiadores se han referido al estado de la instrucción en los diversos períodos de la vida política nacional, desde Manuel José Cortés hasta Arguedas, pero lo han hecho muy esquemáticamente, por la índole misma de sus obras de "historia general" y lo que se precisa ahora es un estudio especializado sobre el origen y desarrollo de la enseñanza en Bolivia, como los que mencionamos de la Argentina y Chile.

Entre los historiógrafos de la pasada centuria, quien ha consagrado un capítulo muy instructivo a la instrucción en Bolivia, es Ramón Sotomayor Valdés, en su "Estudio Histórico de Bolivia bajo la administración del General José María Achá", (cap. II "Reseña histórica de las instituciones y leyes de instrucción desde el nacimiento de la República. Vicisitudes de la enseñanza", pág. 140 y sgts. de la ob. citada). En ceñida síntesis, el historiador chileno alcanza a darnos una visión panorámica de nuestro proceso educacional y destaca algunos caracteres primosaltantes de dicho proceso, como las causas por las cuales la enseñanza en Bolivia no ha tenido un desarrollo normal y progresivo, los obstáculos materiales con que ha tropezado y los notorios defectos de que adolece, como la intromisión "de las pasiones políticas que relajaron a menudo la disciplina de los colegios e hicieron del profesorado el gaje de los favoritos del poder"; el poco interés efectivo de los gobiernos, la veleidad de los planes fantasiosos inaplicables a la realidad nacional y, en general, lo que ya en nuestro tiempo, evidenció Juan Bardina, en un estudio notable por su sinceridad, valentía y dominio del tema, como el vicio más arraigado y pernicioso de la educación boliviana, "el fachadismo". Es instructiva la reseña de Sotomayor

Valdés, pero obligadamente, tuvo que serla de ceñida síntesis.

Mucho de lo que dice Amanda Labarca de la enseñanza en Chile, es también aplicable, como juicio de conjunto, a Bolivia. Así, cuando observa: "La organización pedagógica tiende a la imitación" y añade: "Aunque en la letra de las leyes y reglamentos se estatuya la urgencia de acordar la educación a las necesidades públicas, la clase dirigente educada en la admiración a lo europeo y el menosprecio de lo nativo, no estimuló ni el pensamiento ni el arte autóctonos, expresiones de un espíritu nacional. Faltó, pues, a nuestra enseñanza el íntimo objetivo, eso que no se puede copiar, que fluye de la savia misma del pueblo, orientándolo a un destino propio." "He aquí el origen —concluye— de la mayor parte de los males nacionales. Males políticos, males educacionales, males artísticos . . ."

Exactamente lo mismo dijo Tamayo, hace ya treinta años, en sus magistrales páginas de "Creación de la Pedagogía Nacional", cuando denunció "el bobarysmo pedagógico", "que aún dura", aún dura, don Franz.

Igualmente aquel espíritu lleno de **"sagasse"** francesa y ática pupila que fue Ignacio Prudencio Bustillo, cuando al referirse a la influencia de la educación universitaria en la política, escribía: "Si las definiciones no fueran, por regla general, vagas y erróneas, diríamos que la cultura de nuestros gobernantes, ha sido puramente retórica, apelativo que se extiende también a la índole de la enseñanza universitaria. Ahí, en ese giro declamatoria y hueco del espíritu, hallamos la explicación de nuestra historia, campanuda y pomposa, a la vez que lamentablemente estéril en obras que acreditan labor práctica, progreso material".

"Resistimos la comparación con cualquier otro país en cuanto a proclamas electorales, a discursos polémicos; estamos por debajo de todos cuando se trata de realizar una idea, de cumplir un propósito. En vano buscaremos en otra parte el secreto de nuestro atraso, de nuestra pobreza, de esta miserable situación económica que nos pone en peligro de ahogar la soberanía nacional bajo la ola del dinero yanqui. He ahí por qué somos rutinarios para cultivar los campos, tímidos para comerciar, para lanzarnos a la aventura de un negocio incierto, incapaces de iniciar una industria nueva, de abrir un camino, de canalizar un río. La naturaleza está tan agreste, tan insumisa al Hombre, como en los tiempos de la conquista". (1)

La señora Labarca destaca también, a más del "europeísmo" de la educación chilena, su predominante diligencia por la culturización de las clases acomodadas, en perjuicio de la educación popular. Igual en Bolivia.

SIMON RODRIGUEZ

Decíamos que este hecho, el de la orientación clasista en la enseñanza, reconoce por causa la perpetuación inveterada de la tradición jesuítica en el espíritu de la pedagogía nacional. Y, con referencia a Omiste, añadimos que el mayor de sus méritos, contemplada su obra educacional, a la luz de ese criterio histórico, consistía en

---

(1) "Ensayo de una Filosofía Jurídica" por Ignacio Bustillo.— Sucre, Bolivia 1923. Imprenta Bolívar. Introducción II.

que el educador potosino, habiendo reaccionado contra esa anuladora tradición y desprendiéndose de todo prejuicio de clase y de casta, antes de preocuparse por la universitarización parasitaria de la burguesía, se consagró por entero a la educación de lo que hoy llamamos "clase proletaria". Ha llegado, el momento —por fin— de que destaquemos, concretamente, su obra educativa, en su tiempo, y su medio.

Para esta exposición de hechos, vamos a utilizar la excelente monografía de Corsino Rodríguez Quiroga, "La Reforma de la Instrucción Primaria de Potosí en 1886". Esta monografía, es, de entre las que conocemos sobre materia educativa, tal vez la mejor realizada, tanto por la ordenación científica de su método, su bien cernida y discernida documentación, armónica distribución de materias, como por su buena redacción que en la mayoría de las páginas se reviste de una sobria elegancia didascálica, como debe serlo en todo estudio científico y que, en Bolivia, es por donde más se falla.

Rodríguez Quiroga, en el estudio mencionado, en el Cap. "Los períodos históricos de la época republicana en Bolivia", señala, con precisión los siguientes: "El 1er. período comprende desde la fundaicón de la República (1825) hasta la victoria de Ingavi (1841). Su característica: defensa de la nacionalidad recién creada.

El 2do. período, desde la victoria de Ingavi, hasta la muerte de Agustín Morales —1872—. Carácter: Militarismo y Gobierno Dictatoriales.

El 3er. período, desde la muerte de Morales hasta la guerra del Pacífico y la Convención de 1880. Con la experiencia de la guerra despierta la conciencia nacional.

El 4to. período, desde 1880, hasta 1889. Gobiernos conservadores.

El 5to. período desde 1889, hasta 1920. Gobierno liberal.

El 6to. período, desde entonces hasta nuestros días.

"La educación —escribe Rodríguez— que es una de las formas de cultura más representativas, corre en su desarrollo un camino paralelo al estado de malestar o mejora de las instituciones" y añade en el parágrafo "correspondencia entre los períodos históricos y los períodos educacionales": "al primer período histórico le corresponde el período educacional de las tentativas infructuosas. Deben señalarse —observa— como hechos sobresalientes sin culminación afortunada: el llamamiento que hizo Bolívar a su maestro don Simón Rodríguez, para que organizara la primera escuela normal de preceptores; el cumplimiento parcial de las leyes de 6 y 9 de enero y del Reglamento de los Colegios de Ciencias, ampliatorio de aquellas leyes del año de 1827 y el fracaso de la segunda tentativa de una Escuela Normal, en 1835, bajo la dirección de don José de Mora".

Detengámonos un poco. Es de tal manera sugestiva la personalidad de Simón Rodríguez y originales sus ideas pedagógicas, tan avanzados sus planes, para aquel ambiente aún tan cargado de "colonialismo" de la Chuquisaca de 1828, que si ellos, no obstante su practicismo, fracasaron, fue porque quisieron operar el milagro de realizar una verdadera "revolución" educacional, o sea, rechazando radicalmente todo el acervo de la tradición escolástica teorizante, orientarse de la práctica de lo que hoy, en nuestros días, está predicando como una novedad pedagógica, Eugenio D'Ors. "La enseñanza de la artesanía", ese ya fue el pensamiento creador de Simón Rodríguez, el maestro del Libertador. Es-

te, cuando su retorno al Perú lo dejó a su maestro de Director del recién fundado Colegio Junín en Chuquisaca, con el encargo además, de implantar una Escuela Normal. Mas, Simón Rodríguez se mostró tan aferrado a sus planes revolucionarios, que no sólo chocó con el ambiente monacal de Charcas, sino aun con el espíritu abierto del Mariscal de Ayacucho, a quien, Rodríguez, en carta informativa a Bolívar, lo pinta con el británico humorismo de su ingenio implacable.

Es sabido que, por aquella época —1828— escribió en Chuquisaca su célebre libro —hoy rareza bibliográfica— "EL LIBERTADOR DEL MEDIODIA DE AMERICA y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social" y que lo publicó en Arequipa, en 1830.

En este libro encontramos las ideas cardinales de la pedagogía de don Simón Rodríguez. Al defender a Bolívar, en el fondo, don Simón Rodríguez, expresa sus propias convicciones, tanto en doctrina política, como, sobre todo, en educación. "El plan de educación Popular, —escribe—, de destinación a ejercicios útiles, y de aspiración fundada a la propiedad lo mandó ejecutar Bolívar en Chuquisaca". "Expidió un decreto —añade— para que se recogiesen los niños pobres de ambos sexos, no en Casas de Misericordia a hilar por cuenta del Estado, no en Conventos a rogar a Dios por sus bienhechores; no en Cárceles a purgar las miserias o los vicios de sus padres; no en Hospicios, a pasar sus primeros años aprendiendo a servir, para merecer la preferencia de ser vendidos a los que buscan criados fieles y esposas inocentes".

"Los niños se habrían de recoger en casas cómodas y aseadas, con piezas destinadas a talleres, éstos surtidos de instrumentos y dirigidos

por buenos maestros. Los varones debían aprender los tres oficios principales. Albañilería, Carpintería y Herrería, porque con tierras, maderas y metales se hacen las cosas más necesarias y porque las operaciones de las artes mecánicas secundarias, dependen del conocimiento de las primeras. Los hombres aprendían los oficios propios de su sexo, considerando sus fuerzas, se quitaban, por consiguiente, a los hombres, muchos ejercicios que usurpan a las mujeres".

En síntesis, el "plan de Simón Rodríguez", estuvo tan bien ideado, que hoy, mirándolo a través de la perspectiva experimental del tiempo, cabe considerarlo como una genial anticipación de lo que en nuestros días ha intuído Eugenio D'Ors, como lo más aplicable a Bolivia, "la enseñanza de la artesanía" y es, también, lo que en los primeros años del gobierno soviético, implantó éste como "sistema de educación comunista" y es lo que ya llamó Simón Rodríguez: "El Establecimiento que se emprendió en Bolivia es social, su combinación es nueva, en una palabra, es la República", o sea, un sistema democrático de educación, en radical sustitución al colonial sistema aristocrático, o, para decirlo con la más propia terminología del Materialismo Histórico, "educación clasista".

Por ello, sin jactancia, dijo Rodríguez: "Si el Gobierno de Bolivia, en el año 26, se hubiese tomado el trabajo de examinar el plan, habría conocido su importancia —si hubiese exigido de los que desaprobaban las razones en que debían fundarse, e impuesto silencio a los que se oponían bajo pretextos fútiles— el Alto Perú sería hoy ejemplo para el resto de la América Meridional".

En verdad, habría hecho de Bolivia, un país de hombres laboriosos y creadores, industriosos

e inventivos, y no de "abogados alto-peruanos", de frailes fulleros y políticos declamadores, como se ha engendrado en nuestros absurdos colegios y universidades medioevales.

Pero el plan fracasó porque chocó con el medio y Simón Rodríguez, como todo innovador genial, fue motejado de "loco".

Empero, hoy, de su frustrado intento, nos queda la aleccionadora ejemplaridad de su figura epónima y su obra y sus ideas, que están aún llenas de una rica virtualidad porvenirista.

INFORME SOBRE LA INSTRUCCION PUBLICA

En el capítulo anterior, al referirnos a la "correspondencia entre los períodos históricos y los períodos educacionales", nos detuvimos en el primero de ellos —1825 a 1841— con objeto de destacar la figura de Simón Rodríguez, el maestro del Libertador.

El 2do. período, de 1841 a 1872, es el del Militarismo y los gobiernos dictatoriales.

El tercero, de 1872 a 1880, "representa el período histórico de las más grandes iniciativas, de las más dolorosas pruebas nacionales: la conciencia nacional, que comienza a bosquejarse, gana cuerpo con la guerra internacional en que Bolivia se vio comprometida".

Es en este período que Omiste comienza a actuar.

En 1871, el Consejo Universitario de Chuquisaca, constituyó una delegación con el objeto de que ella informara sobre el estado de la instrucción pública en Potosí. Encargados de la comisión fueron Modesto Omiste y Samuel Velasco Flor. Ellos expusieron sus observaciones en

el folleto "Informe que la Delegación del Departamento de Potosí presenta al ilustre Consejo Universitario del Distrito, sobre el estado actual de la Instrucción Pública". (Año 1871).

En dicho informe se afirma: "la descripción fiel y minuciosa del estado en que se encuentra la instrucción pública en el departamento de Potosí, hará conocer no solamente su insuficiencia para el progreso intelectual y social de las generaciones que se levantan, sino también su inconveniencia por los efectos perniciosos que produce, desviada de su objeto primordial, formando ciudadanos inapropiados para todo trabajo o profesión productora, llenos de vanidad por la somera y enciclopédica instrucción de que se embeben sus cerebros, en lugar de hombres útiles para la sociedad en que viven, poseedores de verdadera ciencia y de conocimientos prácticos, que pudieran emplearse ventajosamente en provecho de la industria y el trabajo que tanta atención requieren en nuestro país".

1º— La instrucción pública en Potosí es mala;

2º— Lo material y formal de los establecimientos se halla muy mal atendido;

3º— Urge crear un buen colegio Minero y dos escuelas prmiarias más, una para varones y otra para niñas;

4º— Necesidad de crear escuelas cantonales;

5º— Habiéndose desviado de su objeto la instrucción secundaria, hay que modificar el plan vigente de estudios para evitar los perniciosos resultados que produce;

6º— Restringiendo la instrucción secundaria, debe ensancharse la primaria;

7º— Debe mejorarse la condición de profesores y maestros, asignándoles sueldos suficien-

tes y confiando esos puestos a personas competentes;

8º— Para el mismo objeto, debe crearse en la capital del Departamento, una Escuela Normal para institutores e institutrices de instrucción primaria, en la que se enseñe profesionalmente la pedagogía;

9º— La instrucción primaria debe declararse obligatoria, forzosa y gratuita, y

10º— Debe establecerse una jerarquía de Consejos Departamentales e Inspectores Cantonales, para la inmediata vigilancia del cumplimiento de las leyes y reglamentos en materia de instrucción pública.

Como se ve, las conclusiones a que arribaron Omiste y Velasco Flor en 1871 no podían ser más lógicas y orientadoras para aquellos tiempos.

Tan lógicas y orientadoras en su desnuda sencillez, en su percepción realista del problema educacional, que hoy, en 1940, cualquier hombre honrado a quien se le pidiere un informe sobre el estado de la educación en distritos como Potosí y Tarija —entre los que conocemos— no opinaría de diversa manera.

Con respecto a la cuestión de "la libertad de enseñanza y la significación de la instrucción primaria para el Estado", afirma: "La declaratoria constitucional de libre enseñanza garantiza suficientemente la voluntad de cada individuo de buscar lo que más le convenga según sus circunstancias personales, donde quiera, y con la profesión que elija a su arbitrio. El desarrollo práctico de esa misma garantía, a no dudarlo, multiplicaría los liceos e institutos de instrucción secundaria, en los que, en virtud de las leyes imprescriptibles de concurrencia, se daría lecciones

con mejores resultados que en los colegios actuales. Por otra parte, no siendo de estricta necesidad la instrucción secundaria, para el adelantamiento y cultura intelectual de las masas sociales, no acudirían a los colegios particulares fundados bajo el amparo de la ley de libre enseñanza, siendo los jóvenes cuyos padres tuvieren los medios suficientes para subvenir a los gastos no pequeños que demanda una instrucción completa y elevada; y los hijos de la gente pobre, de los artesanos y hombres de industria, volverían, después de dejar los bancos de las escuelas primarias, a los talleres de sus progenitores a ejercer el oficio de éstos, habiendo enriquecido su inteligencia con el conocimiento de los principios indispensables a todo ciudadano: por consiguiente, el asunto que más interesa al Estado, a los encargados de la administración pública y a la sociedad en general, es sin duda, la instrucción primaria, por la que nunca se habrá hecho lo bastante".

Esto se decía en 1871. ¿Ahora, en 1940, no estamos en trance de repetir lo mismo? El problema subsiste.

Omiste, desprendiéndose de los prejuicios de clase y casta, imperantes en su tiempo y su ambiente, vio claro en lo que respecta a la orientación del problema educacional boliviano. Por ello, pudo implantar el mejor sistema de educación municipal en Potosí.

ACTUACIONES PUBLICAS Y PRIVADAS

Como acabamos de expresar, donde descuella la personalidad de Omiste, es como la de apóstol de la educación popular en Potosí.

En 1880 fue enviado como Ministro Plenipotenciario a la Argentina. Al respecto, escribe José Vásquez Machicado: "Al ser llamado a ocupar la cartera de Hacienda del Gobierno del General Campero don Antonio Quijarro, que desempeñaba las funciones de Ministro Plenipotenciario de Bolivia en la Argentina, se buscó un personaje de prestigio y de talento, para que ocupara este cargo que quedaba vacante y era de suma importancia en aquel momento". "Nadie más a propósito para ello que el Dr. Modesto Omiste. Fue así como este eminente hombre público, puso en este nuevo cargo de confianza todo el contingente de sus luces y de su patriotismo". "Misión delicada era ésta en verdad, pues ya había pasado el desastre de la batalla de Tacna y la guerra seguía con mayor violencia entre el Perú; Chile, amenazaba una nueva invasión hasta los centros vitales de Bolivia. La Cancillería de La Paz quería que el nuevo Ministro obtuviera del gobierno argentino una mediación conjunta con el Brasil a fin de procurar suavizar los horrores de la guerra".

Pero, por el cauteloso egoísmo de la Argentina, Omiste no tuvo éxito en sus gestiones, como observa Vásquez Machicado: "Lástima que tantos esfuerzos desplegados por la Legación Omiste y su talentoso Secretario, respaldados por la noble simpatía del pueblo argentino, hubieran sido malogrados por la fría indiferencia de las esferas oficiales, que parece quisieron consagrar

como credo internacional, la frase histórica del General Mitre: "La cuestión del Pacífico no es nuestra".

En 1883, como Presidente de la Comisión Nacional Boliviana y Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia, viajó a Venezuela, para concurrir al Centenario del Libertador.

Con referencia a ello y a los años posteriores de Omiste, nos dice Macedonio Araujo, en sus "Apuntes Biográficos del Sr. Modesto Omiste": "El doctor Modesto Omiste, en su carácter de Ministro Plenipotenciario de Bolivia ante el Gobierno de Venezuela, en 1883, en el congreso reunido en Caracas con motivo del Centenario del Libertador Simón Bolívar, presidió aquel Congreso formado de representantes de las naciones del Continente Americano y aun de algunas europeas, y arrancó de ese Congreso, el anatema de maldición contra Chile por el asalto de Antofagasta".

A su retorno de Venezuela y después de su viaje por México y Estados Unidos, de donde trajo una imprenta bien montada, inició en Potosí, como Presidente del Municipio, la reforma de la enseñanza municipal a la que ya nos hemos referido.

Cuando dejó la Presidencia el General Campero, de quien fue Omiste ferviente partidario y al advenimiento del Gobierno Pacheco, Omiste dejó de actuar en el alto rango de la diplomacia, pero, en cambio, continuó laborando por el progreso de su terruño, como nos dice Araujo, en juicio sintético: "El advenimiento al poder en 1884 del Gobierno Pacheco, retiró a la vida privada a Omiste, y desde el hogar continuó laborando por el progreso de Bolivia en la prensa, en

el Parlamento, en el Municipio, hasta 1898, en que fue víctima de la inexorable ley del destino humano".

"Omiste relató la Historia de Bolivia hasta la administración del Gobierno de Mariano Baptista y tuvo la energía de fustigar al poder oficial en cuerpo presente, obra que le originó la calumnia y la difamación en todos los órganos de prensa pagados por el Gobierno de entonces. Omiste, sin ultrajar a nadie, confirmó sus asertos, apoyado en la opinión de la prensa independiente y de los personajes culminantes de Bolivia, dando una lección severa en el campo de la justicia y de la verdad al Gobierno y sus partidarios que trataron de falsear sus escritos".

"En Potosí, Modesto Omiste, contribuyó a la organización del verdadero Municipio; fundó la prensa seria y estable de la que fue ejemplo "EL TIEMPO": implantó la enseñanza moderna; puso base sólida a la Historia y recogió las "Tradiciones Potosinas"; trabajó todos los días de su vida por Potosí".

GRANDEZA EN UN MEDIO PEQUEÑO

¿Cuál es, en fin, el juicio sintético que cabe expresar de Omiste? Juan Guixé sintetizó así la vida de Joaquín Costa: "Representa en España la tragedia de una voluntad frente a un país abúlico". Quien esto escribe, se ha aventurado a afirmar de Omiste: fue un grande hombre de acción en un medio pequeño. Ello, con referencia a su situación espiritual frente a su pueblo. Todo hombre que avizora el porvenir, de temperamen-

to creacionista, tiene que ponerse en contra de su ambiente y de su época, siempre retardatarios.

Esa ha sido la situación espiritual de cuantos hombres en Indoamérica han luchado por la civilización en contra de la barbarie, en la terminología de Sarmiento. Esa ha sido la situación espiritual de todos aquellos que, en diversos medios y en determinadas circunstancias históricas, han laborado por la cultura de América: unos, como Bello y Sarmiento, tuvieron la suerte de actuar en un gran escenario, desarrollar toda su personalidad y destacar su efigie a tal altura que ella puede ser contemplada por todo el continente. En cambio, otros, de no menos ímpetu evangélico actuaron en un ambiente oscuro, no alcanzaron a desarrollar completamente su personalidad sofocados por el medio y la época, como Omiste, pero el juicio histórico, a través de la perspectiva del tiempo, debe redimirlos de "la oscuridad de su escenario", para elevarlos a la categoría de vidas ejemplares y almas apostolares que merecen.

Es comprendiendo ello que el pueblo de Potosí, cuando el Centenario del nacimiento de Modesto Omiste, le ha rendido los honores de una apoteosis y con Linares y Frías, es una de sus figuras epónimas.

Porque son estos hombres, los creadores de patria, los que son acreedores al amor y la veneración de su pueblo; como un gran amigo de Omiste, Cecilio Acosta, dijo con su palabra de oro: "La sangre no deja sino sangre, las tinieblas sino olvido y en la posteridad sólo para la virtud hay honra y para el talento laurel".

Esa fue la doctrina de Omiste, su vida, su pasión y su muerte, apóstol de la educación del pueblo.

APUNTES SOBRE EL ARTE DE LA BIOGRAFIA

AUGE DE LA BIOGRAFIA

A juicio de Silvestre Otazu, quien escribió, no hace tiempo, una semblanza del fabulista Samaniego, con el título de "Samaniego, el hombre que oyó hablar a los animales", "el fervor cada vez más creciente de que gozan las vidas noveladas, revela dos cosas: la curiosidad del hombre por saber algo de sus semejantes y la pereza mental contemporánea". "El hombre de hoy —observa—, en efecto, quiere conocer los detalles humanos de aquellos que lograron alguna celebridad; pero teme los libros de recia y estricta documentación y prefiere que la interpretación del hecho biográfico se la den ya servida en un breve volumen. Y permite y quiere que, en presencia de una laguna, de un período oscuro de la vida del biografiado, el autor supla con su imaginación la falta de los documentos".

Y concluye: "En el auge de este libro ha de verse, por otra parte, la satisfacción de una necesidad cada vez mayor. Es enorme la cantidad de nombres que aún están esperando su biógrafo. Mientras haya escritores universales, grandes políticos, insignes militares, que carezcan de una biografía minuciosa y cierta, habrá trabajo para

los Maurois, los Ludwig, los Zweig, los Lytton Strachey".

Este juicio me parece aproximado a la verdad. Por ello he empezado por reproducirlo. También cabría aducir otras razones igualmente válidas. Entre ellas, la de que en esta época de tan catastrófica crisis de la civilización occidental y de la **relativización** de todos los valores morales y en donde la cultura, al decir de Max Scheler, "está corriendo su más serio peligro", tenemos apremio, los hombres desengañados de hoy en día, de reportarnos, de reconfortalecernos, de adelantarnos en el quebranto de ánimo que nos abruma en el escepticismo que nos corre y hasta en el schopenhaueriano pesimismo que nos anula, en la energía que nos dan los grandes hombres del pasado.

No es a otro propósito sino a éste, el de nuestra "reedificación" espiritual, que ese gran torturado, que por eso mismo tiene alma de apóstol y unción de evangelista, Romain Rolland, que escribió antes del actual auge de las "biografías noveladas", y sus "Vidas Ejemplares", las vidas heroicas **(Geisteshelden)** de Miguel Angel, Beethoven y Tolstoy.

Se me ocurre aún otro atisbo, un poco aventurado: ¿es que este género de la "biografía" de los grandes hombres de los tiempos áureos del pasado, remotos ya e irrevocables y, por ello, saudosamente añorados, es un género, para decirlo con la terminología de Splengler, que florece como tardía flor de otoño, cuando una cultura va debilitándose en los crepusculares matices del **alejandrinismo**, en un ambiente cargado de tradición, de historia y de leyenda, pero ya sin fuerza creadora?

Así estaríamos autorizados a pensar, si al conjeturar las causas de este fenómeno literario, lo confrontamos con lo que ocurrió con la literatura grecolatina, en la evolución o, mejor, transformación de los géneros. Transformación determinada, o que ha caminado al par, en recíproca relación, con los acontecimientos político-sociales y, en suma, históricos, de una civilización de contornos tan acusados, como fue la que floreció en Grecia y Roma. Ahí vemos que en sus siglos áureos se nos revela con toda su potencia creadora con los grandiosos poemas de Homero, la lírica de Píndaro y la tragedia de ciclópeo patetismo y sólo posteriormente, cuando la armoniosa cultura helénica va llegando a su ocaso —la etapa del alejandrinismo— surgió el género de la biografía. Ya no hay en esta época ni grandes poetas, ni iluminados filósofos, ni titánicos forjadores de la tragedia de gran estilo. Al revés, antes que hombres ricos de fe, como Hesiodo, escépticos e incrédulos, como Luciano de Samosata, o simples narradores de lo que fue, no creadores de algo nuevo —aquello está ya agotado—, sino reproductores de todo lo dado por la historia, de los que en tiempos de decadencia, se consuelan, y consuelan a sus contemporáneos, evocando las grandezas de los siglos pasados. Entonces aparece el autor de "Vidas Paralelas".

En la miseria de los días que le ha tocado vivir, para cobrar ánimo y dar alentadores ejemplos a los descreídos alejandrinos, Plutarco vuelve los ojos al pretérito; en los aciagos días en que los hombres van convirtiéndose en pigmeos, bueno es recordar que las antepasados fueron gigantes. El propósito del autor de "Vidas Paralelas", antes que estético, es moralista, moralista y pedagogo. Para él la Historia no es la interpre-

tación de los hechos sociales o la investigación desinteresada de la verdad, sino el tesoro de experiencias acumuladas en donde los pueblos y los hombres han de encontrar normas de conducta y ejemplos dignos de imitación.

¿No estará ocurriendo algo semejante, no será un síntoma de que la civilización occidental está bordeando su etapa de "alejandrinismo" —a estar con la teoría spengleriana del paralelismo de las culturas— el auge actual de la "biografía novelada"?

Nada hay más aventurado, hasta ridículo y antipático, sobre todo, que eso de meterse a vaticinar desventuras, a jeremíaco profeta de desgracias. Por eso, a esta mi dubitativa conjetura, no es sino con mucho temor, que me atrevo. Lo cierto es, empero —pero esto no rige con nosotros, con Indoamérica, el "continente del tercer día de la creación", según Keyserling, o, mejor, el "ingenuo continente", es decir, el continente que se encuentra aún en el estado de "púdica doncella", continente aun intacto, aunque rico de gérmenes vitales, donde —en lo literario— sólo la poesía lírica ha alcanzado su primaveral florecimiento con Rubén Darío y la pléyade modernista, y está surgiendo con tan promisiorio ímpetu telúrico la novela en creaciones ya de propio jugo vernáculo, como "La Vorágine", "Don Segundo Sombra", o "Doña Bárbara"—, lo cierto es, repito, con miramiento a la literatura europea, que parece que han pasado ya los tiempos de los Goethe y Schiller, de los Byron y los Shelley, de los Hugo y Balzac. En vez del epopéyico canto de "La Leyenda de los Siglos", o del hérculo creador de "La Comedia Humana", hoy Europa nos exporta las amenas e instructivas, pero nada más, narraciones de Maurois, Ludwing y Strachey,

"profesionales de la biografía novelada", más atentos al éxito editorial, que a plutarquizar nuestros espíritus.

Este fenómeno ha ocurrido aun en otro continente —lo es aparte por su extensión y raza— continente que ha pasado, **pseudomorfóticamente**, violentamente, del primitivismo patriarcal y religioso en el que no hace mucho se encontraba, al mecanismo de la civilización racionalista e irreligiosa, con Rusia.

En la tierra de Rurik, después de haber alcanzado la cumbre de la generalidad en el siglo pasado, con Puchkin, Lermontoff, Gogol, Tolstoy y Dostoyewsky, a la inversa de lo que se esperaba, de la Revolución Comunista no ha surgido ni un gran poeta, ni un gran novelista, o creador de un poema épico, o de una tragedia. Poetas como Mayakovsky y Essenin, o novelistas como Fédine o Vsélvolod Ivanov, son de segunda categoría, no pueden ser equiparables con los representantes del genio ruro, como fueron los padres de "Almas Muertas", "Ana Karenine" y "Los Hermanos Karamazoff".

Sea de lo anterior lo que fuere, o sea verdad lo que Ortega y Gasset sostiene en "Ideas acerca de la novela" —verdad para Europa, no lo olvidemos— que ya los temas están agotados y hoy, por más inteligente que el hombre sea, le es poco menos que imposible, descubrir una limpia Castalia. Todas ellas están ya resecadas. Ya no es fácil encontrarse con unos "Los Miserables", como Hugo, o unos "Los Hermanos Karamazoff", como Dostoyewsky, y hasta ni siquiera con una "Bestia Humana", como Zola, para crear la novela nueva capaz de sacudir como una corriente galvánica, nuestra embotada sensibilidad. Por eso es que los mismos novelistas de hoy, aban-

donando el género, se han dedicado a la biografía novelada.

O es que —y esto parece lo más sensato de pensar— que los tiempos han cambiado y con ello, el gusto literario. Si antes se saboreaba con deleite una romántica fábula novelesca, o la hábil pintura de un carácter original, o la sugestiva psicología de un tipo de excepción, como los personajes de Stendhal, hoy, en nuestros días, de un positivismo más imperativo aunque en los tiempos anteriores a la primera guerra mundial, el **tainiano** determinismo del "momento histórico" nos somete, aun en los momentos en que libres del terrible **struck for live,** buscamos grato esparcimiento en las fruiciones del arte literario, al leer, antes que entretenidas fantasías, obras que nos ilustran y nos dan normas de conducta con hechos positivos, históricos y pragmáticos. Perseguimos un objetivo utilitario y no el desinteresado placer estético. De ahí el auge actual del género biográfico.

Por obra y gracia de sus cultores hemos descubierto que, en verdad, no sabíamos historia, no conocíamos en la intimidad a los grandes hombres, grandes, así en la bondad, como Francisco de Asís, o en la vileza, como Fouché, pero en un sentido, u otro, "hacedores de historia". Y por medio de la historia individual de los hombres, que a más de su peculiaridad característica, indefectiblemente son la expresión representativa de su tiempo, llegamos a conocer la vida, costumbres, psicología, etc., de pueblos y naciones; nos enteramos de los trascendentales acontecimientos y, entonces, nuestra concepción del mundo se amplía, salimos de nuestro egocentrismo y estrecho "aldeanismo", para enriquecer y agran-

dar nuestra perspectiva vital con un criterio ya más diáfanamente universalista.

Y, aún más; al intimar con la vida de estos hombres, que por más extraordinarios y geniales que hubiesen sido, no por ello han estado hechos de otra pasta que nosotros; han sido hombres de carne y hueso, y como todos los hombres, han tenido sus debilidades, sus desaciertos, sus caídas, son, en síntesis, así en lo grande como en lo pequeño, en el dolor y la muerte, nuestros hermanos y, al sentir ello, emocionados y edificados, se nos profundiza el sentimiento de humanidad. La biografía **íntima** de una personalidad representativa, nos humaniza. He aquí la gran virtud de las biografías.

Sobre todo las de los que, como el autor de **Grosse Manner**, Guillermo Ostwald, el gran químico alemán, ven la grande hombría, o la hombría de bien, no en los fabricantes de carnicerías humanas, como los Federicos y los Bismarcks, que en su patria endiosan, sino en los humildes hombres de ciencia, como Devy, Helmholtz, Mayer, Faraday, Pasteur o Madame Curie, que con sus pacientes investigaciones, sus descubrimientos e inventos, hacen más cómoda la existencia, combaten los males, laboran por el bienestar general.

El beneficio social de estos libros, en los que se le agracia al lector con el regalo de una **Vida Ejemplar**, como cuando Romain Rolland nos cuenta la vida de Tolstoy, o de Ghandy o Johannes Joharguersen, la de San Francisco, Herald Hoffding, la de Soren Kierkegaard, es justo ponderar.

Por ello es de complacernos que este género antes de ahora tan descuidado, está comenzando a cultivarse entre nosotros. Su oportunidad no

puede ser más propicia en los momentos de incertidumbre y desconcierto nacionales en que vivimos. Quien escribe, saca a luz, evidencia, y justicieramente pondera la vida de un varón epónimo, entre nosotros, como ha hecho Moisés Alcázar con la vida, acción y pasión de don Abel Iturralde, merece desde luego todo aplauso.

Aún más, cabe puntualizar, o destacar mejor dicho que el autor ha obrado con los más felices aciertos en los aspectos que es preciso señalar: primero, en haber elegido para presentarse ya como autor serio con un libro del género literario que está de acuerdo con su tiempo, y, segundo, porque la biografía ha sido la menos explorada en Bolivia y es de mucha más eficacia social que los demás géneros literarios —la poesía, la novela o el teatro—. La biografía está llamada entre nosotros a vehículo de proficuas enseñanzas, éticamente ejemplarizadora, y, por fin, obra no sólo de arte, sino, lo que es más de justicia, como ya vimos en "Figuras del Pasado - Gregorio Pacheco", de don Jaime Mendoza, "La vida y la obra de Aniceto Arce", de Ignacio Prudencio Bustillo y la que acaba de realizar Moisés Alcázar con su biografía de "Abel Iturralde, el Centinela del Petróleo".

Constituye, también, otro acierto el haber escogido para su estudio biográfico la figura prócer el temple toledano del carácter, la honradez sin mácula, el espíritu rectilíneo de un hidalgo de la democracia, de un patricio de la nacionalidad: de Abel Iturralde, el "abnegado defensor de las instituciones patrias", como gráficamente le caracteriza su biógrafo.

Por ello mismo, también, porque se trata de un valioso aporte a las letras nacionales, es un imperativo para quienes, como el que esto escri-

be, que por bien del progreso cultural de la patria, hemos contraído la obligación con nuestros lectores de emitir nuestra opinión, por relativa que ella sea, de ejercer el oficio de **Fiscal de las Buenas Letras,** que diría don Juan Montalvo, no nos limitamos ahora a aplaudir al autor, así, en globo, sino que, para justificar nuestro encomio, es de rigor aportemos los elementos de prueba de nuestros juicios, a base del análisis lógico y la discriminación crítica de la obra. De otra manera nuestra opinión quedaría invalidada, puesto que no estaría respaldada por una evidencia objetiva de la realización del libro, si no consideráramos el criterio del biografista, la forma de su **escritura,** o sea cómo se comporta con el manejo del arte de la prosa, y ya que de una biografía se trata —y no de una poesía o un libre ensayo— cuál ha sido su método.

Mas, antes de ingresar en esta exégesis, en un segundo comentario, vamos a decir algo sobre este sugestivo tema: el arte de la biografía, su tradición nobiliaria moderna, desde los tiempos de Renán, Flaubert, Lichtenberger y Daniel Halevy —los insignes biógrafos de Nietzsche—, su actual auge, la metodología del género.

Ya que la biografía comienza a fructificar entre nosotros, y tiene tanto porvenir, se hace necesario dotarle de auspiciosas condiciones, aportarle nuestras ideas y puntos de vista, propósito al que espero responda este ensayo.

LA BIOGRAFIA NOVELADA

Como todos los géneros literarios, la hoy llamada por antonomasia "biografía novelada", no es género absolutamente nuevo. Cuenta ilustres precursores.

Sin remontarnos a las épocas clásicas, refiriéndonos sólo al siglo pasado, a su segunda mitad, la del Realismo en la novela, del auge del cientificismo, la sociología y la Filosofía Positiva, que se inician en Francia —el Realismo en la novela con Flaubert y la Sociología con Comte—, ¿no cabe pensar que la célebre obra de Renán, la "Vie de Jesús", que fue tan contradictoriamente juzgada y levantó tanta algazara en su tiempo (se la publicó en 1863), con todos sus alardes de cientificismo, vista con el criterio actual, más que una obra de rigurosa categoría histórica, es una atrayente y animada biografía novelada del Rabbi de Galilea? Los críticos de entonces, Teófilo Gautier, Brunetiére, no sabían en qué casilla meterla, si clasificarla entre las de historia, científica, o, simplemente, en la de la literatura con más de leyenda que de historia comprobada.

Ahora podemos clasificarla bien: es una bella, sobre todo por la magia del estilo renaniano, biografía novelada de Jesús.

Lo mismo cabe decir de su otra obra, "San Pablo" (1869), y aún más por el hecho de ser ésta de más sólida documentación que el "Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo", considerada (1881) su obra maestra.

Análogamente, por la vigorosa plasticidad, la riqueza descriptiva, "Herodías y la leyenda de San Julián el Hospitalario", de Flaubert. El autor los dio como cuentos (**Trois contes,** 1877). Pero, por el consorcio de lo histórico y lo legendario, son unas pictóricas biografías noveladas de aquellos personajes arrancados de una lejanía mítica, de una "leyenda dorada"; mas tratados con la técnica de la novela realista.

No olvidemos tampoco de los Gouncourt. Sería una injusticia. Los creadores de "la prosa artística", del estilo "impresionista", ¿no nos han regalado una exquisita, colorida y dieciochesca biografía novelada en sus encantadoras vidas de **Madame Pompadour, La Du Barry** y en su **Historia de María Antonieta?**

Tampoco olvidaremos a Barbey D'Aurevilly, el sabroso biógrafo de **Jorge Brummel y el Dandysmo.** Como un comentarista afirma: "el alma fría del gentleman irónico, galante e indiferente a un mismo tiempo, árbitro de la elegancia y de la **causserie** de la Corte del Rey de Inglaterra, inútil y vacío para otra manifestación del espíritu que no sea su propio "yo" frívolo, vive con todos sus aspectos en la obra de su biógrafo, en el ambiente del cual era refinada expresión la aristocracia inglesa de la época de Jorge IV.

Y, para mi gusto, también las amenas e instructivas reconstrucciones históricas de Gastón

Boissier, como en "Cicerón y sus amigos" (1875). Certeramente de él Gustavo Lanson nos dice: "Historiador, no de hechos, sino de almas, de las ideas y de las creencias, las cuales las investiga de preferencia en los monumentos escritos, en la epigrafía y en la literatura. En su obra imparcial y objetiva se inclina a describir el fino sentimiento de la originalidad de los hombres, de las naciones y de las épocas y posee la segura intuición de los movimientos íntimos que transforman incesantemente las realidades en apariencia las más fijas. De la lectura de los textos y de la seca erudición, él sabe extraer la vida de Cicerón, de Horacio o de Virgilio, vida de la sociedad romana, así en sus diversos estados, como en las diversas etapas; con su estilo traslúcido abarca con igual amplitud las formas sensibles y las invisibles fuerzas, el ser individual y el alma colectiva".

Thomas Carlyle, el vehemente filósofo y desconcertante humorista de "Sartos Resartus" y que tan sugestivamente nos contó la "Vida y Opiniones del señor Teufelsdrockh", ¿no nos ha dado una apasionante, cálida vida del dictador paraguayo, el enigmático doctor Francia? Con muy pocas fuentes de consulta, casi sin documentación, sin conocer el Paraguay, Carlyle nos presenta en su "Vida del Doctor Francia", una personalidad de tan palpitante realidad, que al leer sus páginas vemos al dictador paraguayo tan de bulto, que nos vienen ímpetus, de —con la célebre expresión de Thaine— dirigirle la palabra en voz alta. De increparle, intervenir en su acción; discutir y pelear con el déspota estrafalario y, sin embargo, admirable en su extraordinario temperamento. Francia, el dictador paraguayo, encontró su cumplido biógrafo en el también ex-

céntrico filósofo inglés. Aquí sí que viene con lapidaria exactitud la conocida sentencia: tal biógrafo para tal hombre.

Refiriéndose a sus conceptos de biografista, escribe Carlyle: "Jamás será comprendido ningún carácter si no es mirado con un sentimiento, no sólo de tolerancia, sino de simpatía". "Para juzgar sanamente de alguien —agrega— debemos aprender a mirarlo con sus ojos tanto como con los nuestros; debemos aprender a ser piadoso con él, a ver en él a nuestro semejante. En una palabra a amarlo, sin lo cual la verdadera naturaleza espiritual, nos será siempre desconocida". ¿No es este criterio de Carlyle uno de los más apropiados para realizar una buena biografía? En la misma historia general, es más propicio que el otro, el del "tribunal de la historia", —o de la Santa Inquisición— donde algunos de nuestros historiadores han vuelto a ajusticiar hasta a los héroes epónimos de la patria, como en el caso de Pedro Domingo Murillo. Ha de ser oportuno, por ello, traer siempre a cuento este criterio del austero filósofo inglés, austero aun con todo su humorismo británico. Y es que su mismo humorismo, con todo ser tan seria su apariencia, es en el fondo frívolo, pero también filosófico y trascendental, como se ve de la "filosofía de los trajes"; "Vida y Opiniones del señor Teufelsdrockh" ....

A imitación de Flaubert —su maestro—, pero con extraordinario poder pictórico, Eza de Queiroz, el máximo novelista portugués, gloria de las letras ibéricas —con Antero de Quental en poesía y Oliveira Martins en Historia— se le ocurrió escribir la vida maravillosa de un santo de su patria, vida que, por otra parte, se prestaba a la reconstrucción de esa época "enorme y deli-

cada", la Edad Media, presentando las más ricas y luminosas visiones del paisaje lusitano. Eligió entre leyendas la de San Cristóbal, vida legendaria de un santo, narrada con la pulcritud de la técnica realista. En esta encantadora vida de San Cristóbal —más que en su "San Onofre" y en su inconcluso "San Frei Gil"— ha cumplido Eza de Queiroz, a la perfección, su sabia y hoy consagrada fórmula estética: "Poner sobre la fuerte desnudez de la verdad el manto diáfano de la fantasía".

El autor de "La Reliquia" y de "El Mandarín", y el creador de ese dandy tan fascinante que es su "Fadrique Méndez", insufla tal vida, de suerte tal humaniza al buen Cristóbal, que al dar cima a la lectura de la legendaria biografía, tenemos la impresión de haberle conocido personalmente, haber departido de nuestros juegos en el jardín del ensueño, allá, en nuestra risueña infancia...

En nadie he encontrado una evocación —es la palabra— más estupenda de la Edad Media, de su ambiente estremecido por la superstición, el ardor místico y, al mismo tiempo, de paganismo diabólico, de sabáticas misas negras y de terror milenario, que en esta vida de "San Cristóbal".

Un amigo de Eza de Queiroz, Jaime Batala Reis, nos cuenta del autor de "La Reliquia", confidencia que es una confesión de su nueva fe estética en la evolución de su pensamiento, o sea en el tránsito del crudo realismo de "El Primo Basilio" y "El Crimen del Padre Amaro", a la nueva modalidad adoptada, la de una biografía artística, diríamos.

"—Yo lamentaba siempre mucho— nos cuenta Batala Reis — que Eza de Queiroz hubiese

abandonado el mundo de las creaciones fantásticas, donde su imaginación tan maravillosamente viviera . . .

"Un día, en el verano de 1891 —agrega— fue Eza de Queiroz a mi casa; por aquel tiempo vivía en Vauerressan, en un claro de la floresta de Saint-Germain, no lejos de París. Y paseando bajo los árboles que rodean los lagos románticos de San Cucufate, me habló, así:

"—Sabrás, por ventura, con satisfacción, que estoy siguiendo tu antiguo consejo: me metí otra vez totalmente en lo fantástico de la "Gaceta de Portugal", hecho ahora con menos buitres y en una **prosa** tal vez menos **bárbara** que entonces. Estoy escribiendo la vida diabólica de "San Frei Gil", y como prueba de que es verdad, te diré ahora, aquí, cuando justamente nos hallamos bajo arbolado, que nuestra riquísima lengua portuguesa me parece deficiente en colores con que se pintan selvas; y te confiaré, así mismo, que habiendo metido por mis propias manos al santo hombre en la floresta, no sé cómo lo he de sacar de allí".

El "San Cristóbal" de Eza de Queiroz no es una obra histórica, tampoco es una novela. ¿Qué es, entonces? Una biografía novelada. La vida de un personaje de leyenda presentada con la precisión de la técnica realista.

La biografía novelada cuenta, pues, con ilustres precursores. Cada uno de ellos, dado su temperamento, le ha impreso un carácter distinto; en unos, como en Renán, predomina el historicismo positivista; en otros, como en Carlyle, el dinamismo vitalizador, o la **fantasía realista**, como en Eza de Queiroz. Pero todos ellos coinciden en aquello de suplir con la imaginación creadora y la perspicuidad psicológica las lagunas

que por carencia de documentos se encuentran hasta en vidas de personajes de registrada actuación pública, como Napoleón o de Disraeli — y, también, se precisa de ambos recursos para esclarecer los penumbrosos complejos de un espíritu de tanta vida interior como ha hecho Emile Deutreu con Pascal.

En la próxima apuntación he de referirme a Guillermo Ostwald y su Metódica.

LA METODICA DE GUILLERMO OSTWALD

Hacia 1910, el notable químico, y no menos insigne filósofo, en su libro "Energía", Guillermo Ostwald, insertó estudio de biografías comparadas de hombres de ciencia, con el título de "Grosse Manner" (Grandes Hombres). Este trabajo fue traducido al francés en 1912 por Marcel Defour: **Les Grands Hommes.** La atenta lectura de tal obra —poco conocida entre nosotros y por ello bueno será difundirla— es harto aleccionadora.

Para Ostwald no han sido "grandes hombres" ni los Federicos o Bismarks que endiosan en su patria, en Alemania, análogamente en otras partes, como se hace con Napoleón, fabricantes de carnicerías humanas en gran escala, sino estos humildes, muchas veces anónimos hombres de ciencia como Devy, Faraday, Liebeg y Helmholtz. Yo, también, participo ese criterio, y creo oportuno predicarlo reiteradamente, y acá en Bolivia, donde hay aún muchos que profesan el llamado por Agustín García y el sociólogo Carlos Octavio Bunge "culto del coraje" o, más concre

tamente, entre nosotros del melgarejismo, "antes y después de Melgarejo". Para mi sentir, es menos grande el mismo Julio César cuando atraviesa el Rubicón para ir a aplastar con sus legiones la República Romana y proclamarse "Imperatur", o Bonaparte cuando cruza el puente de Areola para someter a Austria a su desapoderada "voluntad de dominio", que el modesto químico, ni siquiera médico, que nos hizo el bien de descubrir los virus, Pasteur, o los esposos Curie el radio, o Ramón y Cajal cuando crea la Histiología Celular, o el ermitaño de Sérignan J. Henri Fabre, que se pasa cincuenta años de su vida estudiando la de los insectos. La acción de los primeros corresponde a la historia de los pueblos, pero a costa de qué sacrificios de vidas humanas; y hay ya, tan siquiera, Virgilio o Víctor Hugo que les cante. En cambio, la obra de estos otros es más durable: es obra de bien para la humanidad doliente.

En Bolivia hemos glorificado en forma desmesurada a los caudillos políticos, a los militares audaces, y hasta a los oradores **huairalevas** y **picos-de-oro**, olvidando de otros varones que han realizado obra más útil, positiva y benéfica en bien del progreso nacional, de los creadores de la industria minera, como José Avelino Aramayo, o de la industria de la goma, como Antonio Vaca Diez, el Cecil Rohdes boliviano; o de los esforzados exploradores de las selvas orientales, incorporadores a la nacionalidad de las tierras ignotas, como José Agustín Palacios o el Padre Armentia, o de los sembradores de ciencia que sin ningún recurso, instrumental imprescindible, o instituciones que el cultivo de la ciencia requiere, sin apoyo oficial, y aun en lucha con el ambiente pacato y misoneísta, como Agustín Aspiazu, o,

en análogas circunstancias ambientales, fueron puros hombres de letras, como Gabriel René Moreno, el creador de la crítica, la historia y la sociología bolivianas, el "más científico de los biógrafos" a juicio de Max Grillo.

Arturo Schopenhauer gusta de emplear cuando de hombres de este temple se trata, el gráfico término de **Geisteshelden** (1). ¿Este término tan significativo, no estaríamos autorizados a emplearlo aplicándolo a esta talla de varones de ciencia o de letras como Aspiazu o Moreno: **héroes intelectuales?** Creo que en las biografías que se escriban en nuestro país de esta clase de abnegados hombres de estudio, cabe usarlo, como ya está naturalizada, en un sentido más amplio, la expresión inglesa de Emerson, **"Representative Man".**

Estos **Geisteshelden**s bolivianos como Aspiazu, Moreno y algunos más, así el casi desconocido Pedro Carlos Felipe Beltrán (2), don Manuel

---

(1) Véase "Pararga et Paralipomena'.— **Escrivains et style**, par Arthur Schopenhauer. — Alcán, Editeur. — París. 1905. — Pág. 22.

(2) El P. Carlos Felipe Beltrán, cura párroco de Llica y Quillcas, fue un notable kheswólogo, y con el título de "Civilización del Indio', publicó a su costa — llegó a tener imprenta propia con especiales tipos para el alfabeto kheswa — numerosos folletos para la enseñanza de Catecismo. Pero, además, — y esto interesa básicamente a los investigadores de la Literatura Nacional—, tuvo el acierto de recoger el cancionero popular, parte en kheswa y coplas mestizas kheswo castellanas —una inapreciable riqueza folklórica— en sus últimos folletos. La obra de este sacerdote, verdadero apóstol de la educación del indio, es extraordinariamente interesante. Debe considerársele como el más conspicuo precursor del movimiento indianista de hoy. Curioso de constatar:

Vicente Ballivián y, en nuestros días, Jaime Mendoza, y los **pioneros** como Palacios y Vaca Díez a los héroes de la acción constructiva como Aramayo, están esperando aún al biógrafo digno de ellos.

Como es obvio decirlo —ello salta a la vista— el género de la biografía está aún en mantillas entre nosotros. Pero más que ningún otro, más que la novela, la crítica, la historia misma, es el género que con más urgencia reclama el ser cultivado. Y dada la abundancia de la "materia prima", diríamos, los hombres ejemplares a quienes la justicia de la posteridad les debe el homenaje de la valorización es, indudablemente, el género de más porvenir.

Volvamos a Ostwald. Por su calidad de hombre disciplinado en una ciencia de experimentación y análisis como es la química, a lo que hay que añadir su calidad de psicólogo, como se revela en **"Grosse Manner"**, su criterio metodológico es una garantía de honestidad intelectual: ajeno a toda antojadiza interpretación fantástica, al biografiar a los hombres de ciencia, se atiene a los datos de la psicología positiva.

Aunque su sistema no sea de una infalible certeza objetiva, es uno de los varios procedimientos que es preciso tener en cuenta en este género no sujeto a inexorable preceptiva. Todo biografista tiene su método propio; pero, en suma —como en el caso típico de Taine—, el éxi-

---

en Bolivia se le ignora; pero en Francia, y nada menos que el gran etnólogo Paul Rivet, ha anunciado una biografía suya, con el título de "Vida de un Santo y de un Apóstol". En otra oportunidad he de ocuparme de sacar a luz esta notable figura.

to no depende tanto del método como del talento del escritor. Eso es claro.

Sin embargo, el sistema de Ostwald, aplicado al análisis psicológico de hombres de pensamiento —científicos, literatos— es de indudable eficacia y, también, en tratándose de hombres de acción.

Ostwald parte del concepto psicológico diferencial, básico para él: hay dos clases de hombres, o de tipos, de mentalidad opuesta entre hombres de ciencia: los de "reacción lenta" (en el proceso ideativo) y los de "reacción rápida". A los primeros les designa **tipo clásico** y **tipo romántico** a los segundos. "Mientras el primero —dice— se caracteriza por la perfección de cada uno de sus trabajos en todos sus aspectos y al mismo tiempo por su carácter retraído y una escasa influencia personal sobre los que le rodean, el romántico llama la atención por las cualidades contrarias. No tanto la perfección de cada obra como la multiplicidad y la originalidad sorprendente de trabajos numerosos y sucesivos es lo que le es propio. Suele ejercer influencia intensa y directa sobre sus contemporáneos".

"Y he de hacer notar —añade— que la mental velocidad de reacción es el indicio por el que sabremos si el investigador pertenece a un tipo o pertenece a otro". "Los investigadores dotados de una gran velocidad de reacción son románticos y son clásicos los dotados de una velocidad de reacción escasa". "El clásico produce lentamente y suelen ser relativamente tardíos los más maduros frutos de su espíritu". "Una característica nunca ausente en el tipo clásico es la necesidad absoluta de aparecer limpio de error ante la opinión pública".

C. G. Jung en su magistral estudio **"Tipos Psicológicos"** (en el Cap. IX. —El problema de los tipos en la biografía), observa: "Ostwald establece una comparación de sus dos tipos con los cuatro antiguos temperamentos y ello por lo que se refiere a la —para él fundamental— peculiaridad de la reacción rápida al sanguíneo y colérico. Considera los temperamentos sanguíneo y flemático como tipos medios normales, y los temperamentos colérico y melancólico como exage raciones enfermizas de los caracteres fundamentales". "Los cuatro temperamentos —afirma Young— son evidentemente diferenciaciones desde el punto de vista de la afectividad, es decir, de las reacciones afectivas aparentes". "Ahora bien —arguye—, desde el punto de vista psicológico esta clasificación es **superficial.** Juzga exclusivamente por la apariencia externa. Según esta última división, quien ertraordinariamente se mantiene tranquilo y sin llamar la atención, queda incluído en el temperamento flemático. Se le considera "flemático" y se le cuenta entre los flemáticos. Pero en realidad puede ocurrir que se trate de todo, menos de un flemático, que incluso se trate de una naturaleza sensible y apasionada en que **la emoción fluye hacia dentro**, expresándose la emoción íntima más fuerte por la mayor tranquilidad exterior. La concepción típica de **Jordán** tiene en cuenta este hecho. No juzga por la impresión superficial, sino por una más honda aprehensión de la naturaleza humana. En Ostwald el indicio fundamental distintivo se basa, como en la antigua división, por temperamentos, en impresión exterior. Su tipo "romántico" se caracteriza por el hecho de la **rápida reacción hacia fuera.** El tipo "clásico" reacciona acaso con tanta rapidez, pero **hacia adentro.** Pue-

de fácilmente verse en las biografías de Ostwald que el tipo "romántico" corresponde al **extravertido** y el tipo clásico al **introvertido".**

Esta metódica de Ostwald puede también aplicarse no sólo a los hombres de ciencia, sino también a los escritores. Así, como un ejemplo muy resaltante de estos dos tipos, podríamos traer a cuenta los casos notables, cuanto a su manera de escribir, de Flaubert y Jorge Sand. Sabido es que el autor de **Salambó** trabajaba tan lentamente, con tanta dificultad, con tal pre miosidad y cuidado de la forma, como dice Emile Faguet (3), por lo que se le ha llamado "el forzado del estilo", que apenas podía llenar una página, una simple página, en una semana. Era, indudablemente, según diría Ostwald, un "tipo clásico" de reacciones lentas. En cambio, Jorge Sand tenía tal facilidad, tal soltura y abundancia para escribir, que de un golpe, sin parar mientes en la perfección del estilo, repeticiones de términos, solecismos o pleonasmos, etc., llenaba cuartillas y cuartillas, sin fatigarse, hasta confeccionar una novela en una semana, mientras su amigo, el torturado benedictino de Criosset, apenas concluía insatisfecho aún una página. Jorge Sand era una "romántica" en toda la línea. Como tan gráficamente ya dijo de ella Nietzsche: "Jorge Sand, **lactea ubertas.** La vaca lechera del gran estilo".

Aún, si echamos mano de este sistema, para juzgar a los hombres de acción, encontramos personalidades muy típicas; pero, generalmente, en

---

(3) Véase "Les Grandes Escriváins Francais". — **Flaubert,** par Emilie Faguet. — París. — Librería Hachette, 1913. Cap. X, **Flaubert, écrivain.**

el terreno de la acción pragmática, donde debe obrar la actividad inmediata, predominan los "románticos". Así tendríamos los casos descollantes y, aún más, de Bolívar, "la cabeza de los milagros", que dijera Cecilio Acosta. Aquel temperamento tropical tenía reacciones tan súbitas, que desconcierta; recuérdese su salto en el Te quedama. No podía ser más "romántico". En cambio Wellington, el que a base de cálculo hundió el poder napoleónico en Waterloo, era un tipo lento, un buen inglés práctico, previsor, clásico.

Lo mismo en los políticos y parlamentarios. Entre nosotros, por ejemplo, don Daniel Salamanca, correspondería al tipo "clásico", y Mon tes y Saavedra al "romántico". De Montes denunciador —de su temperamento— es aquel su apóstrofe de "Miente, ese canalla" y de Saavedra sus actitudes, su dinamismo, sus órdenes imperativas.

¿Y don Abel Iturralde? Podría pensarse que era un introvertido por su educación religiosa, la seriedad y aún hosquedad de su trato en la vida social y en el ensimismamiento de su carácter, pero cuando actuaba en la vida pública, en campañas políticas y, sobre todo, en el Parlamento, en esas sus implacables "interpelaciones" y aún más en sus intempestivas reacciones satíricas y sarcásticas cuando alguien hería sus más íntimos sentimientos —su fe religiosa— como en aquella sesión parlamentaria cuando, con una frase, fulminó al evangelista del Evolucionismo, era de una mentalidad romántica. "El romántico —dice Ostwald— suele ejercer una influencia intensa y directa sobre sus contemporáneos". ¿No la ha ejercido Abel Iturralde en gran escala en la política y en la vida parlamentaria de Bolivia

por más de treinta años? Pocos de acción más intensa e influyente que él.

Ya se ve, pues, que este método biográfico del autor de "Grosse Manner", aunque peque de unilateral o de rigor científico, es, de todas maneras, un criterio de valoración de ninguna manera desdeñable.

Es muy justo, luego, lo que, al concluir, opina Jung: "En resumen —escribe— he de advertir que, en mi opinión, las biografías de Ostwald contienen un muy valioso material por lo que respecta a la psicología de los tipos y que evidencian, de modo impresionante, la coincidencia del tipo romántico con el extravertido y del tipo clásico con el introvertido".

Empero, a más de la metódica del filósofo germano que es un procedimiento que cabe utilizar, o, por lo menos, tener en cuenta como un punto de vista, la historiografía presenta muchos otros aspectos que quien desee afrontar este género con la competencia que él exige, debe vencerlos con bizarra gallardía, pues, como ha dicho un maestro del género, Lytton Strachey, "es quizá tan difícil escribir una buena vida como vivirla". **(It is perhaps as difficult to writ a good life as to live one).**

De estos aspectos preciso es ocuparse en otro artículo.

LA BIOGRAFIA CONTEMPORANEA

Por más que este género de la Biografía no esté sujeto a una inexorable perceptiva en lo que respecta al arte de la composición, al procedimiento y al estilo, y por ello hay diversas clases de biografías, ya van estableciéndose ciertas normas y cánones, o simplemente "buenos consejos" o "guías espirituales", que diríamos con una bella expresión de Fray Luis de Granada, y quien desee abordar este género entre nosotros bueno es que los tenga en cuenta. Resúmelos Luis Alberto Sánchez en su "Panorama de la Literatura Actual", Cap. 16, intitulado "En busca del Hombre: la Novela Biográfica".

"Sttrachey —escribe Sánchez— plantea el tema biográfico en forma muy simple: los hombres lo han sido en todos los tiempos, y las diferencias entre ellos son más de ambiente que de individualidad, de donde se hace indispensable relacionar al tipo con el medio, pero no para una aplicación a lo Taine, sino —si es preciso comparar— al modo de Fustel de Coulanges en "Ciudad Antigua", de Mommsen, etc., para re-

construir, es decir, para recrear. Las tesis del biografismo nuevo pueden sintetizarse a través de las seis conferencias de André Maurois, publicadas en su libro "Aspects de la Biographie", en pocas recetas, que enumeraré en forma de otras tantas tesis:

"1º— Nadie nace héroe, sino que deviene héroe;

"2º— Sin embargo de devenir héroe, la vida de un héroe sigue un ritmo idéntico a la del que no lo es;

"3º— El ritmo de una vida —y de una biografía— es el cronológico;

"4º— No hay momentos señeros, ni instantes cumbres, sino simples resultantes de procesos o explosiones de una personalidad reprimida, por lo cual el biógrafo debe ser un buen observador de la vida cotidiana, un buen historiógrafo y un no despreciable psicólogo;

"5º— No hay detalle perdido. Todo, lo más insignificante, lo menos apreciable, lo antipoético, debe ser utilizado;

"6º— Cada vida tiene uno o varios **leitmotivs.** En "Disraeli", Maurois destaca las flores, como Ludwig, en "Guillermo II", la decoración faustuosa, como yo en mi "Don Manuel", las madreselvas, etc.;

"7º— El biógrafo debe agotar la documentación para olvidarla en el momento de producir, situándose, él, personalmente, en el papel del personaje, y haciéndole hablar como él mismo hubiera hablado en semejantes circunstancias, con idéntica ascendencia y en un medio igual".

Con estos sencillos preceptos —reductibles al primero— surge la biografía actual, **que es más novela** que historia, y por eso mismo **es mucha más historia** que la llamada historia.

"Pero en la biografía actual —prosigue Sánchez— hay diversos modos. Intento una clasificación:

"Biografías épicas. "Napoleón", de Ludwig; "Atila", de Brion; "Genghis-Kahn", de Harold Lamb; "Pisarre", de Luis Baudin, etc.

"Biografías polémicas. "Guillermo II", de Ludwig; "Lenin", de Ossendowski; "Lenin", de Trotski y el de Zinoviev; "Rivas", de J. V. González; "Don Manuel", de Sánchez.

"Biografías históricas. "Gothe", de Ludwig; "Lincoln", de Ludwig; "Enrique VIII" y "Francisco I", por Francis Hackett; "Cromwell", de Dronkwater; "Carlos Marx", de F. Mehring; "Sarmiento", de Lugones; "La vida amorosa de Tut-An-Khamon" y el "Nabucodonosor", de Tabouis; "Shakespeare", de Astrana Marín; "Voltaire", de Maurois; "Erasmo", de Zweig.

Biografías esencialmente novelescas. "Isabel y Essex", "Portraits in Miniature", "Eminent Victorians", de Lytton Strachey; "Disraeli", "Byron", "Ariel o la vida de Shelley", de Maurois; "Dickens", de Chesterton; "Goethe", de Carré; "Dostoiewski", de Gide y de Zweig; "Martí", de Jorge Mañach; "Luis Candelas", de Antonio Espina; "Vida y Ventura del Duque de Osuna", de Marichalar; "Carriego", de Jorge Luis Borges; "A man called Cervantes", de Bruno Frank; "Un Comedien Nomme Moiliere", de Dusanon.

"Biografías psicológicas. "Robespierre", de Henting; "Fouché", de Stefan Zweig; "El Hijo del Hombre", de Ludwig.

"Biografías burlescas. "Adán y Eva", de Erskine; "Vida de Elena de Troya", del mismo; etc.

"Desde luego —concluye Sánchez— se podría subdividir **ad infinitum**, y la nómina es interminable. Las que aquí consigno aparecen por alguna razón esencial. O por su mérito intrínseco o por su importancia local. Pero, lo dicho basta para plantear una premisa: el nuevo género biográfico es, en realidad, un género predominantemente novelesco, y, por consiguiente, tiene toda la amplitud que se asigna a la novela misma, en vez de ser una rama de ella".

Una categoría que no menciona Sánchez, y a mi parecer es también importante, es la biografía de "santos", lo que me he permitido llamar —y la designación me parece acertada— Hagiografía artística. Es decir, que en estas biografías no es el sentimiento religioso, o el de proponer ejemplos edificantes con la vida de los mártires, como se hacía en el "Año Cristiano", o presentar dechados de virtud, como en las ingenuas, pero qué fraganciosas y encantadoras "Florecillas del Glorioso San Francisco y sus Hermanos" (Traducción de C. Rivas Cherif) o la "Vida de Santa Teresa", escrita por el P. Diego de Yépez (1599), o la "Vida de San Ignacio de Loyola", del Padre Pedro de Rivadeneira (1527-1611), tan citada, glosada y ponderada por Unamuno, sino de las escritas con un puro sentido artístico, como la "Leyenda de San Julián, el Hospitalario", de Flaubert, o "San Cristóbal", de Eza de Queiroz. Además, fuera de estas últimas, que más tienen de leyenda poemática que de vida novelada, hay otras biografías de santos en las cuales se ha investigado la realidad histórica, en lo posible, con los procedimientos del método positivo, pero animándolas con el calor de la imaginación

creadora y realzándolas con el aderezo del estilo, como en la magna evocación que doña Emilia Pardo Bazán hace de la Edad Media en su "Vida de San Francisco de Asís". Véase, por ejemplo, estos trozos que reproducimos aquí tanto por dar una muestra del donairoso castellano de la gran novelista gallega como de su procedimiento biográfico.

"El Serafín de Asis"

"Apenas hubo astro entre los que del siglo XII al XIV alumbraban los cielos de la inteligencia, que dejase de tomar luces del Serafín de Asis: Rogerio Bacon, el fundador del método experimental en las ciencias naturales; el poeta filósofo Jacopone de Todi, cantor de la pobreza, el poeta popular; Nicolás de Pisa, el escultor nuncio de Renacimiento; Cimabué, el último pintor bizantino; Escoto, el gran dialéctico; Juan de Parma y Gerson, profundos contemplativos; el anónimo autor de las "Florecillas" y el vate enérgico que cierra la Edad Media, como Homero cerró los tiempos heroicos, todos bebieron en el mismo ardiente manantial de inspiración, todos se calentaron en la llama del amor franciscano. De suerte que no es lícito hablar de San Francisco como de cualesquiera personajes eminentes, sino que hay que apreciarlo en la multiplicidad de su acción, y verle dominando a su siglo, siendo como la flecha, como la aguja más aérea y más alta, más próxima al cielo, del edificio ojival llamado Edad Media. En la cima del siglo XIII se destaca el Santo de Asís.

"La Catedral"

"Unánimes lo afirman crítica y poesía, reflexión y sentimiento: las catedrales son la más sublime expresión artística de la Edad Media. En una particularidad convienen la arquitectura y literatura medioevales: inferiores en elegancia y corrección a las de la antigüedad, son más ricas en ideas y sentimientos: hacen vibrar más cuerdas del alma humana. No sentimos en el atrio del Partenón lo que bajo las bóvedas de las catedrales. El Partenón es para nosotros ánfora volcada, urna vacía; sólo el erudito lo explica y lo comprende. La catedral, por desierta o desmoronada que se halle, nos habla de cuanto amamos. Y es que nuestra edad, nuestra patria y nuestro vivir comienzan a la sombra de la catedral.

"Organos y Campanas"

"La catedral, gigante de piedra, necesita voces que salgan del ancho pulmón de las naves y expresen la profundidad del sentir, la grave contrición, el recogimiento del espíritu y la eficacia y ardor de la plegaria. Un acento poseía ya, pero aislado; los modos ambrosianos aboliendo el ritmo, no habían logrado establecer la diafonía, la sucesión de sonidos y aquel canto parecía huérfano, monótono, sin fuerza para llenar la vasta concavidad del edificio; convenía algo que imitase el poderoso conjunto de las voces del pueblo, al elevarse desde el ábside hasta las bóvedas, como un himno. El empleo de sonidos diversos y simultáneos comenzó en el siglo XI; y pasada la época del terror, se propagó en las iglesias la gran sinfonía religiosa, el órgano. ¿Cómo comenzó? ¿Dónde resonaron por vez primera sus acordes sublimes? No se sabe: ignorado como el

de los arquitectos, permanece el nombre de los maestros organeros; y sin embargo complicada y difícil debió ser la construcción de instrumentos tan colosales; el órgano de Alberstad necesitaba diez personas que diesen a los fuelles; el de Magdeburgo, doce; el enorme de Winchester, sesenta. Así como la catedral es la más perfecta creación arquitectónica religiosa, el órgano es la más acabada obra religiosa musical; sus múltiples armonías que brotan de un soplo mismo, son como la diversidad de formas que adopta la fe en las almas; las notas, ya graves, ya sonoras, ya agudas, parecen imagen de la Iglesia, donde confesores, mártires, monjas, vírgenes, alzan a un tiempo sus voces diversas para dar testimonio de Cristo. Por modo maravilloso despierta el órgano la impresión misma que produce toda catedral; la idea de lo infinito contenida en sus sones que pueden prolongarse y durar a medida del deseo, en su vibración ligada y misteriosa. A esta voz interior de la Catedral contesta desde lo alto de las torres, grave y amorosa, que convoca al pueblo: la campana. Hoy que en cualquier teatro o concierto es dado escuchar música clásica, no comprendemos lo que fueron campana y órgano para el hombre de la Edad Media, contemplativo y creyente. Ambos instrumentos expresaban lo que él no podía: meditaciones, éxtasis, clamores del alma sedienta de Dios; todos los cantos del poema religioso, y al mismo tiempo, la recobrada paz. Al disiparse el terror, al surgir las catedrales, ataviadas, animadas por la campana y el órgano, vestidas de luz y colores, comienza la segunda época de la Edad Media, cuyo glorioso apogeo fue el siglo XIII".

Estos párrafos de la Condesa Pardo Bazán no son inferiores a los del Vizconde Francisco

René Chateaubriand sobre el mismo tema en el "Genio del Cristianismo" ([1]). Entre nobles se entienden. Pero aquí no se trata de nobleza hereditaria, cosa de la que tantos pelafustanes que han sido han abusado, sino del abolengo de la inteligencia, del espíritu y del estilo.

En este mismo género de la varia biografía hay una obra curiosísima, muy original, muy poco conocida, instructiva, profunda. Es la de un severo hombre de leyes, de un insigne jurisconsulto italiano: Juan Rosadi. Su título es revelador: "El Proceso de Jesús" ([2]). El fin que se propuso en su estudio y realizó con tanta competencia, como especialista en Derecho, conocedor a fondo del **Pentateuco** hebreo y el Derecho Romano, fue el de analizar, esclarecer y probar, a base de la más castigada de la documentación y la sindéresis del juicio, la gran ignominia, la abominable injusticia con que se le ha seguido el proceso a Cristo y se le condenó a la pena máxima de la crucifixión. El autor Rosadi, prescindiendo de todo sentimiento

---

(1) Cf. F. R. Chateaubriand, "Genio del Cristianismo", Tomo IV, Libro I, Cap. I, "De las campanas".

(2) Juan Rosadi, "El Proceso de Jesús". Traducción de la tercera edición italiana, por T. Moreno Durán. Barcelona. Casa Editora Mauci, 1904. Para que se vea la importancia de este estudio, reproduzco el Sumario del Cap. I. "La gran injusticia del proceso de Jesús. — Absoluta impunidad del acusado. — Sus tiempos. — Los profetas. — Las sectas de Palestina: los fariseos, los esenios, los terapeutas. — Los rabinos y demás guardadores del mosaismo. — Agitaciones populares contra la herejía, la tasa, el impuesto y la inobservancia de la Ley. — La Buena Nueva de Jesús. — Completa revolución social. — Causas de la impunidad".

religioso, considerando exclusivamente **la persona humana e histórica de Jesús**, desde un estricto punto de vista jurídico, compuso esta original obra, que podríamos llamar "la biografía jurídica de una personalidad víctima de la injusticia humana". Su estudio, además de su valor de obra de ciencia, por el procedimiento de la investigación histórica, de su quilate literario, por la corrección, y aun la elegancia del lenguaje y del estilo, es harto enseñadora.

En el prólogo, al explicar el carácter de su monografía, nos dice Rosadi: "En las páginas de la presente obra, se estudia la vida de Jesús en relación con un término único y particularísimo: **el estado de la opinión y de la legislación de la época en medio de la cual Cristo fue recibido, oído, juzgado y condenado".**

"Su fin —añade— no obstante lo circunscrito y particular de su asunto, es importantísimo, porque no sólo marca la relajación jurídica, política y social de contraste entre la obra y vida del maestro de Nazareth y las condiciones contemporáneas en que alcanzó gloria y sacrificio, sino que muestra, además, la análoga relación contradictoria entre aquella obra, todavía viviente y benéfica y las condiciones actuales de hipocresía legal, convencional, farisaica, que nos hace percibir en toda manifestación de la sociedad civil un profundo desacuerdo **entre la conciencia y la vida.** De aquí que los hombres se ocultan a sí mismos y oculten a los demás lo que conocen, aparentan estimar lo que no estiman, toleren y defiendan principios, sistemas, instituciones, usos y leyes en que no creen, y en nombre de una costumbre que han convertido en una fuerza que llaman Derecho, perdonen lo que reprueban y condenen aquello mismo que almiran".

"En el proceso de Jesús —continúa Rosadi— que es el nuevo y único objeto de esta obra, **se demuestra que la mayor mentira de la Civilización es la justicia**, siempre entendida y administrada en nombre de un interés de clase, cuando no por vulgar espíritu consuetudinario o de conservación.

"El Proceso de Jesús" de Rosadi, es una biografía original. El Rabí de Galilea visto con un criterio jurídico. El autor —repito— como especialista en Derecho, notable penalista, y es también pulcro escritor y un buen hombre de ciencia, se ve que para realizar su monografía se ha valido de una sólida documentación, en especial de los modernos creadores de la llamada **Cristología**, desde Strauss y Renán, al P. Didón, Harnack y el revolucionario autor de "La Religión de Israel", el Abate Alfredo Loisy, el combatido propugnador del **Modernismo Cristiano** y, sin desdeñar al desopilante autor de las "Memorias de Judas", Petruccelli Della Gattina, pero sirviéndose del que tanto escándalo produjo en su tiempo con su obra en defensa de Judas con mucha cautela. "A nuestro compatriota, —dice Rosadi, refiriéndose a Della Gattina y su obra "Memorias de Judas" (3)—, olvidado injustamente, por cuanto fue autor de notable mérito, debemos la

---

(3) La novela "Las Memorias de Judas", de Petruccelli Della Gatina, es, también, muy original. En su tiempo escandalizó. Es una visión nueva, una interpretación realista de los Evangelios y la actuación del maldecido Judas se encuentra en esta obra justificada por los ideales políticos que sustentaba el de Kharioth en consorcio con Claudia Prócula. La novela vale, sobre todo por la suntuosa pintura, el vigoroso colorido, la movida vida so-

elegancia de la frase, como a él le debemos también la originalidad y la agudeza de continuas observaciones, que como piedras preciosas en vil metal, aparecen engastadas en la trama novelesca de su citado libro, trama y materia que no son de la mejor ley, si se considera lo delicadísimo del asunto".

En "El Proceso de Jesús" se trata de una singular biografía de irrestañable interés, de aleccionadora, conmovedora enseñanza.

No ya en el género de la **Biografía Burlesca**, que llama Sánchez a las de Erskini, como "Vida de Elena de Troya", sino en lo que cabe denominar como propiamente **Biografía Humorística**, de fina ironía y artístico realce, en las letras de allende el océano, hay que acordarse del jocundo panorama que el siempre encantador Eza de Queiroz nos regala en "Adan y Eva en el Paraíso" y, en Indoamérica, del tan simpático, por su "cinismo jovial", "Mi Bolívar", del escritor antioqueño Fernando Gonzales.

¿Y entre nosotros? Pues ahí tenemos a Eduardo Wilde, que en "Aguas Abajo" evoca su infancia transcurrida en su pueblo natal Tupiza, en la contrafigura de **Boris**. En "Aguas Abajo" Eduardo Wilde ha escrito una de las más bellas, deleitosas, y de la más sonriente **gracia** de las autobiografías que hay en la lengua de Cervantes.

De eso, y de los aspectos, procedimientos y valores representativos de los biografistas de His-

---

cial del ambiente de Jerusalem y de la Palestina en la época de Cristo. Es una obra rara. Quienes se interesen en conocerla, la hallarán en la Biblioteca Universitaria, de La Paz. El ejemplar que existe allí fue de la Biblio teca de don José Rosendo Gutiérrez.

pano América en general y en particular de Bolivia, no es posible ocuparse sino en otro "Apuntamiento". El tema es grato.

LA BIOGRAFIA EN AMERICA

A la tendencia creadora de un americanismo conciencial, que arranca sus raíces de la tierra y de la historia, pero se proyecta al porvenir, obedece la nueva pasión por los estudios históricos. Cabe destacar: ellos se los realiza con un nuevo criterio: no viendo a América, como antes, con ojos europeos, sino "de un americano de América". Y a la misma surgencia tiende también el fervor por las biografías de los epónimos del Continente.

Así, en México, Carlos Pereyra, biografía a aquel que según su bello decir, "fue el copo de nieve sobre la charca de la sangre", el Mariscal de Ayacucho; en Cuba nace el culto de Martí. La personalidad del héroe de Dos Ríos aparece con todos sus contornos humanos en el "Martí" de Jorge Mañach, "Mitología de Martí", de Hernández Catá, pero sobre todo en el mejor **martiniano**, el autor de "Pasión de Martí", Félix Lizaso.

Mas, conviene insistir, no se trata de la biografía a la manera romántica, en que a fuerza de endiosar al hombre llega a deshumanizarlo, sino que, como puntualiza Rafael Marquina, a propó-

sito de la biografía de Martí por Lizaso, se esfuerza ahora en "perfilar, sobre el fondo ditirámbico de la idolatría y el incienso litúrgico de la admiración, la **exacta figura humana de Martí**".

Lizaso presenta al gran Apóstol de la independencia de Cuba en la palpitante verdad de lo humano como a hombre de vida verdadera, y no como a un mito exaltado, cuya propia distancia incita a la renuncia de imitarle. Por el contrario, acercamiento de su ejemplo magnífico a la vida de cada humilde ciudadano, como lección de dignidad y medicina de patria.

"En suma, la campaña propende nobilísimamente a lograr que no sea el fanatismo ciego, la reputación de oidas, el fetichismo patriotero, sino el conocimiento y la comprensión y la aprendida enseñanza de lo humano, lo que mantenga vivo y presente no estático, sino en **dinamia perenne** el espíritu de Martí en las multitudes cubanas y en la conciencia de la patria".

Otra personalidad epónima que ha levantado la admiración a que es acreedora en las islas antillanas, más en Cuba, por cuya independencia laboró en todo el continente, que en su misma patria, Puerto Rico, es José María Hostos, con ocasión de conmemorarse en 1904 el centenario de su natalicio. Mas, algunos años antes de este homenaje, Blanco Fombona, en "Hombres de América", y en magnífico estudio, tributó la más cumplida justicia al gran apóstol de la independencia de Cuba, a una de las más altas mentalidades y varón ejemplar, que, por encima de los más insignes críticos europeos, escribió el mejor juicio crítico, el más profundo, del "Hamlet", de Shakespeare, Hostos. Cierto también que antes de Blanco Fombona, Pedro Henríquez Ureña, al valorizar en su libro "Horas de Estudio",

una de las obras cardinales del gran puertorriqueño, su "Moral Social", nos dijo cuánto significaba la obra de Hostos como reveladora de la mentalidad americana en las más elevadas disciplinas intelectuales, en la dilucidación de la Etica y la Sociología.

El homenaje de Cuba a Hostos ha consistido en la publicación del libro **Hostos y Cuba**, por el Municipio de La Habana, bajo la dirección del doctor Emilio Poig de Lenchsenring, Historiador de la Ciudad, con lo cual se ha logrado "que el pueblo cubano se percate de los excelentes servicios que prestó Hostos a la causa de su independencia y, como es natural, que aumente su estimación pública".

Mas su patria tampoco se ha quedado atrás. Ha publicado, en 20 tomos, sus "Obras Completas". Y otro dominicano, el **hostista** por excelencia, Juan Bosch, ha dado a luz una excelente biografía: "Hostos, el Sembrador". Aún más. En una conferencia dictada por el mismo Bosch en la ciudad de San Juan de Puerto Rico, en 1938, bajo los auspicios de la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, ha abordado el delicado tema, pero tan sugestivo, de "Las Mujeres en la vida de Hostos".

La prologuista de esta conferencia, Concha Meléndez, observa: "Ante Hostos, Bosch, se enfrenta con su más difícil y delicada aventura. Entre los trastelones del escenario magnífico, donde una gran figura continental desempeñó sus visibles actitvidades de apóstol, educador, moralista, sociólogo, comentador del **Hamlet**, y la más alta, resumidora de todas ellas, la del americanista perenne, para reconquistar a base de dispersos hilos, la red sentimental, el venero humanísimo, sin el cual, como diría el mismo Hostos,

no hay hombre completo. Juan Bosch levanta, con unción retroactiva, la cortina encubridora de la intimidad hostosiana y penetra en los espacios —los decisivos en todo destino de varón excepcional— donde la mujer fue acicate, congoja o paz".

La proceridad de este gran americano, equiparable a Martí por su apostolado libertario, más avisado sociólogo que Sarmiento y de un radio magisterial más amplio, pues ejerció el magisterio en varias naciones de América, mientras la del argentino se limitó, especialmente, a su patria, comienza a ser conocida y venerada como debía serlo, pues se trata de un valor continental, dignamente evaluada en biografías tan bien hechas como la de Juan Bosch: "Hostos, el Sembrador".

La figura universal de Bolívar, que en el siglo pasado fue europeizada por sus biógrafos románticos, hoy se nos muestra más humana y, por esto, más próxima a la intimidad de nuestro sentimiento, en estudios como el "Bolívar" de Cova; "Mi Bolívar", de Fernando González, "Las Mocedades de Bolívar", de Blanco Fombona.

En el Perú, González Frada ha encontrado un buen biógrafo en el autor de "Don Manuel", Luis Alberto Sánchez. Ahí vemos al González Prada de carne y hueso; no al iluminado Redentor, como nos lo presentaban sus panegiristas, o al Satanás encarnado, como lo veían las beatas de Lima y lo escarnecían sus detractores.

Mas, para mi gusto, es una más interesante biografía entre las escritas por Sánchez, la que nos revela la vida contrastada, dolorosa y sacrificada de Flora Tristán, en "Una Mujer Sola ante el Mundo". En verdad, la vida aventurera y desventurada, pero heroicamente henchida de ideal,

ennoblecida por el infortunio, de la autora de "Peregrinaciones de una Paria", se prestaba para una sugestiva, enseñadora, emocionante biografía. Y Luis Alberto Sánchez, con más aderezo artístico, si cabe, que en su "Don Manuel", la ha realizado en esas justas páginas.

En el Uruguay no sé de otra biografía que la de Artigas, escrita por el gran poeta cívico Zorrilla de San Martín, y que conozco sólo a través de los elogiosos comentarios que le consagró don Miguel de Unamuno. (Cf. "Contra Esto y Aquello").

En cambio en la Argentina es, seguramente, donde más está prosperando este género. Es sabido que allá, desde los ya viejos tiempos de Mitre, ha existido el culto de los próceres con marcado sentido nacionalista y ponderativo, como vemos en la célebre "Vida de Belgrano", por aquel abundante y enfático historiador; posteriormente en el "Sarmiento", de Lugones, y en nuestros días en "El Santo de la Espada", de Ricardo Rojas.

Una biografía, que publicada primero en la popular revista "Aquí Está", y después en libro, y ha logrado el mayor número de lectores en todo el continente, es la "Hipólito Irigoyen, el Hombre del Misterio", de Manuel Gálvez. El autor de "Nacha Regules", abandonando la novela, donde ya se distinguió, ha abordado el género de la **biografía novelada**, con un éxito tan "populista", que tal vez ha llegado a ser mayor al que en la era romántica lograron las apasionantes novelas folletinescas de Víctor Hugo, Dumas (padre) o Eugenio Sué. El autor, beneficiándose de todos los recursos que el creciente progreso de la psicología proporciona, sin desdeñar el psicoanálisis freudiano, la tipología de Jung y Adler

y hasta las intuiciones de la Grafología, ha logrado una biografía que le ha conquistado un público diez veces mayor que el que lograra con la mejor de sus novelas. El libro ha aparecido en una hora propicia. Y el escritor sencillo, ameno, discreto, que es Gálvez, ha popularizado la figura de su "hombre del misterio". Acertó con el gusto del público, como la "actual pasión de la historia" como él mismo lo reconoce en un artículo publicado en la misma revista.

"No recuerdo quien, —escribió—, creo que un escritor francés, dijo hace años que el siglo XIX fue el de la geografía y el del XX el de la historia. Estas palabras adquieren hoy, ya mediado nuestro siglo, y en lo que a él respecta, una evidencia indiscutible. El mundo está loco por leer historia. Mientras las novelas —hablo muy en general— quedan olvidadas en los anaqueles de las librerías, las obras históricas son devoradas por el público".

"Dos hechos, —prosigue—, principalmente, demuestran este afán: el auge de las biografías y el auge de las revistas que hacen llegar la historia hasta el pueblo. Todos hemos sido agarrados por esta chifladura de leer biografías. Aun los mismos novelistas —y conozco varios casos— ya no soportan la lectura de las novelas. En cambio nos apasionan las vidas de las grandes figuras históricas, y no solamente las figuras del pasado —las verdaderamente históricas— sino de los contemporáneos, de los que están haciendo la historia de hoy: Roosevelt, Stalin, Hitler, Mussolini; o la estaban haciendo hasta ayer: Clemenceau, Kemal Atartuk, Massarik".

'Pero el interés de las masas por la historia se revela principalmente en las revistas como "Aquí Está". El éxito de esta revista prueba que

el pueblo gusta de sus preferencias por la historia". "Por obra de estas revistas comienza a desaparecer el viejo prejuicio contra nuestra historia. Hasta hace poco creíase que carecía de todo interés. Ahora todos saben que no es así. Todos están ávidos por conocer nuestra historia, sobre todo la verdadera que, como ya nadie lo ignora, ha sido deformada o falsificada para servir a intereses de partido".

"Este deseo de penetrar en nuestro pasado —concluye— que está revelando el pueblo, me parece el mejor de los síntomas. Significa, en primer lugar, que hemos comenzado a amar nuestras cosas, a **deseuropeizarnos.** Y, en segundo lugar, que, consciente o inconscientemente, por razonamiento, en unos, o por instinto, en otros, todos buscamos **conocer bien lo que hemos sido,** cosa necesaria para saber lo que somos y, sobre todo para saber lo que seremos, lo que debemos ser algún día".

Los últimos números de "Aquí Está" (Junio de 1944), traen la biografía de **Güemes, el Señor Gaucho,** que promete ser interesante. Nada más a propósito para el objeto de estos **Apuntamientos,** o sea el de ir exponiendo los diversos procedimientos adoptados por los biógrafos americanos cuando, como en el presente caso de Güemes, tropiezan con la carencia de documentación y tienen que servirse de la imaginación inductiva —si vale el término— que reproducir el sintético prólogo con que el autor, Manuel A. Alba, justifica su método.

"Será tarea difícil —escribe— la del historiador que pretenda narrar, apoyándose en el terreno exclusivamente del documento, la vida hazañosa del centinela de la patria en los caminos del norte. El y aquel tropel confuso de héroes,

que fueron sus capitanes gauchos soldados, se pierden a cada instante envueltos en la nube de polvo que levantan sus potros, en cada uno de aquellos galopes gloriosos que conmovieron en horas de tremendo peligro las tierras de Salta. Cuando todo el pueblo era ejército, cuando cada pedazo de la tierra heroica, montaña o valle, ciudad o desierto, era campo de batalla, **la historia no tenía tiempo para anotar hazañas.** Los hechos heroicos se cumplían como una sencilla obligación cotidiana, y nadie pensaba que la patria estaba contemplando desde el futuro aquella gesta admirable...

"Por eso es tarea difícil de reconstruir hoy, sobre el documento cierto, el escenario de la guerra gaucha y la acción de cada uno de los mil héroes que sobre el mismo actuaron... Pero lo que no recogió el papel ya amarillo de los partes de guerra o de los documentos oficiales, ha encontrado su protocolización definitiva en la leyenda. El pueblo que cumplía las hazañas, guardaba ese recuerdo en su corazón. Hombres de palabra parca y de emoción templada, voraces y serios, repetían después, en ruedas de fogón de noches invernales, las historias de aquellos días en que el peligro era una alegría. Y en todas las historias asomaba en lo alto, como un ángel guardián, como un guía protector de aquel pueblo heroico, el señor gaucho, don Martín de Güemes, erguido en el caballo inquieto, pronto siempre al triunfo o a la muerte. Para escribir esta evocación del gran héroe de Salta he debido recurrir a los dos elementos: el documento histórico y la leyenda. Las enormes lagunas que aparecen en el relato documentado de la vida de este extraordinario personaje, cuyos días fueron todos heroicos e inquietos, las cubre la imagina-

ción conociendo las líneas extraordinarias humanas del héroe de la guerra gaucha, las fuentes de su formación espiritual, el clima social en que actuaba y, sobre todo, recurriendo a los mil elementos que brinda la leyenda, la tradición oral, que aun repite y repetirá toda la vida el pueblo de aquella tierra de Salta, que vio pasar hace más de un siglo, la figura señera de don Martín Miguel de Güemes, galopando sobre el filo del peligro".

Exactamente tendrá que hacer quien, entre nosotros, intente la biografía de nuestros hazañosos **guerrilleros,** tan similares en el coraje y el heroismo al gaucho Güemes, como fueron José Miguel Lanza, en Ayopaya, Ramón Rojas y el **Moto** Méndez, en Tarija, José Vicente Camargo, en Cinti, Miguel Ascencio Padilla, su esposa doña Juana y el poeta kheswa Juan Wuallparimachi, en La Laguna, José Ignacio de Zárate, en Pongo, Miguel Betanzos, en Puna, Warnes, en Santa Cruz y tantos otros que están esperando biógrafo.

Pero, un mayor interés reviste para nosotros la maciza biografía, tan bien documentada, lo mejor que hay sobre aquel gran acontecimiento y aquella titánica figura, la del auténtico, **propiamente americano,** iniciador de la libertad indoamericana, la biografía de **Tupac Amaru, el Rebelde** (1), de Boleslao Lewin. Aunque no se haya difundido como la de Gálvez, es tan buena, tan orgánicamente desarrollada y, dada la trascendencia del tema —la revolución indígena de 1780—

---

(1) V. Boleslao Lewin.— Tupac Amaru, el Rebelde.— Su época, sus Luchas y su Influencia en el Continente.— Editorial "Claridad".— Buenos Aires.— 1943.

y la figura epopéyica del glorioso mártir cuzqueño —Tupac Amaru— superior a la de Gálvez y otros, por su importancia histórica. Era tiempo de que el héroe americano por excelencia, José Gabriel Condorcanqui, se nos presente de cuerpo entero en la amplitud de su panorama histórico y del escenario andino y de su heroica vida, pasión y muerte.

Ahora hablemos de la biografía en Bolivia.

LA BIOGRAFIA EN BOLIVIA

Las biografías que se escribieron en Indoamérica en el siglo pasado tienen, como es sabido y notorio, una enfática y prosopopéyica entonación romántica y son unilateralmente apologéticas. Diríanse homilías escritas por los **Nuevos Padres de la Iglesia Americana**, aunque no se inspiraran en San Agustín, ni en San Juan Crisóstomo, u Orígenes, por más que algunos alcanzaran la iracundia polémica, el "patético" y los apóstrofes, el fuego, el temperamento pasional y, sobre todo, aquello del **credi quia absurdum est** del gran Tertuliano.

Hombres como Juan Vicente González, o don Felipe Larrazábal, recién salidos de la gigantesca llamarada romántica de las guerras de la emancipación, fanatizados por su credo republicano, cerradamente parciales por la Independencia de América y enemigos del dominio hispánico, antes de seguir la norma de un maestro de la historia que enseñó a escribirla **sine ira et studium** (Tácito), se abrevaron en las fuentes caliginosas y afiebradoras del Romanticismo fran-

cés. Su Biblia no fueron "Los Anales" del latino, sino la apasionante "Historia de los Girondinos" de Lamartine.

Una obra típica, cuyos buenos y malos aspectos se puede hacerlos extensivos a la mayoría de los que cultivaron la biografía "romántica" y "apologética" es la célebre "vida de Bolívar", por don Felipe Larrazabal. Rufino Blanco Fombona en su prólogo a la reedición del libro del bolivariano historiador venezolano, puntualiza, con toda precisión, los defectos, inherentes a la época, en que Larrazábal incurrió en su, por otros conceptos, valiosa y útil obra. "Algunos defectos capitales —dice— pueden señalarse en la obra de Larrazábal: primero, que el biógrafo presenta a un héroe político siempre de parada, ya en el campamento, ya en los congresos, ya en el bufete, y nunca al hombre que se desayuna, almuerza, cena, se purga, se cansa, se fastidia, hace el amor a una mujer, o a dos, da una limosna al mendigo, da una patada al sirviente y se lava los paños menores, o lleva un pañuelo amarrado a la cabeza, como Chateaubriand, cuando le visitó, por primera vez, Víctor Hugo, o como se lo amarró el mismo Bolívar en Pativilca, convaleciente de la fiebre cerebral, tabardillo, o lo que fuere, que le puso entonces en trance de peligro".

"Otro defecto primordial de esta "Vida de Bolívar" —agrega— es la indeclinable admiración hacia el biografiado y el estilo a veces altisonante hasta el exceso, en que esa admiración se traduce.

Y sigue:

"El estudio psicológico de Bolívar también escapa, en cierto modo, y como obra de conjunto, a Larrazábal. Escápasele igualmente, hasta cierto punto, el análisis de las ideas políticas del

Libertador; la evolución paulatina y cronológica de sus ideas".

"No apunta con perspicacia y detenimiento las influencias del medio social sobre Bolívar, ni la acción de Bolívar sobre la sociedad de su época, aunque toda ella se desprende, para los que saben ver, de la nutrida biografía".

"Tampoco estudia lo que Bolívar debe a la herencia, cómo pudo obrar en los abuelos españoles de Bolívar el cambio del medio europeo al país tropical de América, ni cómo fueron transmitiéndose tal vez de una generación a otra generación, en la lucha con los indios, con las fiebres palúdicas, con el calor, con la selva, factores mórbidos adquiridos, ni cómo termina la rama americana de una familia varias veces secular en un degenerado superior, en un genio como fue Bolívar".

"Corren, por último, —concluye—, entre otras deficiencias de menor monta, dos de que debe hacerse mención: 1º, el que la obra no siempre es objetiva, impersonal, sino que Larrazábal, a veces, tercia en el relato dirigiéndose a los lectores; 2º, el que abruma a Bolívar con adjetivos de loa, con admiraciones y exclamaciones hijas de un férvido y cándido entusiasmo".

He transcrito así, **in extenso**, estas observaciones de Blanco Fombona a la "Vida de Bolívar", por Larrazábal, porque esas deficiencias, o ese modo "romántico" de biografía, fue el adoptado por casi todos los biógrafos americanos de la época.

Mas estas obras, con todos estos defectos, han sido útiles, han servido para la ilustración de los lectores y los autores son dignos de todo encomio porque para confeccionar sus libros, en una época tan caótica como la de los decenios

que siguieron a las guerras de la independencia, época de continuas revueltas y de anarquía, en donde en todo se pensaba menos en organizar Archivos y Bibliotecas, tuvieron que realizar esforzadas investigaciones, por una parte y por otra, glorificar a los héroes de la independencia al mismo tiempo que plutarquianamente daban ejemplos de real grandeza humana, al ensalzar aquellas vidas, esas biografías iban, también, enderezadas —por el contraste— a desprestigiar, combatir y abominar de los déspotas, tiranos y caudillos que destruyeron la Gran Colombia de Bolívar, asesinaron a Sucre, anularon a San Martín.

La euforia ditirámbica de estas biografías fue un determinado producto de aquel momento histórico. En la bondad de su proyección patriótica y edificante encuentra su justificativo. Y hoy mismo las leemos con agrado, como ocurre con la "Biografía del General José Félix Rivas" —el heroico tío de Bolívar— escrita por Juan Vicente González, por el insuperado estilo de la más rica e **imaginista** prosa castiza, la potente pintura del ambiente de la época que evoca, la pasión, el fuego, el númen pindárico con que el gran escritor caraqueño realizó esta obra realmente maestra, hoy "clásica" en la literatura continental como, en el sentimiento no apologético, sino polémico y combativo, es el "Facundo" de Sarmiento. Obras que al juzgarlas con criterio actual, resultan perfectas biografías noveladas.

Precisamente, en abono de la intención patriótica y moralizante de esas biografías, bueno es traer a colación anécdota que se cuenta de Juan Vicente González. En su biografía del General Rivas había hecho grandes ponderaciones

del General José Antonio Páez por sus hazañas en la guerra de la independencia. Pero después, cuando Páez se hizo dictador omnímodo de Venezuela, mandó encarcelar al fogoso periodista, a quien llamara Cecilio Acosta "El Tirteo de la política, el Hércules de la polémica". Una tarde, que Páez visitó la Cárcel de Caracas, lo increpó con este fulmíneo apóstrofe:

—¡Bandido: haz deshecho la gloria que te forjó mi cariño!

Esta clase de biografías románticas, como las de Larrazábal, Benjamín Vicuña Mackena, y otros, que en Bolivia también ha sido cultivada por entusiastas escritores, como Juan Ramón Muñoz Cabrera, en su "Biografía de Monteagudo", José María Santiváñez, en su "Vida de José Ballivián" (1891), y por otros, como don Luis Paz en el "Gran Tribuno" y "El Brigadier José María Paz", y otras, a las que he de referirme al ocuparme de los estudios biográficos en Bolivia, se prolonga hasta fines del siglo pasado, más o menos.

A comienzos del presente la biografía no cuenta. Es el apogeo del Modernismo. Por el influjo de Rubén Darío especialmente, de otros grandes poetas, como Díaz Mirón, Asunción Silva, Jaimes Freyre, —Cruz e Souza y Olavo Bilac, en el Brasil—, es "la hora de la poesía". Paralelamente al triunfo del Modernismo en la lírica, surge y se afianza la novela realista a la manera francesa, y aun naturalista, según la norma de Emilio Zola, como en Venezuela, "Peonia", de Romero García, "El Cabito", de Pío Gil, "Vidas Oscuras", de José Rafael Pocaterra, "Mecha Iturbe" y "Stella", de César Duayen, "La Maestra Normal", "Nacha Regules", de Gálvez, etc., en la Argentina; "Beba", "El Terruño", "La Ra-

za de Caín" (éstas ya stendalianamente psicológicas, antes que simplemente realistas), en el Uruguay, y entre nosotros, "La Candidatura de Rojas", de Chirveches, "Vida Criolla", de Arguedas.

* * *

Hay otro género de publicaciones que si bien no son, propiamente, biografías, sino que se ocupan de algún acontecimiento histórico, de esclarecer, o dilucidar, un hecho dudoso, aportan instructivos datos biográficos, aunque sumarios, sugerentes. Un biógrafo perspicáz puede arrancar de ahí una biografía de singular importancia.

De esta índole de publicaciones, y que conservo en mi reducida colección de folletos nacionales, las siguientes se pondrán brindar al objeto insinuado:

Uno es la "Crónica de la Villa de Oropeza", por José Benito Guzmán (Cochabamba, 1881). El propósito del autor es el de probar, con la documentación que exhibe, que la ciudad de Cochabamba fue fundada **en el lugar denominado Canata, por don Sebastián Barba de Padilla,** de orden del Virrey Toledo, el 1º de enero de 1574. Refuta afirmaciones contrarias de Eufronio Vizcarra.

En este opúsculo Guzmán nos ofrece sintéticas "Semblanzas de don Gerónimo de Osorio, Corregidor de Cochabamba; de don Sebastián Barba de Padilla, Juez de Residencia, Fundador de la Villa de Oropeza, y de don Carlos Luis de Orellana, propietario de Canata y de cómo lo fue de Calacala. Cada uno de estos personajes, en manos de un hábil biógrafo, alcanzaría el relieve histórico que, en verdad, merecen, sobre

todo Luis de Orellana. Este, alegando derechos de propiedad sobre Calacala, expresó en un memorial, que reproduce Guzmán, —esto es bueno de saberse—, dice: "Soy yo, el primer poblador que entró en este valle (Cochabamba); soy el origen y causa de la fundación y población de esta Villa de Nuestro Señor y Su Majestad se han seguido gran servicio, e los quintos reales han ido en aumento".

"Yo tuve y poseía —añade— unas tierras o chacras llamada Canata que hube y compré de los Caciques del pueblo de Sipesipe por autoridad de justicia, tiempo há de cuarenta años, **labrándolas y cultivándolas, sembrándolas y cogiéndolas,** teniendo en ellas mis casas y rancherías pobladas con mi mujer e mis hijos; y el Capitán Gerónimo de Osorio, por orden y mandato de don Francisco de Toledo, Visorrey que fue de estos Reinos, **me quitó la dicha mi chacara para en el sitio de ellas** fundar dicha Villa como lo está; y en recompensa de lo cual Su Majestad y el dicho Visorrey, en su real nombre, me hizo merced de las tierras y chacaras de Calacala".

"García Ruiz —afirma Guzmán— fue ciertamente origen y causa de la fundación de la Villa, y merece que lo saludemos y recordemos su memoria a través de los siglos. Era honrado, valiente y generoso. Lo probó concurriendo voluntariamente a la célebre batalla de Guarina donde peleó por su Rey, bajo las banderas del General Centeno, con la gente de Cochabamba, y fueron vencidos 1.220 por la estrategia, más bien que por las fuerzas del Maese del Campo don Francisco de Carvajal, que alzó pendón por Gonzalo Pizarro, hermano del Conquistador; pero en Sacsahuana, cerca del Cuzco, vengaron el ultraje de

Guarina, y García Ruiz volvió a Canata cubierto de gloria".

"El estudio de las antigüedades —reflexiona Guzmán— y de los orígenes de las poblaciones, no es de escaso interés para la Historia, y en todas partes preocupa a los amantes de su país" ... "Cochabamba llegará a ser una de las principales ciudades de la América del Sur cuando el ferrocarril cruce sus gargantas y el Vapor — los ríos del Oriente, trayéndonos la inmigración, el comercio y la civilización del Antiguo Mundo. ¿Qué contestaríamos, entonces, a las generaciones venideras, nosotros que nos llamamos civilizados, si no les hiciéramos conocer el país donde han nacido?".

La prosa de este escritor, injustamente olvidado, se desliza corriente y expresiva y hasta nos da sabrosas visiones de paisaje cuando nos habla de Calacala y Taquiña.

* * *

Otro opúsculo que proporciona materiales biográficos es la "Reseña Histórica del 25 de Mayo de 1809 en Sucre", por Valentín Abecia (Sucre, 1891).

El laborioso biógrafo que fue don Valentín Abecia, amigo y colaborador de René Moreno, en este folleto, en su primera parte, hace una "Crónica del 25 de Mayo de 1809" y en la segunda parte, como advierte, "se consigna los esbozos biográficos de muchos de los que tomaron parte en ese acontecimiento".

Corresponden dichos rasgos biográficos a Jaime Zudáñez, Miguel López Andreu, José de la Iglesia, José Joaquín Lemoine, José Agustín de Ossós y Mozi, Antonio Alvarez de Arenales, Ma-

riano Michel, José Bernardo de Monteagudo, entre los principales.

De Arenales nos brinda esta significativa anécdota: "Volvió al Alto Perú en 1825, anunciando a nombre del gobierno de Buenos Aires que era libre de constituirse como más le conviniera a sus intereses y gobierno. El General Sucre le dió el mando del gobierno de Chuquisaca, mientras durasen las funciones del Congreso Deliberante. Bolívar, cuando llegó a Chuquisaca, habiendo salido Arenales a su encuentro cedió a éste el único asiento que tenía el coche que se le envió por acto de preferencia, diciéndole:

"—Yo no he hecho más que terminar la guerra. Usted la inició y sostuvo y a usted corresponde ese lugar.

"Ninguno de los héroes ocupó el coche. Este condujo, por convenio recíproco entre Bolívar y Arenales, las espadas que tantas glorias dieron al mundo de Colón".

* * *

Manuel María Pinto, en su estudio "La Revolución de la Intendencia de La Paz", nos informa brevemente, mas, lo que dice, tiene "miga", sustancia, de los primeros actores del 16 de Julio de 1809, especialmente de su antepasado don José Ramón Loaiza, de don Pedro Domingo Murillo, Gregorio García Lanza, Juan Basilio Catacora de Heredia, Buenaventura Bueno, Mariano Graneros, Juan Bautista Sagárnaga, Apolinar Jaen, José Antonio Medina y Melchor Ximenes.

De Murillo se han escrito algunas semblanzas biográficas, pero sólo en sentido ditirámbico o polémico. Quedan aún muchas lagunas que llenar en su azarosa existencia. En verdad, no se

ha hecho una buena biografía de él, tal como la últimamente estampada de "Tupac Amaru, el Rebelde", por Boleslao Lewin. Véase esa biografía y dígasenos si ella no satisface por la honestidad de su método, la confirmatoria documentación que presenta, base sobre la cual asienta rigurosamente lógicos juicios históricos. Una biografía, así, como la de Lewin, sería de desear se escriba de don Pedro Domingo Murillo.

Otra figura tan sugestiva como la del **Protomártir** del 16 de julio de 1809, es la de don José Ramón Loaiza. Vida tan fértil en plutarquianos acontecimientos, así en lo íntimamente hogareño, como en la nobleza de su franciscana filantropía, en su fundamental intervención en la guerra de la independencia, la creación de la nacionalidad, que una biografía del ilustre Alcalde Provincial de la insurgencia, sería la revelación en la plenitud de la ejemplaridad moral y patriótica, de aquél, que al decir de Manuel María Pinto, fue "un rígido varón, pero del todo varón".

OTRAS BIOGRAFIAS MENCIONABLES

Ya que para la enumeración que intentaremos de biógrafos y biografías no se cuenta con Catálogos tan bien ordenados como los de Moreno, se me ha ocurrido, como un recurso mnemotécnico, ir consignando los datos bibliográficos —los que recuerde— por departamentos, y tomando en cuenta a los biógrafos, no a los biografiados. Indudablemente esta reseña ha de adolecer de muchos vacíos, de olvidos involuntarios de escritores de nota, o desconocimiento de

lo que a partir de 1809 se hubiese producido en el país en el género. Ello es de antemano disculpable, ya que será siempre imposible suplir con la memoria lo que debiera hacerse con las suficientes fuentes de información precisa. Pero, las fallas que se advirtieren serán susceptibles de ser reparadas en estudio monográfico de mayores dimensiones que las limitadas de este esbozo. Empecemos.

Acosta, Nicolás.— Aunque no se trata propiamente de una biografía, importa señalar la obra del laborioso bibliógrafo paceño: "Escritos literarios y políticos de don Adolfo Ballivián, publicados con retrato y una introducción", Valparaíso, 1874.

Gutiérrez, José Rosendo.— Los estudios de don José Rosendo Gutiérrez, en el género biográfico, son, según don Rigoberto Paredes (Cf. Revista "Kollasuyo", Nº 8): "Estudios sobre el Coloniaje en el Alto Perú", "Alonso de Alvarado", "Corregidor de La Paz", o "Pueblo Nuevo", La Paz, 1875.

A propósito de este libro, observa Paredes: "La biografía de Alvarado", fuera de algunas consideraciones referentes a la filosofía histórica de aquella época turbulenta y de formación de los recién fundados pueblos americanos, se reduce a relatar hechos conocidos por otros historiadores. Quien desee mayores y nuevos datos sobre los antecesores y familia del biografiado, puede consultar el libro de don José Riva Agüero: "El Perú Histórico y Artístico, influencia y descendencia de los montañeses en él", Santander 1921.

"Biografía de Mancio Sierra de Leguísamo", escrita con arreglo a documentos inéditos, por

J.R.G., La Paz, 1877. — Estudia la participación que tuvo este personaje en la conquista del Perú y su vida posterior, basada en documentos inéditos y, sobre todo, en el célebre testamento que dejó al morir a edad avanzada, del que, por haberla publicado Prescott en el apéndice de su monumental "Historia de la Conquista del Perú", 1847, se conocía la primera parte. Gutiérrez inserta íntegro ese documento en el apéndice, más el codicilo, la probanza de servicios, la escritura de donación a favor de sus sobrinos y la Cédula Real por la que se recomienda al Marqués de Guadalcázar la curatela de sus herederos, proyectándoles en oficios y cargos que sean a su calidad y suficiencia. Mancio Sierra de Leguízamo es, entre los compañeros de Pizarro, el más citado tanto por su testamento, que constituye pieza de subido valor para apreciar el estado en que encontraron los españoles el Imperio de los Incas, cuanto por su fama de jugador insigne, pasión, o vicio, que cierta noche le hizo parar, y perderla, la imagen de oro del Padre Sol, sustraída del Coricancha, que tocárale en el reparto del botín que Pizarro y sus compañeros lograron del saqueo del Cuzco; lo que dió origen al dicho popular de "ser capaz de jugar el Sol antes que amanezca", con que se tipifica a quien es vencido por la fascinación de los dados.

"Revolución del 16 de Julio de 1809 y Biografía de don Pedro Domingo Murillo". (Memoria histórica leída en el 69º aniversario de la hecatombe, en la Sesión Pública de inauguración de la Sociedad Literaria de La Paz). Tercera Edición La Paz, 1878.

Es un bello trabajo que demuestra mucha erudición y amor a su natal ciudad, de cuya topografía hace interesante y sugestiva descripción.

Relata brevemente levantamientos y conmociones que precedieron a la Revolución de Julio, los juzga con criterio filosófico, caracterizándolos como fenómenos de lo que debe entenderse por revolución.

"El Diógenes Boliviano".— Es una biografía anecdótica de don José María Bozo. Pudo haber dado mayor extensión al asunto, pues la vida de este personaje, sus anécdotas, extravagancias, y el ambiente en que actuó, se prestan a narración pintoresca, lata y amena. Pero Gutiérrez, como dice don Rigoberto Paredes, estaba siempre "sin tiempo ni paciencia" y a este estado de ánimo se debe el haber esterilizado su talento, sin embargo de sus cualidades sobresalientes para desarrollar ventajosamente en provecho de su prestigio y del progreso intelectual del país".

Tiene razón el notable polígrafo paceño. En efecto, la vida del **Diógenes Boliviano**, por la singularidad de su temperamento, su imperturbable socarronería, su humorismo, **actuando**, diríamos, un humorismo que se traduce en hechos, todo en ella era irónico, como aquello de concurrir a un **Te Deum** obligado, llevando, en vez de libro de Misa, o **Cotidiano**, el Diccionario de la Real de Madrid; o cuando La Paz celebraba el ingreso de Bolívar y se hizo presente, estrafalariamente disfrazado de indio Yacaré, con los arreos de esta tribu, y en diputación suya, con que disparó al Libertador discurso en aymara que dejó al gran hombre patidifuso y no menos grandemente admirado. No es menos reidera la ocasión cuando se presentó a Belzu y denunció que "sus hijos" —los **cholos** partidarios del "caudillo bárbaro"— "le habían robado su capa", la única que nuestro **Diógenes** tenía, hermano legítimo en todo, en la gracia y el jovial cinismo,

de ese gran socarrón, ayo de Bolívar, don Simón Rodríguez, vidas, ambas, que se prestan para provechosas y deleitosas biografías.

¿Provechosas? Claro que sí... ¿No es saludable la risa, no valen por un baño de agua lustral la santidad, la higiene, la euforia de la risa, sobre todo en pueblo tan triste, tan solemne, tan **pueblo enfermo**, como es el pueblo de don Alcides Arguedas? Don José María Bozo fue un precursor de **Zarathustra**, nada menos. Cuando éste, ya pletórico de sabiduría, descendió de su montaña, y se encontró con pueblo arguediano, no se puso tan solemne como el autor del medular libro de don Alcides; lo que hizo fue predicar dionisíaca alegría, el mejor remedio para pueblos enfermos... "Hombres tristes" —les dijo—: yo he venido a cantar la alegría. Ceñíos en vuestras sienes esta corona del riente. Yo he santificado la risa".

"Así hablaba Zarathustra"... Hablaba muy bien. No era un mal hablado como don Alcides.

Antes que **Zarathustra**, en los bosques de Turingia, don Manuel María Bozo había ya santificado la risa, cuando viniendo de Santa Cruz, llegó a La Paz con una capa raída, un Diccionario de raíces latinas, como avío en el bolsillo, derecho a desposar a una tuerta, justificando la extraña elección para hombre tan refinado espiritualmente, con aquello de que las tuertas pueden, a falta de dos, mirar con el ojo solitario a su marido, mientras las que se pavonean de los dos luceros, miran con uno al solitario de la costilla, y con el otro al costillar del mundo...

Fue un cínico, está visto. Pero filósofo también como su padre el griego. ¿Y acaso el cinismo intelectual no es, como **descubrió** Nietzsche,

la más alta expresión de la honradez y sinceridad del pensamiento? Don Manuel María Bozo podía hacer suyos estos bellos versos de uno de los puros poetas franceses, Augusto Angelier, en su "Elogio de Diógenes":

Salut au penseur sage et viril qui délivre,
Et, de son haut cynisme, ose cracher sur tout
Son mépris, son défi, sa haine et son dégout!

De la sottise humaine el a fait le periple,
Il est au peu de chaire qui restent sur me os,
Diógene le chien, philosophe héros.

Véase, de Augusto Angelier: "Dans la Lumiere Antique: les Scenes".

* * *

Tan interesante, o más, si se quiere, que la monografía sobre la "Historia de la Novela Boliviana", escrita por Augusto Guzmán, único trabajo en su género en el país, sería una monografía, todo lo completa posible, bien estructurada y metódicamente realizada de la **Biografía en Bolivia.** De más significación que una historia de la poesía, del teatro y de la novela, porque con las biografías de bolivianos representativos se tiende no solamente a hacer obra literaria — en la mayoría de los casos sin repercusión social, pues ella llega a sector muy reducido, el de lectores de "amena literatura", especialmente si se trata de **escritores nacionales**— sino que las biografías, a más de satisfacer el puro sentimiento estético, cumplen la función de "ilustrar". Tanto o más que, como obras de arte, asumen saludable eficacia didáctica, enseñadora y mora-

lizante. Ellas nos hacen conocer "la vida" de los que, en un sentido u otro, como hombres de acción o de pensamiento, han sido los creadores de la nacionalidad, varones máximos en quienes la patria ha encontrado su alta y animada encarnación simbólica.

Por medio de las biografías llegamos a conocer, admirar y venerar a quienes, inmolándose por un sagrado ideal, fueron los protomártires de la libertad, como Tupac Amaru, los Catari y Murillo; los heroicos guerrilleros, como Manuel Ascencio Padilla, los Lanza, el cura Muñecas y tantos otros; los patricios fundadores de la Bolivia de hoy, como Sucre, o los defensores de la integridad territorial como Ballivián en Ingavi o Abaroa en Calama; o los exploradores de las tierras ignotas, incorporadores de ellas a la nación, tales Agustín Palacios o Antonio Vaca Díez; o creadores de la industria minera, los Aramayo, don Gregorio Pacheco, don Aniceto Arce, don Romualdo de la Riva; o los hieráticos custodios de la ley, Pantaleón Dalence o Belisario Boeto o apostolares educadores como Omiste, o benedictinos hombres de ciencia y de letras.

Al presentar la vida de estos hombres al mismo tiempo que se ilustra al pueblo, se le educa también, proporcionándole ejemplos que suscitan la imitación. En suma, se crea el sentimiento de nacionalidad.

De ahí la tendencia social, no ya simplemente literaria, de la biografía entre nosotros. De ahí, asimismo, la importancia y actualidad que tendría un repertorio sobre esta aún inexplorada actividad una Historia de la Biografía en Bolivia.

No estoy seguro —pues no tengo el libro a la vista para verificar el aserto— si Enrique Fi-

not, en su "Historia de la Literatura Boliviana", ha tratado, específicamente, de este tema. Se ha ocupado, particularizadamente, de la poesía, de la oratoria, el teatro, la novela, el cuento, la crítica, la historia, pero no —según recuerdo— de la biografía, no como una rama de la historia, sino como un género ya "singularizado", tal como Luis Alberto Sánchez lo considera y también Humberto Palza Soliz en su magnífico libro "El Hombre como Método" (v. Cap. "La pérdida del hombre"). Convendría que en una segunda edición de su Historia, Finot añadiera este capítulo, que falta como otros, esencialmente uno sobre **Cancioneros Aymara y Keswa mestizo,** tan característicos y sugestivos, como he de comprobar cuando me ocupe, en exploración psico-lingüística, de "El alma keswa a través de su cancionero", recogido por el padre Carlos Felipe Beltrán.

Pero Finot, como he dicho en otra parte, no podía hacerlo todo. Requería de monografías previas, como la "Historia de la Novela Boliviana", de Guzmán, que le ha servido bien. En lo que mira al "Cuento en Bolivia" —y aprovecho de la coyuntura para manifestar algo que de hace tiempo me urgía expresar públicamente— Augusto Guzmán no menciona en su libro algunos cuentos citados por quien esto escribe en su disertación "La evolución del cuento en Bolivia". Este estudio fue, primero, conferencia que, a invitación de la Universidad "Tomás Frías" ofreciera el año del Centenario de Omiste. Escribía muy apresuradamente, sin suficientes materiales de consulta, tema que requiere prolija investigación y se presta poco para simple conferencia, si reclama monografía o libro **in extenso.**

La primera parte de esta conferencia se publicó en la revista "Universidad", de Potosí, de donde Raúl Botelho Gozálvez —según tengo entendido— la hizo reproducir en "Kollasuyo". La conferencia completa, donde reproduzco los cuentos "Absolución" y "Penitencia" de Osvaldo Molina y **"Juezllamanpuni"**, de Jaime Mendoza —reproducción que hice complacido por ser textos muy poco conocidos, y muy significativos, como puntualizo en mi estudio, fue publicado en la revista de la Universidad de San Francisco Xavier, Nº 24, 1940. Precisamente allí, al hablar de Man Césped, cuentista, destaco la singularidad del escritor cochabambino, que es el único que entre escritores bolivianos, cuyos personajes no son los hombres, sino los hermanos de San Francisco de Asís, como el "Gallo Cochinchino", publicado en la revista "Variedades", de La Paz, y "Cromo y Carmina", en la Antología Boliviana de Fermín Rejas. Concluía esa conferencia con la novedad, que fue revelación para los públicos de Potosí y Sucre, de que don Eduardo Wilde, considerado por Aníbal Ponce, y otros autorizados críticos, "como el mejor escritor **humorista** de América" fue tupiceño, y en su mejor obra, "Aguas Abajo", con la más fina gracia, evoca sus años de infancia en la figura de **Boris**, transcurridos en la villa natal. Por lo demás Wilde era de origen británico y en su obra hay visible repercusión de los maestros ingleses, especialmente Dickens, según Ponce prueba en su sagaz estudio del autor de "Prometeo y Cía.", Wilde.

Sentí mucho, pues, que don Enrique Finot, no hubiese llegado a conocer el texto completo de mi Conferencia, que le hubiese servido mejor

que lo transcrito en "Kollasuyo". Conferencia, por otra parte, que tiene todos los defectos de una improvisación, —grave falta en este género de estudios—, escrita apresuradamente, indocumentada y aun superficializada por el simplismo de juicios críticos no bien meditados. El tema vale consagrarle estudio serio; lo que algún día, si Dios quiere, he de acometer, como deseo, con calma y sistema. Lo publicado en la revista de la Universidad de Chuquisaca es, como repito, muy incompleto. Posteriormente he ido descubriendo a otros cuentistas del "pasado", como don Mariano Ricardo Terrazas, Benigno Lara, Benedicto Franco, etc., que no mencioné, siquiera, entonces: Hay aún mucho que explorar sobre el asunto.

Además, en la Biblioteca Nacional, de Sucre, encontré de Wilde un libro que hacía años andaba buscando: "Tiempo Perdido". Son dos tomos. El primero, su divertida tesis para doctorarse médico: "El Hipo". Aún en tratándose de una cosa tan seria, como es escribir una tesis científica, destinada al juicio de un tribunal solemne, no pierde su imperturbable humorismo. En el segundo tomo tuve la satisfacción de "descubrir" que don Nicómedes Antelo —otro fino ironista— había sostenido inusitada polémica, inusitada para aquellos tiempos, sobre un tema de estética (el color en la pintura), con Wilde. Este tuvo la hidalguía de reproducir en su libro la brillante refutación, de sólida argumentación científica, del ilustre naturalista cruceño. La obra y la personalidad de estos dos escritores debiera constituir un orgullo para la cultura nacional, Desgraciadamente, son muy poco conoci-

dos, y sus libros, como "El Poeta y el Fraile", de Antelo, o "Aguas Abajo", de Wilde, rarísimos.

Pero volvamos a la Biografía en Bolivia.

* * *

Me limito por ahora a trazar un simple bosquejo, o más propiamente sumario, o índice, de una monografía que sobre el tema pudiera escribirse después con la especialización que la tarea demanda. Enumero, por orden cronológico, los "Rasgos biográficos", "Semblanzas" y "Biografías", ya de más vuelo, conpletas, que se han escrito en Bolivia desde la fundación de la República. Para ello, hasta 1908, he utilizado el tomo macizo de don Gabriel René Moreno, "Biblioteca Boliviana" —Catálogo de la Sección de Libros y Folletos, Santiago de Chile, 1879; y de otros tres tomos posteriores: Primer Suplemento, Adiciones de Abecia y Segundo Suplemento.

Catálogos de otros bibliógrafos bolivianos como José Rosendo Gutiérrez, Nicolás Acosta, etc., no cursan en mi poder y, por hoy, me es imposible consultarlos.

Después de Moreno y los nombrados, no sé de otros, competentes, que hubiesen proseguido el trabajo catalográfico de aquellos santos varones. Emilio Finot prometía ser el continuador de su paisano y maestro don Gabriel René Moreno. Infortunadamente se malogró muy joven. En el tomo XIV, Nos. 155 a 157, del "Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre", (tercer trimestre de 1931), figura un trabajo de Emilio Finot de índole bibliográfica, relativo al ya mentado de René Moreno. Pero en este su "Apunte Bibliográfico" (128 fichas) no se inscribe ningún ensayo biográfico. Como obra que interesa a la

historia, sólo "La Campaña del Acre", por Emilio Fernández Molina, Buenos Aires, 1903.

De aquella fecha, —1908—, que fue la del deceso de Moreno, hasta nuestros días, no se encuentra que yo sepa, fuente segura de información. No hay más que atenerse a la memoria, a menudo infiel o veleidosa. En fin, procuremos, por lo menos, no olvidarnos de las buenas biografías que desde entonces, como las de Luis Paz y Alberto Gutiérrez, hasta las recientes de Costa Du Rels, Moisés Alcázar y Augusto Guzmán, se han escrito en Bolivia.

* * *

Si con una visión panorámica tratamos de abarcar en su totalidad la producción bibliográfica en el género de la Biografía, durante el siglo XIX, para deducir de ahí una síntesis de conjunto, más o menos aproximada a la verdad, podríamos llegar a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, los personajes elegidos para el laude biográfico han sido los héroes militares. Los protomártires, como Murillo, o los Lanza, los corajudos "guerrilleros", como Padilla, los Libertadores Bolívar y Sucre, y, posteriormente, los caudillos políticos, el Mariscal Santa Cruz, José Ballivián o el Dictador Linares, que han absorbido la atención de los autores y picado la curiosidad del mundo que lee en Boliiva. Con ello se rendía el debido homenaje a dichos próceres, pero, sobre todo, tanto en el escritor como en los lectores, latía férvido el "culto del coraje". Un acto heroico, aunque sea tan insólitamente desapoderado como los de Melgarejo, valía para ellos más que toda una vida consagrada al arte. a la ciencia, o al trabajo creador.

Se explica: era la herencia de la guerra de los Quince Años y se soñaba con el **panglosiano** idealismo de la democracia liberal y altisonante. En cada uno de los biografiados se hubiese querido ver un Lord Byron en Missolonghi.

Por la ya señalada orientación romántica de los biógrafos bolivianos de estos tiempos, las biografías tienen todas, en mayor o menor escala, las características que Blanco Fombona señala en la obra típica de Larrazábal. Sintéticamente, aquello de presentar siempre de "parada" al personaje, en la actitud épica de sus momentos culminantes, nunca en su humana realidad cotidiana; el de entorpecer el relato, la objetividad de la subjetividad, con "intempestivas intromisiones del autor"; sus exclamaciones de admiración o sus sentenciosas moralejas históricas y, por otra parte, lo desconocido del lenguaje, o, lo que es peor, la reiteración de manidos lugares comunes o imágenes y figuras retóricas ya des-substanciadas, impropias, o decidídamente de un folletinesco mal gusto. Empero, con todos sus defectos, como primigenios ensayos en el género, son dignas de la más diligente consideración y alguna de ellas, como la de Monteagudo, por Muñoz Cabrera; la de José y Adolfo Ballivián, por José María Santiváñez, y las del mismo Ballivián y de Frías, de Jenaro Sanjinés, por el esfuerzo en acopiar la documentación precisa, su buen método, su correcta redacción y la edificante mira ejemplarizadora y moralizante, se hacen dignas de la más justa loa. Son trabajos de largo aliento que ni en el siglo posterior, en el XX actual, cabría decir que han sido superadas, a no ser en el estilo y en el arte de la composición, por las biografías de Alberto Gutiérrez, Jaime Mendoza y Prudencio Bustillo.

Por lo pronto, consignemos el catálogo de las Biografías escritas por bolivianos y también algunas, por extranjeros. Estas últimas se las inserta por razones que a su tiempo se indican. Es, como se ha dicho, un extracto de los catálogos bibliográficos de Moreno y Abecia.

Una advertencia: cuando reproduzco algún escolio, o juicio crítico, de Moreno, van las iniciales G.R.M.; las que gloso por mi cuenta carecen de ellas.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS EN LA PAZ

Biografías que es justo mencionar, porque, aunque no sean trabajos de gran extensión, traen instructivos datos y consignan juicios dignos de ser tomados en cuenta por referirse a figuras descollantes de la vida nacional, son:

"Ismael Montes, Rasgos Biográficos", por Moisés Ascarrunz, La Paz, 1902; "La Revolución Liberal de Bolivia y sus héroes", por el mismo Moisés Ascarrunz, obra publicada en Barcelona en 1899; "Mr. Adolfo Bandelier y sus investigaciones en el continente americano", por Manuel Vicente Ballivián, La Paz, 1899.

"El Doctor Pedro Krámer, Estudio Biográfico", por Manuel Alberto Cornejo, La Paz, 1901.

"La Revolución Federal. Rasgos biográficos de los principales dirigentes de la revolución", por Eduardo Diez de Medina y Luis F. Crespo, La Paz, 1899.

"Apuntes para una biografía del señor Manuel Vicente Ballivián", por Casto F. Pinilla, La Paz, 1904.

"El Gran Presidente", por José A. Deheza, La Paz, 1918.

"El señor Claudio Pinilla. Rasgos biográficos", Autor anónimo, La Paz, 1903.

Entre las numerosas, siempre valiosas y sugestivas, como que se trata de uno de nuestros mejores historiadores, publicaciones de Rigoberto Paredes, hay algunas que si no son biografías, aportan datos y acotan documentos de tan subida importancia, y tanto por elos mismos, como por el estudio que de los hechos históricos y de los protagonistas, realiza el autor, que es legítimo y necesario traerlos aquí a cuenta. Son ellos, entre los que conozco, por ejemplo:

"El General José Ballivián antes de Ingavi. Relaciones Históricas de Bolivia", por Rigoberto Paredes, Oruro, 1909.

Como se trata de un asunto espinoso, pues el autor se aventura en un tema que podía herir el sentimiento nacional: la connivencia del General Ballivián con el gobierno peruano para invadir a Bolivia. Paredes, siguiendo la norma de René Moreno, como éste, decía, no suelta prenda, no arriesga juicio, si no es categóricamente al "respaldo del documento". Es una de las publicaciones más documentadas de Paredes, pero también de las más "comprensivas", porque en ésta, antes que erigirse en severo y sentenciar catonianamente en el "tribunal de la historia", como han hecho otros historiadores, explica, y hasta cierto punto justifica, la actitud de Ballivián, por la situación anárquica del país, el período de infancia, de formación de las nacionalidades hispano-americanas y por el "carácter del que muy pronto iba a ser el defensor epónimo de la nacionalidad en Ingavi".

Se ha dicho que don Rigoberto, si bien es un historiador muy documentado, y de un penetrativo sentido psicológico de los fenómenos

sociales, es un tanto descuidado en la forma. Tal vez lo sea en otros trabajos apresuradamente escritos; en éste lo encuentro no sólo aliñado, sino elegante en el manejo de la prosa. Véase esta **Etopeya** de don José Ballivián y dígasenos si ella no cumple con todas las condiciones aconsejadas por la Preceptiva clásica:

"Pero el alma bien templada de Ballivián no desmayó con estos desastres. Desde su adolescencia estaba acostumbrado a soportar los infortunios y a vencer los mayores inconvenientes con esfuerzo y constancia y muy lejos se encontraba de abatirse cuando el porvenir se le mostraba sonriente al través de esos pasajeros reveses de la suerte. Era entonces que la lisonja de sus partidarios, más confiados que nunca en la estrella propicia del caudillo, le calificaba de militar siempre vencedor y jamás vencido".

"Dotado Balivián de un espíritu rebelde y osado y de una inteligencia superior, estaba predestinado a convertirse en un genio militar. Tenía una tendencia natural a dominar y le sublevaba toda sujeción que oprimiera su libre albedrío. Casi niño huyó de su hogar por no participar de las opiniones realistas que profesaba su madre, las cuales le contrariaban. Su temperamento indómito, avasallador y violento lo arrastraba al lado de los patriotas y republicanos, porque en la República los hombres fuertes encuentran ancho campo de acción para el desarrollo de sus facultades especiales, y por natural impulso pueden llegar a la cúspide del poder, en tanto que el Rey es un obstáculo en las monarquías; y Ballivián miraba la cumbre del dominio político con la naturalidad y confianza con que el águila contempla la cima de las montañas, donde sólo águilas pueden anidar. Era ambicio-

so, porque era fuerte, y cuando la ambición se le apoderaba y enseñoreaba en su alma, tendía a destruir los obstáculos opuestos a sus satisfacciones profundas: entonces Ballivián se cegaba".

Otra obra importante de Paredes, también con la denominación de "Relaciones Históricas de Bolivia" (Bolivia, im. Tipográfica "Edén", Oruro, sin año), reune los trabajos monográficos: "Matanzas del 18 de setiembre de 1814"; "La conspiración del Coronel Castro y la expedición de don Juan Ramírez a La Paz, en 1814"; "Las represalias de Ricafort" y "La Republiqueta de Larecaja".

En torno a los acontecimientos históricos que ha narrado, no descuida el autor suministrarnos sintéticos datos biográficos de los personajes principales, Así, en el primer estudio, lo que nos cuenta del carácter de doña Isidora Segurola, madre de Ballivián, no tiene desperdicio. En "La Republiqueta de Larecaja", nos da una acabada biografía del cura guerrillero Idelfonso de las Muñecas.

Julio César Valdés.— Como es sabido, la personalidad de este escritor, a más de ágil y laborioso periodista, se singulariza en la historia de nuestras letras, por sus sabrosos artículos costumbristas de sonriente gracia irónica y reformista crítica social. Escribió también, inspirado por el sentimiento patriótico o los estímulos de la amistad, algunas pequeñas biografías, pero cultivó este género sólo ocasionalmente, sin consagrarle una ahincada atención. Ellas son: "Nicolás S. Acosta. Recuerdos íntimos". —La Paz.— 1888. Con emoción evoca al compañero de mocedad, el hijo del bibliógrafo don Nicolás Acosta,

que murió en edad temprana. "Juan Bautista Sagárnaga, protomártir de la independencia". — Biografía.— La Paz. 1894.— "Heroínas Paceñas". — La Paz. — 1888.

José Vicente Ochoa.— Es una de las figuras simpáticas del pasado y se recomienda a nuestra gratitud porque fue como el que más, lo que hoy llamamos "un animador de la cultura" y de quien se esperaba mucho, pero falleció joven, cuando desempeñaba con general aplauso, el Ministerio de Instrucción y Fomento del Gobierno Alonso. Anteriormente fue también Ministro en las mismas Carteras de Baptista. Entonces fue cuando convocó a un Certamen Nacional sobre diversos temas que obtuvo un brillante éxito. Posteriormente Julio César Valdés, al prologar el libro donde se encuentran publicadas las composiciones premiadas, escribe esto bueno de saberse: "La iniciativa del Certamen del 6 de Agosto de 1896 ha correspondido a un delicado poeta y fecundo escritor nacional, el señor José Vicente Ochoa, Ministro de Instrucción Pública". "Es una muestra de gratitud —añade— del joven Ministro a las letras nacionales, que lo han llevado a la merecida altura que ocupa, pues Ochoa, antes que publicista, diputado, diplomático y jurisconsulto, fue poeta y literato. Llamado a la Cartera de Instrucción y Fomento por el Presidente Baptista, reveló inmediatamente sus dotes de organizador laborioso e inteligente. Dio a los ramos que se le encargaron vigoroso impulso y levantó a la instrucción pública de la postración en que se hallaba, infundiéndole aliento y fuerza. Fundó la "Revista de Instrucción Pública"; creó las sociedades protectoras de instrucción pública, la escuela práctica de ingeniería, las inspecciones

generales, las escuelas parroquiales, etc.; instaló los colegios salesianos de gran porvenir para las clases desvalidas; hizo práctico el sistema gradual concéntrico dotando de material científico a los colegios oficiales. Su actividad no se detiene; su entusiasmo no se debilita".

Ochoa era una personalidad doblemente atractiva, tanto por las prendas de su carácter bondadoso, como por su laboriosidad culturizante y su fallecimiento conmovió hondamente a la sociedad sucrense. En su sepelio se leyeron muchas poesías y discursos. Ricardo Mujía en un soneto dice:

"Se ostentaba en la cumbre... Allí sereno
Resistió de la vida el torbellino;
Orientado en la Fe de su destino,
Luchando como noble y como bueno".

Y Francisco Iraizos, con aquella claridad profunda de síntesis que distingue a su sentencioso estilo, definía así la personalidad y la obra de Ochoa: "¡Cuán corta pero cuán brillante y fecunda su carrera! Soldado, escritor, diplomático, representante del pueblo, sirvió a éste con todas las facultades de su espíritu generoso y casi durante todos los años de su irreprochable existencia. En la alta posición de la que ha descendido al sepulcro, le tocó la suerte de colaborar con nuestro eminente mandatario, en las dos fases del progreso nacional: **crear escuelas** y **abrir caminos;** preparar las inteligencias juveniles para la concepción de los grandes ideales, y allanar el escenario donde alguna vez se alzará Bolivia próspera y fecunda".

En el Certamen auspiciado por Ochoa, se presentaron algunos trabajos que evidencia tan-

to el entusiasmo con que se acudió al llamamiento como el fervor con que entonces se estaba cultivando las letras patrias, con un insurgente ímpetu de superación nacionalista. En el tema de Leyenda en verso para el monumento al Mariscal de Ayacucho el primer premio fue conferido a Ricardo Mujía por su soneto, hoy popular, que comienza: "Ante tu genio de inmortal memoria..."; en Leyenda sobre un tema nacional, correspondió a Daniel Campos, con su poema **"Celichá"**, tradición idílico-heroica recogida por su autor cuando con la abnegación con que él y sus valientes compañeros que tanto les honra, exploró las ignotas tierras del Chaco. Este poema de Daniel Campos, por su tema vernáculo y su orquestación estética, es uno de los raros, casi único dentro de nuestra poesía, el de un canto eglógico-épico diríamos, donde se celebra la naturaleza americana y se exalta al hombre primitivo, lo que viene a relacionarlo, antes que con el virgilianismo de las "Silvas" de Bello, con el americanismo del "Celiar" de Magariños Cervantes y el célebre "Tabaré" de Zorilla de San Martín. El "Celichá" de Campos no ha merecido la atención de la crítica. Convendría hoy consagrarle un valorizador estudio. (1)

En el tema de "Tradición" fue premiado otro distinguido escritor potosino, Eduardo Subieta, con su pintoresca evocación de la entrada triunfal del Mariscal de Ayacucho a Chuquisaca

---

(1) El señor Armando Alba ha publicado en la Colección "Cuadernos de la Cultura Boliviana", de la Editorial Potosí, el poema "Celichá" de Daniel Campos, precedido de un buen estudio sobre el autor. — Potosí. — 1954. (Nota del editor).

y el furibundo chapetonismo de la apodada, desde entonces, en Charcas fisgona, "La Señora del Pelícano". Se cuenta que esta señora, tan irrespetuosa y despectiva en un comienzo con el vencedor de Ayacucho y luego después de que lo conoció, su más ferviente admiradora, fue la célebre, por su orgullo aristocrático, doña Chepa Linares madre del futuro Dictador. Esta tradición galanamente escrita por Subieta es, indudablemente, una de las más artísticamente aderezadas entre las de aquel género tan cultivado en aquel tiempo. Y en el tema de Derecho, el primero lo obtuvo Claudio Pinilla con un trabajo que denuncia su competencia y preparación en la materia: "Estudio comparado de la Constitución Boliviana con la de otros países de la América Meridional". Como se ha dicho, aquel Certamen es uno de los mejores realizados en el país y digno de recuerdo.

Volviendo a José Vicente Ochoa, puede afirmarse que si bien cultivó el verso —sus décimas— "El Minero" han sido recogidas por las antologías—, el periodismo, etc., en el género donde se revela mejor es en la biografía y, en este sentido, la diligencia con que acopió materiales para reconstruir la vida de Abaroa, ha sido muy beneficiosa. Gracias a ello, la memoria del héroe de Calama se ha perpetuizado con la aureola de gloria que vive en la conciencia popular. Esa biografía primigenia de Ochoa sobre Abaroa es hoy de indefectible consulta para cuantos quieran escribir acerca del Leónidas boliviano. Los opúsculos biográficos de Ochoa son: "Semblanzas de la Guerra del Pacífico". — La Paz. — 1881. "Paceños Ilustres.— El Dr. Cisneros". — Santiago. — 1889. "Abaroa". — "Sem-

blanzas de la Guerra del Pacífico". — La Paz. — 1892.

Pedro Krámer.— De origen germano, nacido en un pueblo del departamento de La Paz, en 1868, desde su adolescencia comenzó a señalarse por su absorbente dedicación al estudio y su meditativa inteligencia. Bajo el ministerio de Agustín Aspiazu se interesó, al revés de sus contemporáneos de generación, antes que por la bella literatura, por la ardua ciencia. Cuando Manuel Vicente Ballivián fundó "La Sociedad Geográfica", bajo el patrocinio de este eminente mentor, se internó en el estudio de la arqueología, filología, etnología y sociología americanas. Tempranos frutos, pero ya maduros de su capacidad intelectual positiva, fueron sus monografías: "La industria en Bolivia", "Tiahuanacu" y "Efemérides Bolivianas", esta última en colaboración con Alfredo Ascarrunz. Haciéndose cargo de que faltaba una historia completa de Bolivia, encontrándose apto para ello, se propuso escribirla en diez volúmenes que debían abarcar las épocas Kolla, Incásica, Conquista, Coloniaje y República. Empezó por publicar un "Compendio de la Historia de Bolivia". Después sólo alcanzó a dar a la estampa el primer tomo de su gran historia, pues cuando viajaba como Secretario de nuestra Legación a Río de Janeiro, al atravesar por el Oriente, contrajo una enfermedad tropical, malográndose infortunadamente para la patria, que tanto esperaba de su sólido talento y ascendrada disciplina científica. Krámer pudo haber sido, como se ha dicho en una nota de "Kollasuyo" (Nº 10), "nuestro primer historiador", "porque fue el primero que se acercó a los hechos con sincero deseo de comprensión, sin

prejuicios morales ni partidistas, iniciando la investigación serena y documentada del pasado".

En 1898 publicó en la "Revista de Bolivia de Sánchez Bustamante, unas "Reflexiones sobre la Historia", donde expresa su criterio sobre ella. En un acápite afirma: "La Historia es la ciencia superior a las otras ciencias, no solamente porque es la más humana y la que estudia el desarrollo de todas las otras, sino porque es la síntesis de ellas, porque reune en su poderoso foco todos los fenómenos psíquicos, sociales y físicos y los analiza en el crisol de los principios positivos y con amplitud de criterio de las abstracciones ideales".

Don Pedro Krámer publicó con Manuel Vicente Ballivián los "Escritos" del insigne naturalista y explorador alemán Tadeo Haenkee, precediéndolos con unos "Apuntes biográficos". — La Paz. — 1898, y "El General Carlos de Villegas". — "Estudio histórico-biográfico". — La Paz. — 1898.

INDICE

Página

Nota editorial 7

La inactualidad de Alcides Arguedas
El criterio y la ideología sociológica de Arguedas 13

"La Danza de las Sombras" de Alcides Arguedas".
Inteligencia y tragedia 41
Ejemplaridad de la vida de un escritor 49
Grandeza y servidumbre de la inteligencia 55
Falta de intimidad en el diario íntimo de Arguedas 60
La formación intelectual de Arguedas 68

José Avelino Aramayo, el apóstol 79
Esquema biográfico 83
Urgencia de la técnica moderna, en la superación de la rutina tradicional 92
Sus previsiones patrióticas 95
Su proyecto de ferrocarril de Mejillones a Caracoles 101
Viaje a Europa en 1871 y su primera estancia en Londres 106
El empréstito Church y sus consecuencias 113
Su Agencia Financiera de Bolivia en Europa 117
Aramayo, el Apóstol 125
El fundador de la industria minera boliviana, José Avelino Aramayo 131

Página

La ejemplaridad de una vida revelada por Adolfo Costa Du Rels 139
Aramayo y el combate de Tarajtela 147

Modesto Omiste, educador
Modesto Omiste y su acción 155
Omiste y su tiempo 173
Omiste educador 176
Una diáfana estirpe 178
Apostolado y sacerdocio 181
Guerrero y militar 182
Educación de los desheredados 183
"Fachadismo" 185
Simón Rodríguez 188
Informe sobre la instrucción pública 193
Actuaciones públicas y privadas 197
Grandeza en un medio pequeño 199

Apuntes sobre el arte de la biografía
Auge de la biografía 203
La biografía novelada 212
La metódita de Guillermo Ostwald 219
La biografía contemporánea 228
La biografía en América 240
La biografía en Bolivia 250
Otras biografías mencionables 259
Estudios biográficos en La Paz 273
Indice 285

La presente edición se terminó de imprimir el día 30 de noviembre de 1972, en los talleres de Cooperativa de Artes Gráficas E. Burillo Ltda., Avenida Simón Bolívar No. 1825, en la ciudad de La Paz - Bolivia.

1972

AÑO INTERNACIONAL DEL LIBRO